

11.

+

NOCHES

DE

SANTA

MARIA MAGDALENA.

—————
NUEVA EDICION.
—————



SUCRE,

IMPRENTA PÚBLICA DE CASTILLO.

1846.

ARCHIVO Y
BIBLIOTECA
NACIONALES
DE BOLIVIA

NOCHES

DE

SANTA MARIA MAGDALENA.

TRADUCIDAS Y AUMENTADAS

POR EL

R. PADRE

FRAI BARTOLOMÉ LORENZO GORNÉS.

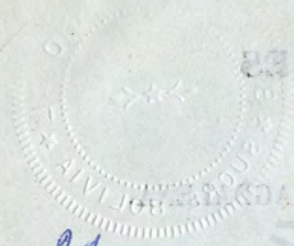
=====

NUEVA EDICION.

=====



1840.



21

NOCHES

Psicología racional

TRADUCCION Y AUMENTOS

POR EL

R. LADINE

En la imprenta de la Universidad de la Habana

NOVA EDICION

REPUBLICA DE CUBA



NOCHES

DE

SANTA MARIA MAGDALENA,

Escritas en italiano por el Señor don Juan Domingo Julio, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de la ciudad de Susa, posteriormente ilustradas por el mismo, y nuevamente traducidas al castellano por el Reverendo Padre Frai Bartolomé Lorenzo Gornés, Predicador Apostólico de la Orden del Seráfico P. San Francisco, é individuo del Colejio de Propaganda Fide de esta capital.



Sucre,

IMPRENTA PÚBLICA DE CASTILLO.

1846.

NOCHES

DE

SANTA MARIA MAGDALENA

Escrita en italiano por el Señor don Juan Do-
mingo Jato, Canónigo de la Santa Iglesia
Catedral de la ciudad de Sesa, pastor
mente ilustrado por el mismo, y nuevamente
la traducción de castellano por el Reverendo
Padre Fr. Bartolomé Lasso Gornés, Pre-
dicador Apostólico de la orden del Seráfico
P. San Francisco, e impresor del Colegio de
Propaganda fide de esta capital.

Gracia

IMPRESA PÁBLICA DE CASTILLO.

1846.

ADVERTENCIA DEL EDITOR DE ROMA.

Desde que comparecieron á la luz pública las *Noches de Santa Maria Magdalena*, y las de *San Agustin* escritas por el señor don Juan Domingo Julio; con las primeras ediciones de Turin, y Vercelli, no se cesó de emprender nuevas y multiplicadas impresiones cuasi en todas las principales ciudades de Italia y aun fuera de ella, como aquí en Roma, Nápoles, Venecia, Rimini, Fulgino, Basano, Trieste, etc. Mui luego fueron traducidas al frances por varios personajes no menos eruditos que piadosos y finalmente al Aleman en cuyo idioma se espera una nueva edicion en Viena.

El encuentro de las mismas ha determinado al autor á emprender una nueva edicion con mi prensa. En élla los ha primeramente espurgado de varios errores de imprenta ocurridos en los precedentes, algunos de los cuales con haber cambiado una vocal, haber puesta ú omitido un acento, alteraban totalmente el sentido. Las ha nuevamente retocado, haciendo en varios lugares algunas pequeñas ediciones que ha juzgado oportunas.

Finalmente ha acrecentado las de Santa Maria Magdalena con dos noches más, formando tres de la que intitulaba la *Redencion*, de modo que los tres que en esta nueva edicion, van bajo el mismo título si bien que comprenden toda la sustancia de lo que en la primera se contenia; tanto por la nueva forma, quanto por la materia agregada, puede decirse son enteramente nuevas.

Espero por tanto, que esta nueva edicion de

las dos mencionadas obritas será recibida del público con mucha mayor aceptación que los precedentes.

ARGUMENTO DEL AUTOR.

Cual haya sido el carácter de Santa Maria Magdalena, desde que ésta conoció al Salvador divino, lo tenemos bien espreso en el Evangelio. Éste nos la hace ver llena del mas tierno y generoso amor para con él; enteramente dedicada á honrarle, y tan deseosa de apasentar su alma con su celestial doctrina, que no atina á levantarse de sus sagrados pies; y mientras toda Jerusalem se conjura contra él, y le prepara un horrendo suplicio, solo élla no le abandona. Esta rendida víctima de amor divino se encuentra al pie de la Cruz, mientras el Señor escala en élla, el último suspiro y ofrece al eterno Padre el sacrificio de su preciosa vida; y despues de su muerte se trasporta afanosa á honrar sus mortales despojos, y no sabe apartarse del sagrado sepulcro, hasta que su ardiente amor, sus copiosas lágrimas y su firme constancia le merecen verle antes que todos resucitado.

Vemos en las lecciones del oficio de su Santa hermana Marta, que despues de la gloriosa Ascencion del Señor á los cielos, Magdalena como tan acostumbrada á la oracion, y suavísima conversacion de su divino Maestro, para poder ocuparse toda en tan santo como dulce ejercicio, se separó enteramente del consorcio de los hombres, y se refujió en una gruta cuasi inaccesible, por lo quebrado del monte, donde hermitaña y solitaria, pasó el resto de sus dias, con el espíritu mas fijo en el cielo que en la tierra.

PROLOGO DEL TRADUCTOR.

Desde el feliz momento en que la divina providencia tuvo á bien poner en mis manos este precioso librito, me sentí fuertemente impulsado de un ardiente deseo de traducirle al castellano, persuadido de que en el vasto recinto que comprenden los confines de este tan bello como estendido idioma, no dejan de encontrarse muchas Magdalenas así pecadoras como arrepentidas cuya conversion y perseverancia penden tal vez no menos de oir las unas las tan dulces como amorosas voces, con que aquel Anjel del desierto esprimiria sus afectuosos sentimientos, que de admirar las otras la no menos austera que constante mortificacion, con que Magdalena la penitente espío en la solitaria gruta la enormidad de sus culpas; lisonjeándome de que quizá yó con un tan pequeño trabajo, podría prestar al público este doble servicio. Las circunstancias que por entónces me rodeaban, no me permitian ocuparme de esto, por otra parte recién llegado á la Italia no tenia el suficiente conocimiento del idioma, que ecsije la empresa; sin embargo yo mantenía siempre vivo en mi corazón el objeto de mis deseos, que cuasi era ya en mí un propósito. A tiempo en que yá me hallaba capaz de realizarlo, un incidente tan imprevisto como impensado me decidió á abandonar aquel hermoso país, que yó habia escejido para concluir mis estudios y perfeccionarme en mi estado, para emprender el largo y penoso viaje de América, asociándome para el efecto al número de los Misioneros de Propaganda Fide, que entónces se diri-

jian á este nuevo mundo; y habiéndome dejado olvidado en mi marcha el orijinal, habia tambien yá perdido las esperanzas de poderlo efectuar. Mas volví á recuperarlas desde que vi dicho orijinal entre los libros de uno de mis Co-hermanos los relijiosos que posteriormente llegaron de Europa; tan pronto como me vi libre de algunas ocupaciones, de que no podia por entónces prescindir, puse manos á la obra y la seguí con ahínco. Mas apenas habia empezado la 4.^a noche, cuando supe habian llegado á ésta varios ejemplares yá traducidos. Esto bastó para que yo suspendiese totalmente mi tarea y arrinconase para siempre mi manuscrito, que ya miraba como un trabajo improbo y enteramente inutil. Algunos de mis amigos, que habian visto mi traduccion me instaron repetidas vezes á que la continuara apesar de la del Señor Carlé, que era la que habia llegado, ponderándome para el efecto las ventajas de la mia sobre aquella. Mas yo prescindia sicmque de sus reiteradas instancias, mirándolas como afectuosos impulsos de su benevolencia hácia mi persona y lisonjas meramente amigables; hasta que por fin me trajeron un ejemplar de la traduccion del mencionado Señor Carlé, y habiéndolas confrontado ví no eran tan infundadas las instancias de mis amigos.

En efecto; presindiendo de los muchos galicismos que en cuasi todas las cláusulas de la sobredicha traduccion se encuentran, se echa tambien de ver una gran diferencia en el modo de concebir los pensamientos, y en el de espresarlos una languidez y frialdad muy ajenas de la natural viveza y noble enerjia, que caracterizándo al

autor principal, al paso que embelezan, enternecen al piadoso lector: faltas que pueden preceder ó de haberse hecho la traduccion del Señor Carlé sobre una version francesa, que sin duda naturalmente debió perder algo de su orijinal hermosura, ó tal vez de estar él poco versado en nuestro idioma, puesto que como dice su Editor fué un ensayo que en esta obrita quiso hacer de sus conatos, al tiempo mismo que lo estuvo aprendiendo. En fin sea de esto lo que fuera: estos han sido los motivos que me han impelido á continuar la mia que he trabajado sobre el orijinal italiano; mas no por esto me lisonjea de haber perfectamente cumplido con la mision de un traductor. Pero sí tengo la satisfaccion de haber atemperado en cuanto me ha sido posible, la connatural frialdad de mi corto entendimiento al calor de la prespicuz imaginacion del autor, y de haberme esmerado particularmente (sin desentenderme por esto de lo literal) en espresar sus pensamientos con la misma fuerza y energia, y sin defraudarles nada de su orijinal belleza, lo que me parece haber conseguido en cuanto se puede. Para conseguirlo debo confesar me ha sido preciso hacer algo más que traducir. Me he avanzado á aumentar esta obrita con una noche mas, la que ocupa el undécimo y penúltimo lugar de las de su contenido. Los motivos que á ello me han compelido no han sido otros, que el haber observado que en todo el curso de la obra, justamente brilla y campea sobre todos los demas atributos, como timbre de la divina majestad, el amor y beneficencia para con los hombres, y siendo estos por desgracia mas propensos á lo malo, que á lo bueno, no me ha parecido demas

llamarles la atención con la severidad y rigor con que el Señor Juzga, y castiga à tiempo la enormidad de nuestras culpas; efectos propios de la rectitud de su inflexible justicia. Por lo demas, mi pluma no ha tenido otro móvil, ni mas interes que los vivos deseos que me animan de ser en algo útil al público. Por tanto espero de éste, que aceptando benigno este mi pequeño trabajo, atenderá no menos à la cortedad de mi obsequio, que à la buena voluntad con que se lo ofrezco.

Concesion.

MERECIENDO nuestra aprobacion la presente obrita como adecuada para cesitar sentimientos de piedad en los corazones. Concedemos 80 dias de indulgencia à los fieles que leyeren detenidamente cada una de las noches de su contenido.

Palacio Arzobispal en Sucre à 15 de Junio de 1846.

JPH. MARIA ARZOBISPO DE LA PLATA.





NOCHE PRIMERA.

MEMORIA DE LAS OFENSAS HECHAS A DIOS.

Ah! Huye ò sueño, huye de mis ojos, sueño, dulce descanso de las fatigas diurnas, sueño, apacible tregua de los cuidados mordaces, y de los afanes de los míseros mortales, dirije hácia otra parte tu taciturno vuelo, y déjame toda anegada en brazos de mi dolor.

La noche ha llegado ya á la mitad de su carrera, todas las criaturas guardan un misterioso silencio, y todas yacen sepultadas en una profunda quietud, los alegres pajarillos y las espantosas fieras, que durante el dia interrumpen el silencio de esta solitaria morada, callan tambien.

El buho solo susurrando repite en tono lúgubre sus tristes y lamentables voces, y parece invitarme con ellas al dolor y al llanto.

¡O sombras amigas, que con vuestro negro velo escondéis á todo ojo mortal mis pesarosos afanes! ¡Tinieblas, obscuridad, que ocultando á mi vista todo otro objeto, me guiais sola á los mas secretos senos de mi corazon! Conducidme, os suplico, ante los infelizes años de mi ciega ignorancia, y de mis funestos errores.

Nazareno divino, mi Señor, dulce amor mio, y Dios Omnipotente, vos que, desde el escabelo y glorioso trono que colocasteis sobre las celestes esferas á la derecha de vuestro eterno Padre, recibis benignamente los corteses homenajes de las angélicas lejiones, y de los felizes hombres que redemisteis; vos testigo ocular no menos de mis antiguas culpas, que de la compuncion de mi corazon; Ah! no desdeñeis el miserable tributo de mis lágrimas. Si en otro tiempo rebelde os ofendí, vos sabeis que ahora arrepentida os amo; si ovejuela ingrata abandoné vuestro redil, reducida á él por vuestra pastoral solicitud, os consta que no he vuelto ha estraviarme de vuestras divinas huellas.

Mas no, no dudo un punto de vuestra divina clemencia, demasiadas pruebas tengo de ella, ó Dios de mi corazon, y vuestra celestial bondad es el mas cruel de mis tormentos. Vos me amabais cuando yo os ofendia, y mientras yo olvidada de mi salud os multiplicaba ultrajes, vos en lugar de airaros, me mirabais con ojos propicios, y meditabais medios de conducirme á vuestro divino seno, para colmarne de beneficios. Ah! y que tar-

de llegué á conoceros, ó bondad suma! Ah! y que tarde empecé á amaros ó inexhausta fuente de amor divino! ó dias horrorosos de mis excesos é ingratitudes! y ¡quién pudiera borraros del catálogo de los años que constituyen mi vida! que era lo que yo queria, que descaba, y ¡qué esperaba yo cuando lejos de vos batia los escabrosos caminos del vicio y de la iniquidad!.

Miserable humanidad, ¡cómo te ciegas al vano y falaz esplendor de los deleites terrenos! Nace el hombre aquí en la tierra para correr con desvelo á su verdadera felicidad, la que únicamente se halla en el seno del Dios vivo, y déjase trasportar de mil afectos varios, y deseos insanos, sumerjiéndose en un abismo de aficciones y miserias. ¡De qué os sirve, ó miserables mortales, el satisfacer con ahinco vuestros desordenados apetitos! Aquel omnipotente Señor que nos hizo para si, nos ha dotado de un corazon que no puede descansar sino en él, sin que este pueda gozar de una completa paz hasta unirse intimamente con su divino autor. ¡Hasta cuándo os dejareis engañar de falsas ilusiones, y correreis con afan tras las lisonjeras vanidades y verdaderos embustes!.

Yo me hallaba en la deliciosa primavera de mis años, en aquella edad puntualmente, en que entrando nosotros al mundo como estraños é inesperos, este enemigo faláz y engañador nos prodiga mas halagos para ganar nuestros corazones y hacerlos suyos. ¡Qué seductora perspectiva de aparentes delicias no presentó este infame á mi vista! ¡Con qué esperanzas tan lisonjeras, con que promesas tan especiosas no procuró atraerme á su séquito! Yo no veía, en el vasto ámbito de su rei-

no, mas que amenos y deliciosos prados cubiertos de vistosas y odoríferas flores. Seducida ¡Ai miserable de mi! abandoné á mi Dios, y empecé á correr libremente hácia donde me llamaba el placer, y me guiaba el capricho, pensando sin él poder ser feliz. Mil veces procuró detenerme la benéfica diestra de mi Señor, pero siempre en vano. En vano se oponia él á mis criminales deseos, ya con un modo el mas dulce, ya con las mas terribles amenazas. Paternales invitaciones, voces amorosas en el interior de mi corazon, magníficas promesas y conminaciones horrendas: todo lo ponía en práctica por no dejarme perecer miserablemente. A las veces procuraba inflamarme con nobles sentimientos, esponiendo á mi vista las celestiales bellezas de la amable virtud; ya de avergonzarme presentando á mis ojos el horroroso aspecto del vicio abominable. Tal vez asomaba él mismo á mi espíritu todo lleno de un amor celestial, é hija mia, me decia con paternal afabilidad, ¿porqué me abandonas y á donde vas? Revistiéndose, en ocasiones, de un aire terrible y severo, se me manifestaba irritado y me señalaba como con el dedo sus inminentes castigos. Mas yo, insensible siempre á sus tiernas y espantosas voces, proseguia mi estraviado camino aprocsimándome siempre mas á mi eterna perdicion.

De este modo, á fuerza de resistir y repeler los divinos auxilios, habia infelizmente conseguido alejar de mi todo remordimiento, y me hallaba sumergida en el tenebroso abismo de aquella espantosa indiferencia, que es el mas funesto presajio de una muerte eterna é inevitable. Sin embargo, cuanto yo mas me obstinaba en morir tanto mas

se esmeraba la divina bondad en apartarme de mi bien merecida ruina. Parecíame que solo era verdaderamente dueña de mi misma cuando, gozándome de hallarme en plena libertad, me entregué toda á la vida mas disoluta. Y vos entretanto como escondiéndos de mi ¡ó Dios de las misericordias! ¡con cuanta solicitud no procurabais volvérmelo á vuestro amoroso seno! Vos derramabais amarga hiel sobre todos mis deleites, haciéndome gustar los mas crueles sinsabores donde yo pensaba encontrar mas copiosamente los placeres. ¡Cuántas veces en medio de la risa y alegría salian de mi pecho involuntarios suspiros! ¡Cuántas veces, habiendo pasado todo el dia y gran parte de la noche en recojer con afan carnales deleites, no encontraba yo sobre las blandas plumas mas que la tristeza y el desasociado! ¡Cuántas veces, despues de haberme afanado para llenar mi corazon de contentos y satisfacciones, hallándose vacio este miserable, moria de inedia y de necesidad! Yo con culpable violencia queria tenerle envilecido y pegado á la tierra. Defraudado asi de su apetecido descanso, y siatiéndose aprisionado forcejeaba para romper sus lazos; y no pudiendo conseguir su anhelada libertad, jemia bajo el enorme peso de sus cadenas, y me hacia experimentar los mas punzantes remordimientos. Yo procuraba engañarle con dulce pábulo, mas á la avidez, con que le tomaba, mui pronto sucedia la nausea acompañada de una hambre siempre mayor.

Nosotros aquí sobre la tierra procuramos con afanoso empeño satisfacer nuestros desordenados apetitos y vivir contentos, pero ah! no nos engañemos, dirijamos hácia otra parte nuestros estra-

viados pasos, no habita en tan baja rejion la verdadera felicidad, aqui no encontraremos mas que falaces apariencias. El cielo nos llama hácia sí, somos hechos para él, y solo en aquella dichosa mansion encontraremos lo que aquí tan inutilmente buscamos. Desengañenos la misma estension de nuestros deseos: nada de todo lo que es finito y está sujeto á perecer podrá jamas hacernos completamente felices, mas ¡ó deplorable ceguera! por una fatal desgracia, nos encanta la ilusion. El hombre, falso siempre en sus juicios, para pensar las cosas se sirve siempre de balanzas falsas: da gran peso á las cosas presentes y á todo lo que de cerca hiere sus sentidos, y semejante á los niños que creen mas grande la pequeña llama de una vela, que las enormes moles que resplandecen en el firmamento, desprecia estúpido lo venidero sin atender á las cosas lejanas y que no se ven sino con el ojo interno de la mente. Así es que vilmente dejenera de su alta dignidad, y perdiendo aquella luz celestial, con que le dotó su divino Criador para conducirle por las sendas de la sabiduria y de la bienaventuranza, se abandona ciegamente á sus animales deseos. Así es que renunciando á la mas noble porcion de sí mismo y que lo eleva á la altura de las cosas mas sublimes, limita su vista al estrecho círculo que circunscribe la tierra, y arrastrado por el suelo, se alimenta únicamente como los brutos de cuanto le presenta este ingrato terreno.

¡O benéfica providencia de mi Dios y Señor! tu pusiste aqui al hombre solo de pasaje, y por eso sábiamente ordenaste de tal manera las cosas, que no podamos reclinar en ninguna parte la

cabeza, ni recostarnos un solo momento á dormir apacible sueño, sin encontrar molestas espinas que, desvelándonos con sus agudas punzadas, nos obliguen á levantar y proseguir nuestro viaje hácia el término á que somos destinado: y así es que en este lugar de destierro no se encuentra mas que una confusa y fastidiosa mezcla de dulce y de amargo, de bien y de mal. Levántase la apacible y hermosa aurora y esparce, sonriéndose, sobre el horizonte la consolante luz y la dulce alegría; mas luego vuelve la noche y todo lo cubre con el negro velo de sus densas tinieblas. La risueña primavera viste la tierra de mil variadas bellezas, á esta sucede prontamente el verano rico de mil frutos diversos, mas no tarda en llegar el envidioso invierno que con sus heladas escarchas todo lo destruye y arruina: desoja los mas frondosos árboles, quema las tiernas yerbecillas, marchita las delicadas flores, y sepulta la naturaleza entera en un profundo letargo. Soplan apenas por un momento los suaves y apacibles zéfiros, cuando desaparecen perseguidos por el frio y riguroso Aquilon; y con mudanzas continuas, mientras todas las cosas van alternando su curso, apenas nos muestran un poco de bien, cuando lo apartan violentamente de nuestra vista, y aun no nos presentan sus ostentosas bellezas cuando nos las encubren. Nuestra misma salud está siempre cercada de mil enfermedades, nuestras prosperidades van siempre acompañadas de la adversidad, la mas ardiente y florida juventud mui pronto se cambia en una helada y decrepita vejez, y despues de un mui breve curso vamos todos á parar desde la inocente cuna, á los horrores del sepulcro. Todo

en suma nos avisa que no es este el lugar de nuestra felicidad; aun las cosas inanimadas nos advierten, con sus mudas pero elocuentes voces, que busquemos en otra parte la anhelada mansion de nuestro descanso; por todos los ángulos de la tierra resuena este penetrante grito y á cualquier parte que el hombre se vuelva es forzoso le oiga, y despierte de su pesado letargo.

No por acaso se encuentran aquí abajo tantas penas y molestias. El ser Supremo, que nos ha dado la existencia y la vida, es infinitamente benéfico y no sin razon escasea y distribuye con medida el bien en esta baja rejion. Él nos quiere felices, pero no aquí; quiere hacernos dichosos, pero no con una dieha comun á las estúpidas bestias é indomitas fieras, sino con una felicidad proporcionada á nuestra dignidad y grandeza, con una felicidad, en suma, que nosotros debemos comprar con el desprecio de todo lo que es vil y repugnante á la recta razon. No sin motivo se muestra de algun modo el Señor mas liberal en la distribucion de los bienes terrenos con los brutos, que con el hombre; no sin razon, proveyendo con abundancia á las aves, cuadrupédos y peces; al hombre prevaricador y decaído de su inocente estado, le alimenta de un pan escaso que la tierra apenas le produce regada con el sudor de su rostro, y mientras la mansa oveja y demas insensatos habitantes de los bosques y florentas, se hallan suficientemente vestidos por la pròvida naturaleza, el hombre se vé espuesto al rigor de las estaciones, sin que de él pueda defendenderse sino á costa de su propia fatiga. El Dios de las misericordias, que aun

en medio de su indignacion no olvida su divina clemencia, que nos hiere y cura á un mismo tiempo nuestras heridas, en el castigo con que corrige al hombre extraviado le provee de remedio, y en las penas á que nos condenó quiere hacernos conocer, que la tierra que habitamos es un verdadero destierro.

Tales son, ó adorable Señor, vuestras benéficas disposiciones á favor del hombre. Mas yo á pesar de ellas, menoscupiendo tanto amor vuestro, neciamente me obstinaba en hacerme infeliz. Yo sentia que los placeres terrenos eran incapaces de contentarme, veia que cuanto mas gustaba de sus deleites, tanto mas se alejaba de mi corazon la paz, y no obstante yo no atinaba á abandonarlos, no me resolvía á dejarlos ni me sentia con bastantes fuerzas para desprenderme de ellos. Quería tal vez y no quería, semejante al perezoso que, tendido sobre las blandas plumas entre dormido y despierto, mil veces resuelve abandonar su mullido lecho y otras tantas vencido de su pereza permanece irresoluto é inmóvil. Tal vez determinaba mudar de vida, mas estos mis débiles deseos, despues de breves momentos morian de languidez y me dejaban sumergida en el abismo de mis males; ó si como un debilitado enfermo me apoyaba un momento para levantarme, vencida del peso del hábito criminal, que me abrumaba, volvía á caer mui pronto sobre mí misma, y abandonando el saludable pensamiento de abrazar la virtud, procuraba labrar mi felicidad en el mismo estado en que me hallaba, como si la insuficiencia de los gozes terrenos pudiese suplirse con multiplicar su número. Entregába-

me á ellos de tal manera, que me absorbiesen, y sofocasen enteramente las dulces voces de la razon y los clamorosos gritos de mi conciencia. Estos eran mis temerarios esfuerzos. Absorta sobre el borde del precipicio y en continuo peligro de caer en él, me contentaba con volver la vista á otra parte para no verle, complaciéndome en jugar al rededor de sus profundos abismos.

¡Es posible, ó gran Dios, llegue el hombre á tal exceso de ceguedad que rodeado de enemigos se crea seguro y olvide los inminentes peligros que le circundan! Ah! sí, frecuentemente el infeliz se desvia de vuestros santos mandatos, resuelve vivir lejos de vos, y cuando vuestra memoria le amarga y aflige, inutilmente procura borrarla, pareciéndole librarse de vuestro soberano poder con hacerse el sordo á las tremendas voces de vuestras divinas amenazas. ¡Conducta insensata! Con ella prolonga sin interrupcion la funesta cadena de sus criminales deleites, temiendo salir por un solo momento del cenagoso pantano de su disipacion, porque entrando en si mismo forzosamente habria de sentir los punzantes estímulos del remordimiento, y ver con asombro el lamentable estado en que se halla y la miseria aun mayor á que se acerca. Así se duerme incauto sobre su misma tumba y en ella yace tranquilo hasta el fatal momento en que abriéndose esta, lo abisma en la eternidad y se sierra para siempre.

¡O Dios eterno! el horror hiela toda la sangre en mis venas. Este era el desgraciado fin, que me esperaba, esta mi suerte inevitable. En

medio de tan profundo sueño me habria sin duda sorprendido la muerte, y sin abrir los ojos me hubiera hallado en las lúgubres mazmorras del eterno abismo, si vos, ó Dios de infinita bondad, mas sensible á mis males que á vuestras ofensas, no os hubieseis apiadado de mi y reparado mi desgracia. Sí, vos, á quien yo ingrata habia tratado como un cruel enemigo, fuisteis mi generoso libertador; vos rompisteis benéfico mis fuertes lazos de muerte; vos me librasteis de las tenebrosas fauces del abismo y de los horrores de la noche eterna. Mas ¡de qué modo! Ah! solo un Dios puede hacer tales beneficios y perdonar con tanta generosidad. Sin hablarme una palabra de resentimiento, sin echarme nada en cara y como si nunca os hubiese dado mas que pruebas continuas de amor y de fidelidad.... Me acogisteis benigno, me asegurasteis vigilante y me llenasteis generoso de consuelo y de paz. Disimulasteis bondadoso la enormidad de las injurias recibidas, y siendo vos el ultrajado y ofendido cargasteis sobre vos mismo la pena de mis delitos. Y ¡qué no os cuesta un tal perdon! Ah! paréceme veros todavia cual os ví en otro tiempo víctima de mis enormes culpas sobre el infame monte, todo bañado en sangre, moribundo, agonizando.... Ah! sí; os miro consumido de tormentos y dolores, veo la Cruz, contemplo los clavos, la lanza.... Oigo los insultos de vuestro ingrato pueblo.... Ah! el corazon se me cierra.... el dolor me oprime... gratitud.... amor.... ya no puedo resistir... yo desfallezco.... yo muero.



NOCHE SEGUNDA.

LA FÉ.

La noche está mui obscura; el mundo se halla escondido bajo el negro velo de las mas densas tinieblas, triste imagen de los infelices pueblos que, apartados del verdadero Dios, yacen sepultados en las sombras de la muerte. ¡Qué hacen las gentes! ¡En que piensan las naciones, que no vuelven todavia al Dios de Israel, que ingratas abandonaron! ¡Resisten aun tenaces en no volver las espaldas á los falsos y fementidos nùmenes, en no abrir los ojos á la brillante luz de la verdad, en no abrazar la santa fé! ¡Infelices! ¡Qué vana y traidora apariencia las seduce! La funesta libertad de satisfacer los infames deseos de su corrompido corazon las halaga, mas su propia experiencia deberia al fin desengañarlas. ¡Qué fruto han ellas recojido de plantas tan infaustas! ¡Qué bien les proporciona su obstinada ceguera! Sale el sol en el Oriente y despues de un curso mui rápido, vuelve á sepultarse en el ocaso; los dias se renuevan, renacen los años, mas para el hombre, una vez cerrados los ojos despues de una mui corta vida, se hace de noche para siempre. Nuestro mismo vivir es un continuo morir, cada momento es un paso que avanzamos hácia el sepulcro; las horas mas placenteras de nuestra vida nos conducen con igual celeridad al mismo término; y todos, así el rico como el pobre, el vasallo y el soberano despues

de aparecer por breves momentos en la escena, depuestos luego los vestidos que nos distinguen en este teatro de vanidad vamos á confundirnos todos en el seno de nuestra comun madre de donde hemos salido. Como débiles navecillas fluctuamos por cortos instantes sobre el inmenso mar del tiempo que todo lo destruye y absorbe, y al fin nos sumerjimos en sus profundos abismos. Sus furibundas olas siguen sin interrupcion su curso y no dejan de nosotros el mas ligero vestigio.

No es poca miseria el hallarnos en este penoso destierro como otros tantos reos destinados al suplicio sin esperanza de salir de la cárcel hasta el infausto dia, en que se ejecute en nosotros la sentencia fatal. Y en esta misma prision ¡qué tropel de miserias no se encuentra! Una gran parte de la especie humana yace oprimida bajo el enorme peso de la humillante pobreza, molesto espectáculo para el rico avariento, que la niega cruel un pedazo de pan, que esta le pide sumisa para retener en los láaguidos miembros su alma ya fujitiva. Las enfermedades, como incesorables, ministros de la muerte nos asestan continuamente sus crueles saetas, y sepultan á innumerables aun antes de muertos entre los domésticos muros, separándolos casi del todo del consorcio de los vivientes, y dejándolos solos sin otro consuelo que la amarga compañía de la tristeza y del dolor. El débil jime muchas veces oprimido bajo el pie inicuo del poderoso inhumano; frecuentemente se ve al inocente aflijido por la infame codicia del malvado, la peste homicida se pasea con descaro por todo el mundo y lo cubre de pùtridos cadáveres. Arde voráz el fuego de la guerra, consume las pro-

vincias, inunda de sangre los campos y las ciudades, y convierte los mas floridos reinos en soledades espantosas. El que no tiene que llorar sobre sí mismo es forzoso derrame copiosas lágrimas sobre los males de sus hermanos; el que no se halla affijido de la desgracia no por eso está libre del temor, y el que no es molestado por enemigos estraños es verdugo de sí mismo por sus propias pasiones. Toda la faz de la tierra se halla cubierta de dolores y de dolientes. Los hombres no son mas que victimas destinadas al sacrificio; todos somos infelices.

El mal está extendido por toda la redondez de la tierra, y en ella no se encuentra remedio. Si el hombre no es mas que animal, es el mas desgraciado de todos. Los brutos que le sirven, los jumentos que le obedecen son mas felices que él. Sus mas nobles dotes, y aun su razon misma no le sirven sino para hacerle sentir mas vivamente la gravedad de sus inevitables males. Si su única felicidad consiste en la de que gozan las bestias, los preciosos dones con que se halla enriquecido su ánimo dejan de serlo, y mas bien le sirven de molesto é inutil peso; mejor serian para él la estupidez y la ignorancia; estas le pondrian al abrigo de mil afanes y molestias. Mas la razon está íntimamente unida á nuestro humano ser; podemos no escucharla, pero no nos es posible desprendernos ni despojarnos enteramente de ella. La desgracia es para nosotros sin remedio á no usar de la razon misma para buscarle. Ah! busquemos solícitos este saludable remedio, él ecsiste. El cielo jamas ha sido tirano con su mas noble criatura que él mismo destinó para dominar sobre la

tierra. La razon por sí sola no lo puede encontrar, mas en suplemento de su debilidad se nos ha dado otra guia, esta es la fé.

¡O fé Sacrosanta, brillante antorcha, luminar augusto sin cuya luz es enteramente ciega mi razon! A tu refulgente esplendor se reanima alegre la tierra y pierden su punzante aguijon las infinitas miserias de esta infeliz morada. El hombre abatido toma un nuevo aire de majestad y finalmente descubre lo que en vano buscaba....su reposo y su felicidad. En tí la virtud hollada encuentra ya sobre la tierra su consuelo, y los nunca satisfechos deseos de nuestro corazon empiezan á sosegar. Por tí vé caer el justo, con ojo tranquilo y frente serena, sus miembros despedazados, y desciende seguro á la tumba. Tu nos abres los cielos y nos descubres en ellos una nueva vida, una vida inmortal. Allá no se acerca el dolor, ni el temor aborda á sus dichosas mansiones. De allí están para siempre desterrados los pesares y la muerte, allá encontramos el cumplimiento de todos nuestros deseos.

El primero de los hombres hubiera sido feliz, si te hubiere sido fiel. Tu le advertiste que con el fruto vedado cojeria tambien la muerte, él no te prestó oidos y escuchó incauto al enemigo que le ofrecia el saber; desobedeció á su Señor y consigo envolvió á su posteridad en tanta multitud de males como son los que inundan toda la tierra. Una transgresion de sus órdenes fué el primer orijen de todas nuestras desgracias.

La divina elemencia que no queria nuestra perdicion acudió prontamente al reparo de nuestra ruina, señalándote á tí para nuestro remedio,

La sumisa obediencia de un Dios hecho hombre fué destinada para reparar la desobediencia rebelde del hombre mismo. De este Dios humillado debia implorar y esperar confiado su salud todo el jénero humano, y á tí se te dió el encargo de hacerle reconocer á todos los siglos, y de guiar á los hombres á los pies de su benéfico libertador. Por tí el primer pecador y los antiguos Patriarcas le vieron á lo lejos é imploraron su soberano auxilio; por tí fué reconocido de sus elejidos desde que apareció revestido con el humilde ropón de la humanidad, y por tí las edades venideras, volviendo hácia atras, le verán todavía conversando entre los hombres en el esplendor de los dias que las precedieron. Tú en todo tiempo fuiste la elejida del Señor para maestra de los hombres: á tí se confió siempre el cuidado de su eterna salud. Jamás estuvieron los hombres sin fé y las gentes que abandonaron estúpidas esta compañera fiel, perdieron desgraciadas el camino de la bienaventuranza, y se las vió andar errantes y á tientas por obscuras sendas que conducen al precipicio y á la eterna miseria.

Cuando Dios sacó al hombre de la nada, gravó en su ánimo los divinos mandamientos, mas para mayor dependencia de la criatura quiso él mismo instruirla de viva voz é intimárselos personalmente. Entónces el hombre era recto, la lei del Señor clara y distinta, y facilmente se leía en las tablas de su corazon. Este no era mas que un terreno escojido donde Dios habia esparcido la selecta semilla de las mas sublimes virtudes, todo estaba ordenado, reinaba allí la mas

apacible calma; no se ocultaba en sus recónditos senos jermen alguno de venenosa planta ni de maligna raíz. El cielo siempre sereno derramaba en él la mas suave y deliciosa luz; y un copioso rocío caía á tiempo para fecundarle. Mas, Ah! él hombre sordo á las divinas voces niega la obediencia á su soberano autor, y en un instante el lugar de la tranquila inocencia se ve reemplazado por el pecado turbulento, que introduce tras sí en el delicioso y bien ordenado jardín la confusión y el desorden. Levántanse al momento en rededor de él densas y tenebrosas nubes que con sus negros vapores obscurecen el entendimiento, y ya no penetra en él mas que una débil y lánguida luz. Oyense por todas partes horribos silvidos de los encontrados vientos de pasiones, y cae la virtud desmayada bajo el maligno influjo del detestable pecado, y esta hermosa planta queda casi sofocada por las venenosas yerbas de desordenados afectos; todo ha cambiado de aspecto, la muerte misma corre apresurada á esconderse en el cuerpo del infeliz, y estas terrenas criaturas que antes estaban sometidas al imperio del hombre, sacuden en gran parte el yugo del rebelde é insubordinadas se conjuran unánimes para perseguirle y atormentarle. De aquí las enfermedades, las desgracias, y los innumerables males que aflijen sin cesar á toda la estirpe de Adán.

El mas grande de nuestros males era la culpa que nos hacia ante Dios hijos de ira, muertos á la gracia y escluidos de la felicidad, de que habíamos gozado con la inocencia. Tal fué el motivo porque el Verbo humanado vino sobre la

tierra á aplicar con la fé el remedio de su mediacion. Mas para hacernos mas dóciles y obedientes á su divina voz, en la voz de la misma fé ultrajada, dejó todavia espuestos á nuestra vista los otros males que la primera desobediencia á la misma fé nos habia infelizmente acarreado: males que subsistiendo hasta ahora son un monumento perenne de los inmensos daños, que lleva consigo la desobediencia del hombre á la misma fé. Estos nos avisan y amonestan para que no incurramos incrédulos y obstinados á los divinos oráculos, en una muerte eterna.

El universo todo depende esclusivamente de una sola y soberana voluntad, que sabiamente rige y gobierna todas las cosas. Todas las criaturas están subordinadas á Dios. El hombre pende tambien del mismo motor de estas, y no tiene mas libertad que para hacer mérito de su misma obediencia; mas este no puede obedecer sino se le manifiesta antes la espresa voluntad de su soberano autor. Bien es verdad, que en él singularmente resplandece la divina luz de la razon; pero Dios no quiere revelárnoslo todo por medio de ella sola, y el hombre lleno de orgullo frecuentemente se hace árbitro de la misma razon, que segun los varios deseos le impelen ya á esta, ya á la otra parte, y se abroga atrevido la autoridad de cambiar ó alterar sus dictámenes segun el impulso de aquellos. La fé es una luz tan clara, que el hombre no puede disimularle viene directamente de Dios, y por esto le sujeta mas á la justa dependencia de su divino Creador, y le conduce á él sin obstáculo.

La voz de la razon, que se oye siempre en

nosotros, muchas veces se confunde con la de las pasiones, que igualmente se deja sentir. Mas la fé acude solícita al socorro de nuestra razon, y mientras nos habla dá tal testimonio de sus divinas palabras, que no está á nuestros alcances el desmentirlo. Ella nos enseña el precioso depósito de la revelacion cerrado y sellado con el augusto sello del Dios vivo.

Para el hombre todo es un misterio sin la fé; sin ella todo es miseria, el hombre se desconoce así mismo, y llega á tal estado, que no distingue el hombre en el hombre mismo. Nosotros aquí sobre la tierra no somos lo que debemos ser. Nuestro espíritu está en nuestro miserable cuerpo como el niño en el vientre de su madre que aun no ha visto la brillante luz del dia. Nosotros nacemos á la vida puntualmente cuando morimos, y nuestra verdadera cuna es la horrosa tumba. Para conocer bien lo que somos, seria preciso trasferirnos y mirarnos en la mansion eterna.

Dios empieza à formarnos aquí, y nos perfecciona en el Cielo.

Para conocernos, seria preciso saber los disignios que Dios tiene formados sobre nosotros, la razon nos descubre en nosotros mismos un gran bosquejo, mas no puede afinar lo que será este perfeccionado por el arte; sola la fé nos enseña donde van á parar tantas líneas imperfectas como en nosotros encuentra la razon.

El hombre está lleno de nobles deseos é inclinaciones, que jamás podrán satisfacerse sobre la tierra, porque nuestra permanente morada no es esta. Estos mismos deseos emanan directamen-

te de Dios, y nos han sido dados por su mano liberal para que los llevemos al cielo. Todos salimos de aquí famélicos y ansiosos, y allí solo está, lo que completamente puede satisfacernos.

Esta misma avidez que aquí artificiosa hácia nuestra miseria, allí saciada constituirá nuestra verdadera felicidad. Allí, viviremos. Aquel es el país, que el hombre debe habitar, aquella la verdadera patria del género humano. El que no la conoce, ignora al hombre mismo. La fé sola es la que nos descubre aquellas invisibles regiones, élla sola es la que viene de allí, y la que vé al hombre tal cual es en aquella feliz mansion, y de consiguiente la única que puede, y sabe darnos una justa idea de lo que somos mientras nos seamos estraños á nosotros mismos.

El hombre naturalmente desea ecsistir. Dejar de ser... volver á la nada... Què espantoso abismo! La naturaleza misma se horroriza; y el entendimiento se aparta despayorido de tan funesto pensamiento. Solo una ciega desesperacion fomentada por el inveterado vicio puede hacer tal vez, que el hombre devorado por sus propios remordimientos se precipite con el deseo en tan tenebroso caos. Mas nunca la voz del vicio es la voz del hombre mismo. El inocente desea siempre sobrevivir á la tumba, y sí el malvado desea que todo se acabe en él con el cuerpo, es porque su incorrupta conciencia le hace ver á pesar suyo, el inminente castigo, que lo aguarda allí mismo donde el inocente espera tranquilo su inmarcesible premio de mano de un Juez justo y eterno, que nos hizo inmortales. El deseo del inocente es el deseo del hombre. La fé es

la mensajera fiel, que enjuga piadosa las lágrimas de la virtud vilipendiada en esta baja región. Ella asegura al justo y le cerciora de una segunda vida, que no está sujeta á otra muerte. Ella sola le satisface, y hace que el hombre se conozca así mismo. ¡De qué le sirve al malvado el revolcarse brutal en el cienago de su pecado para que no se considere infeliz aun despues de sus cenizas! Él no puede ocultarse así mismo que los dias mas placenteros son finitos y que los limita la muerte; si él no aspira á mas bienes que á los que ofrece la vida presente, ¿como podrá ecsimirse de la desesperacion, al ver que se acerca por momentos y á pasos ajigantados á la fatal parca, que debe arrebatarle cruel de las manos, la única felicidad que él conoce!

El deseo de saber en el hombre es innato, y el infeliz no encuentra aquí mas que la ignorancia y el error. Bien es verdad que él orgulloso puede abusar de este noble instinto; mas esta curiosidad que sentimos en nosotros mismos no es sino la voz de la sabiduria y de la verdad, que dulcemente nos atraen así. Nuestro espíritu que es hecho para poseerlas, bien penetrado de su propia excelencia y vasta capacidad, corre presuroso sobre sus huellas, vuela rápido de una en otra parte para descubrirlas, penetra activo por todas partes para conseguirlas y por do quiera que se vuelva no encuentra mas que espinosos cercos y murallas impenetrables que detienen é impiden sus anhelados conocimientos. La sabiduria y la verdad permanecen invisibles para él, porque mientras él exista en este miserable cuerpo se halla rodeado de las densas tinieblas de la noche, y este no es el pais de

la mansion de aquellas. Mientras habitemos esta baja rejion, toda la sabiduria humana á poco mas se reduce, que a saber y andar el camino que puede conducirnos á aquella, mas la fé es la que nos lo enseña. Nosotros llegaremos á encontrarla, la poseeremos, pero mas allá de la tumba. La interminada estension del cielo, y todo cuanto desde aquí descubrimos á lo lejos, no es mas que el vestibulo de las divinas grandezas: desde allí se entra en el inmenso reino del Altísimo al cual somos destinados.

Mientras permanecemos sobre la tierra nos deleitamos en pasear sus paises. Reinos, Ciudades, Provincias, Tierras, y Mares, son nombres que hacen mucho eco á nuestra presente pequenez, espacios mui dilatados para un espíritu, que para ver objetos corpóreos se ve precisado á arrastrar consigo la pesada carga de este miserable cuerpo; cuando quede exonerado del grave peso que le tiene pegado á la tierra, esta tierra misma no será para nosotros mas que un punto cuasi imperceptible. Volaremos con la misma rapidez y velocidad de que actualmente goza el pensamiento; y con proporcion á la rapidez y celeridad de nuestros pasos, se nos abrirá por delante la amplitud inmensa del delicioso pais que habitaremos. Andaremos las vastas y hermosas rejiones de la Creacion, las interminables y variadas provincias del Soberano Monarca, y aun así nos quedará siempre un dilatado campo que andar. En Dios solo, que corrido el denso velo con que ahora se nos oculta y que entonces se nos manifestará como es en si mismo, encontraremos un mar inmenso de deleites, en el que engolfados, gozaremos por toda una eternidad

de una perenne alegría, y de la vista de siempre nuevas maravillas, hallándonos constantemente al principio de nuestro camino. Los infinitos tesoros de la sabiduría divina estarán siempre abiertos para nosotros: de allí sacaremos con abundancia las saludables aguas de la vida para apagar nuestra abrazadora sed; quedaremos satisfechos, en suma allí seremos felices.

Pero entre todas nuestras inclinaciones, la mas dulce y la mas fuerte es la del amor. La felicidad es el primero y el centro de todos nuestros deseos. Esta con una secreta é irresistible fuerza nos atrae así; y no encontrándola en nosotros mismos la buscamos afanosos en otra parte. Apenas se nos presenta un objeto, que alagüeño parece prometérnosla, cuando corremos incautos para conseguirlo, y con la fuerza del amor nos estrechamos íntimamente con él. Solo el sumo bien puede hacernos felices, mas este se nos oculta. Alucinados, tomamos los engañosos sentidos por guía, dirigimos incautos nuestros cordiales afectos á las visibles bellezas, idolatramos seducidos en las cosas caducas y frágiles, y amamos insensatos á las criaturas percederas como nosotros mismos.

Mas al fin descubrimos ser indigno de nuestro amor el mismo objeto que antes nos era tan caro, y así desvanecida la seductora lisonja, que tan festiva habia encadenado cruel nuestro corazon, no recojemos al fin mas que amargura de nuestra propia eleccion; tal vez permanece el engaño, y llega á gustarnos la misma cadena que nos oprime, mas luego nos asalta el temor y mui pronto el dolor de verla hecha pedazos; verificándose así, que todos nuestros terrenos amores son siempre desgra-

ciados. é infelices. La fé nos revela y enseña el verdadero objeto, que dignamente merece todos nuestros afectos, y que amándole cordialmente puede hacernos enteramente felices. A saber, aquel divino Señor de quien aquí en nuestros locos amores adoramos únicamente la sombra, todo en él se halla verdadero real é infinito. ¿Se aprecia con amor la nobleza? El es el supremo Rey del cielo y de la tierra, todas las criaturas le obedecen sumisas, y él á nadie está sujeto. ¿Se admira el poder? El suyo se estiende á todo lo criado, y del seno mismo de la nada están prontos á salir aun solo acto de su voluntad nuevos cielos, tierras nuevas, y nuevos mundos. Sus riquezas son igualmente infinitas y promete á quien le ama no solo hacerle participante de su gran reino, si que tambien darle en premio á todo si mismo su ternura y su amor. Siendo él belleza infinita, y Señor absoluto del tiempo no teme daños de los siglos ni menoscabos de las edades. Nuestros ojos son de carne y por esto nuestra débil vista no llega á descubrirle; mas aquí es donde principalmente tiene su origen nuestro mérito, y por esto es mas apreciable nuestro amor. Un objeto tan digno de ser amado, aun antes de ser visto merece todos nuestros cordiales afectos. La fé nos habla aquí sobre la tierra, ¿y qué no nos dice de la suma belleza de nuestro Dios! Ah! Nosotros como rústicos habitantes de esta infeliz morada de abyeccion y de penas entendemos mui poco su divino lenguaje; mas élla deposita con confianza sus palabras en nuestros propios sentidos. Aquel mismo que aquí nos propone como un objeto digno de nuestro amor y con quien quiere unirnos eternamente en el cielo es el sobe-

rano autor de todas las cosas visibles. Las flores que vistosamente esmaltan las herbosas faldas de los montes, los árboles que frondosos cubren la vasta llanura y coronan las elevadas cimas de los Alpes, los pajarillos que alegres retozan en las florestas, son todas obras suyas. Los dilatados y vastos prados, y riachuelos que en ellos serpentean, y cuyo dulce murmullo forma en gran parte su deliciosa amenidad, los grandes rios que simétricamente los dividen, las fuentes, lagos y mares son tambien obras de su soberana diestra. Cuantas bellezas admiramos, cuanto se nos presenta de delicioso y agradable, y aun aquel aire mismo de majestad y jentileza que tal vez resplandece en la frente de los hijos de los hombres, son otros tantos rayos que reverberan de su escondida belleza. Aquello mismo que no podemos ver y que sin embargo no podemos dejar de amar como son el candor, la inocencia de una alma incorrupta, la rectitud de una conciencia pura, son una débil, pero fiel imagen suya.

¡O Dios mio! ¡Y quién podrá mirar la tierra, ver el cielo, y no amaros! Cuantas son vuestras criaturas tantas son las lenguas que nos convidan á vuestro amor; sola nuestra malicia puede hacernos sordos á tan elocuentes voces; mas un corazon puro, un corazon casto, no puede ser insensible á sus melidiosos ecos, este corre presuroso al regazo de la Santa fe, y allí se enciende en las vivas llamas de vuestro divino amor. Vuestro amor es dulce, vuestro amor es alegre, y solo él puede convertir en un campo de delicias esta escabrosa selva. El amor terreno es una negra é impura llama que siempre lleva consigo el tétrico

temor, las cavilosas sospechas, los desconsolantes celos, los turbulentos afanes, y mui frecuentemente el odio implacable, y el infamante delito. Al contrario, vuestro amor es una luz clara y resplandeciente que va siempre acompañada de la risuena alegría, de la apacible paz, la firme seguridad, el inocente contento de la modesta virtud, y de la agradable inocencia. ¡O divino amante! Yo abomino y detesto todo otro amor fuera del vuestro; vos solo sois aun en esta baja rejion mi consuelo, y constituís toda mi felicidad.

¡O míseros amantes terrenos! Yo os compadezco ¡Conozco mui bien vuestras penas y tormentos!. Ah! Cambiad, cambiad de objeto, mudad de amor, amad á un Dios, y vuestras penas y desvelos tendrán un dichoso fin. Yo amo tiernamente á mi Dios, y él no duda un punto de mi fé, pues ve esculpidos en mi corazon los caracteres que espresan mi tierno amor. Él es un amante fiel, sé que él me ama, y esto me basta, á él me entrego toda y vivo tranquila en el seno de su divino amor. Con tal que yo le ame, no temo el que me rechace ò abandone. ¡O divino amante! Bien es verdad que yo no os veo, y sin embargo ardo en vivas llamas por vos.

Mui bien os ve mi espíritu, os siente mi corazon, y mi alma claramente comprende los dulces acentos de vuestra cara voz. Con vos hablo, y vos me escuchais benigno, y acojeis piadoso los clamores de mi corazon, y todos mis suspiros. Vos estais siempre á mi lado; el sol cadente conmigo os deja, y el sol naciente conmigo os halla, conmigo estais cuando bajo á la fuente para refrijerar mi ardiente sed, conmigo mientras yo vagando por ea

medio de estos solitarios peñascos voi en busca de un poco de alimento, y conmigo estais vos ó Dios de mi corazon interin os contemplo en el mas profundo silencio de la noche. Si, conmigo estais siempre, ¡ó Dios mio! me veis, me observais, y solícito me custodiais. Los hombres y las fieras, el infierno, el cielo, y la tierra, son hechuras vuestras, y penden de vuestra divina voluntad; duerma yo, ó vele, á nada temo, ¡quién puede dañarme! Vuestro divino poder me protege, vuestra soberana diestra me defiende, y si alguno puede herir este miserable cuerpo, vos ó bien mio, sois el que así lo quereis, y esto mismo es un rasgo amoroso de vuestra divina voluntad. Pedidme, ó soberano dueño una nueva prueba de mi amor para que vos me ameis mas. Si, pedid Señor, pedid mi sangre, ó dulce amor mio, pues que solo para vos circula en estas venas. Ah! Vos derramaisteis generoso, toda la vuestra por mi, y no quereis ahora aceptar benigno la mia que agradecida os ofrezco.... Ah! Que una sangre tan vil no merece ser derramada para vos, yo me conozco, y me horrorizo...dulce bien mio, yo conozco mui bien que no soi mas que una víctima inmunda ante vuestro divino conspecto; pero...yo os amo... Ah! despues de haberme admitido á la alta dignidad de amaros; hacedme cual me quereis, hacedme digna de vos.

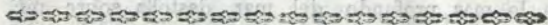
Justamente llamamos nosotros á esta tierra el pais del dolor. Pero para mi desde que empezé á amaros no conocí mas pena que el temor de ofenderos. No solamente es en la feliz mansion de la gloria donde vos derramais con abundancia los contentos en el seno de quien os ama, aun

en esta infeliz morada nos haceis tambien gustar vuestras dulzuras. Encendido mi pecho de vuestro divino amor, ¡quién podrá turbar mi paz! ¡quién podrá hacerme infeliz! La pobreza es para mí mui amable. Vos sois todo mi tesoro, vos sois toda mi dicha, y en suma sois un todo para mí. No temo la estenuada hambre, ni las afflictivas enfermedades, ni á nada de cuanto puede atormentar mi cuerpo. Vos sois mi apoyo, y todo mi conforto; la dulzura de vuestro divino amor mitiga todas mis penas; y vosotras persecuciones, infamias, destierros, qué podeis todas juntas contra mí! Que me importa el verme hollada de los hombres, ni el estar apartada del consorcio de los vivientes, si conmigo está mi Dios que piadoso me acoge y acepta benigno mi amor. Caminaré intrépida por medio de los ultrajes, permaneceré serena en medio de las injurias, y estaré siempre alegre en medio de los tormentos. Tengo á mi Dios en el corazon, el consuelo en mi seno, y en el Cielo mi asilo. Y tú pálida muerte ¡qué tienes de terrible para mí! ¡Quiéres disolver este mi cuerpo, desterrarme de esta infeliz morada! Dios está conmigo, partiré contenta con él. Vístete de tus mas espantosas apariencias, preséntate bajo el aspecto mas tétrico, Dios es mi sostén; tu no podrás atemorizarme. Provoca contra mí los tigres y leopardos, enciende voraces hogueras, despedaza con crueldad mis miembros; y de mis esparcidas cenizas, de las ensangrentadas fauces de las espantosas fieras, y de las abrasadoras llamas saldrá siempre ileso mi espíritu en compañía de mi Dios. Precipítame desde la cima de los mas elevados peñascos, sumérjeme

en lo mas profundo del mar, destella sobre mi los horrízonos fuegos de las nubes, podrá caer desecho mi cuerpo, mas en el mismo sitio quedaré adornada de mejor vida en compañía de mi Dios, este estará conmigo, y yo con él en las mismas entrañas de la tierra, y en los profundos abismos del mar. Entónces veré cara á cara á mi suspirado predilecto, y mi gozo será completo. Solo á él podria temer sino le amase, todo lo demas no me asusta. Nada tengo yo que perder si poseo á mi Dios; para mi no existe el dolor si gusto á mi Dios, ni el temor me arredra si mi Dios me es propicio. Si yo le amo no hai muerte para mi, él es via, verdad y vida, y yo con él viviré eternamente.

¡O miserables mortales! Si quitais del mundo al verdadero Dios, ya no encontrareis en él mas que trabajos y miserias, pero existe Dios en él mundo! pues ya no existen en él ni trabajos ni miserias fuera del vicio la culpa y aquellas justas penas que son sus funestas consecuencias. Este es verdaderamente el mundo en que resplandece la verdad, y brilla la luminosa antorcha de la Santa fe; lo otro es el mundo cubierto con la tenebrosa noche de la ignorancia, de la incredulidad, y del error.





NOCHE TERCERA.

EL HOMBRE.

¡O y cuan dulces y deliciosos sueños lisonjearon mi reposo! ¡O y como aun cuando están adormecidos los sentidos, vela nuestro espíritu, y vagando libre y á su albedrio nos conduce lejos de nosotros mismos! parecíame estar en Jerusalem, y que en esta famosa capital permanecia todavia bajo el vil ropaje de nuestra humanidad el Verbo eterno. ¡O y que contento tan puro llenaba con esta placentera ilusion los anchurosos senos de mi pobre alma! Yo escuchaba atenta sus divinas palabras, su sublime sabiduria me elevaba hasta los cielos, sus admirables modales y sus virtudes sobrehumanas me robaban dulcemente el corazon y me trasformaban toda en él; yo no respiraba mas que Dios, ¡O y que feliz era yo entónces! Mas al fin despierto, y me veo otra vez envuelta en mi propia miseria. Ah! pasaron ya los dias felices en que se me era concedido mirar cara á cara aquí en la tierra al que hace bienaventurados á los habitantes del cielo. Su alta mision está cumplida, él se despidió de esta morada de abyeccion y de penas, el cielo le posee ya con todo su esplendor y majestad. A solos los espíritus anjélicos, y á los felicísimos mortales, que depusieron ya este cuerpo terreno, les es dado verle glorioso y sin velo en la para siempre dichosa mansion de la gloria. Ah! Y que no pueda yo par-

tipar de tan alta dicha mientras dure mi destierro. ¡O y cuan penosa es para mi esta obscura prision! Yo vivo, pero mi vida es una continua muerte. Mi alma está ya en el cielo donde habita mi divino Señor. Solo este pesado cuerpo que me veo precisada á arrastrar por todas partes es el que me detiene todavia apartada de él, é impide el que me una toda con mi amado. ¡Dolorosa separacion! Y quien pudiera disolver esta gredosa tierra, que á pesar mio me aprisiona y desprenderse enteramente de este enorme peso que me oprime, para que libre pudiese volar ante el divino conspecto de mi predilecto! En donde os buscaré ¡O Soberano Señor mio! Dónde os habeis escondido mi vida y todo mi bien! Ah! no, yo ya no puedo vivir un solo momento separada de su amable compañía! Cielos ó aceptad benignos mi anhelante espíritu, ó volvedme compasivos á mi divino Señor.

¡Oh y qué ser tan grande es el hombre! Su corazon pide un Dios, sus deseos aspiran aun Dios, y solo un Dios puede completamente satisfacer sus ardientes anelos. ¡Qué ser tan vasto es el hombre! El mismo estado de humildad y bajeza á que se halla reducido sobre la tierra, no es suficiente para encubrir totalmente su alta dignidad é inmensa grandeza. Mil rayos reverberan apesar de aquellas, de su oculta gloria; y el que atentamente le mira, no puede menos de reconocer en él un verdadero hijo del Altísimo bajo los ascos de un vestido de barro. Dios, que le crió para hacerle participante de su divina gloria, no quiere colocarle en el alto grado á que le destinó sin que concurra personalmente á hacerse digno

de él, por tanto ha querido ponerlo aunque por poco tiempo, en una pequeña parte de su inmenso reino con solo el objeto de ejercitar su fidelidad y obediencia hacia su Criador. No, esta tierra no es para el hombre mas que una morada de tentacion, de miseria, y de prueba. Sin embargo, de cuánta majestad no goza! El reina aun viador sobre la tierra, y su imperio se estienda á todas las cosas visibles. A él están sujetas las bestias del campo, las fieras del bosque, las aves que cruzan los aires, los pezes que surcan el líquido elemento de las aguas, los varios y diversos frutos que agradecida produce la tierra son un tributo que esta le paga sumisa, para él viste su hermosa variedad y graciosamente se adorna, para él es su abundante fecundidad, para él encierra en sus entrañas sus ricos y abundantes tesoros, y el mar tantas piedras preciosas y ensuma todas sus inapreciables riquezas.

El hombre no es sobre la tierra mas que un huesped extraño, y no obstante de que medio no se vale la próvida naturaleza para satisfacer sus necesidades! ¿De qué arbitrio no se sirve para honrar dignamente á este noble huesped suyo! Ella lo provee de granos y frutos de toda especie, le proporciona con abundancia toda clase de ganados; que le cultiven los campos, le obedezcan, le ayuden y soporten por él las mas penosas fatigas. Ella le circunda de una numerosa y mansa familia de animales domésticos que le proporcionan mil ventajas y regalos; y no solamente suple solicita todas sus necesidades, sino que se emplea toda en procurarle afanosa toda suerte de delicias. Entre todos los habitantes de la tierra el hombre

solo es capaz de ver las varias bellezas que en ellas se encierran, y todas son hechas para él. El solo puede admirar los millares de arbustos y yervezuelas que recíprocamente la adornan, y solo por él la artificiosa naturaleza las labra con tanto esmero y variedad de arte. Solo él puede participar de la deliciosa vista de las hermosas flores, y para recrearle, ricamente matizan estas el suelo que el hombre pisa, exalan con profusion sus perfumes y aromas. Para él finalmente el ruiseñor, la golondrina, con sus suaves acentos alegran las mas solitarias é incultas playas.

El hombre por su antigua culpa vive sobre ésta miserable tierra, como en un estado de degradacion, y sin embargo estas bajas criaturas cuánta sumision no le rinden! Le sirven con mansedumbre los mas furiosos elementos; ríndense á su industria los mas estériles terrenos; bajo su poderosa mano se hacen fructíferos los mas infecundos zarzales, y dulces sus mas amargos y acerbos frutos. El fuego pronto á todos sus usos, yá perfecciona, yá condimenta sus crudos y desazonados manjares, yá disuelve al arbitrio de su voluntad la dureza de los metales, y los hace ductiles como la cera para recibir la nueva forma que él les prescribe. El aire, y el agua segun las leyes que él les impone, le riegan ò muelen el trigo, dan movimiento á mil máquinas diversas, y le conducen á su arbitrio á las mas remotas riveras. El hombre en suma hijo del Rei supremo aun en este domicilio de su abatimiento es reconocido de las criaturas que le rodean como su soberano Señor.

¡O Gran Dios y que ser tan augusto es el hombre! Su nobleza se eleva sobre todas las

demas obras vuestras. Vos le habeis puesto aquí para que os obedezca, mas todos vuestros mandamientos solo tienden á acostumbrarle á reinar; feliz él si fiel á vuestros divinos mandatos impera sobre sus propios afectos y conservándose puro en medio de este lodosal no degenera de su primer orijen y no envileze su gloriosa suerte.

¡O Hombre! dá una ojeada á tu rededor, y mira el sublime grado que ocupas sobre la tierra, levanta tu vista y atiende que majestuoso lugar te se está preparado en el Cielo, y aprende de una vez á apreciar tu grandeza concibiendo pensamientos dignos de ti. Tu vives sobre la tierra, pero no eres terreno; tu verdadera patria es el cielo, tu orijen es divino, tu vida es la misma eternidad. Si, tu estás sobre la tierra; pero para pisarla, reinar en élla por poco tiempo y abandonarla. Los estúpidos animales que en ella viven son tus criados, no tus hermanos. Aquí no tienes parentesco alguno, eres extranjero. Mira con atencion todos los habitantes de la tierra, y á todos los verás andar con la cabeza encorbada hacia ella; mas tú elevas en alto tu majestuosa frente, percurres con la vista los espacios celestes, paseas con el pensamiento sus encumbradas rejiones, mides la inmensa grandeza de los planetas, y calculas sus movimientos. A tí finalmente como ciudadano de la corte Celestial aun mientras habitas aquí abajo siempre te se están franqueadas las espaciosas puertas del empíreo, puedes entrar á todas horas con el ánimo en aquella feliz morada presentarte á tu divino Señor, hablar con él contemplar su divina majestad, ofrecerle el homenaje de tus cordiales afectos, y dirigirle con con-

fianza tus fervientes oraciones, y humildes súplicas.

Las mismas criaturas privadas de sentido y conocimiento todas te conducen como por la mano à él. Estas gozan de su singular belleza sin que ellas mismas lo sepan, y de su bondad sin dar de ella la gloria al Señor. Solo al hombre émulo de los espíritus angélicos le es dado el poder de recojer estos resplandecientes rayos de la belleza y bondad divinas que se hallan esparcidos por todo lo criado, y dirigirlos nuevamente á la perenne fuente de donde manan. Estos reverberando de por todas partes se dirijen á nuestro espíritu, y si lo encuentran puro despues de haberlo encendido é iluminado vuelven al momento á su orijinario foco que es el mismo Dios. De este modo aunque Dios no nos permita verle cara á cara, y sin velo mientras jemimos oprimidos bajo el molesto peso de esta carne mortal, quiere que al menos le conozcamos por los vestijios del poder, sabiduria, y otras inestimables prendas que resplandecen en sus majestuosas obras.

El hombre admitido al conocimiento de Dios! El hombre destinado á dar culto á un Dios! A amar á Dios! A comunicar con Dios! Ah! No, no es, el hombre es un gusano, no es un vil insecto de la tierra, el hombre mismo es un Dios por participacion. No, la tierra no es su esfera la divinidad es su verdadero centro. La muerte no tiene poder alguno sobre él, su inestimable dote es la inmortalidad, y por tanto si mientras ecsiste en esta baja rejion vive unido con Dios, la alegria, el contento y aun el mismo Dios, serán siempre su recompensa.

Entre la criatura y el Criador media un espa-

cio infinito, y sin embargo Dios quiere abreviarlo respecto del hombre. Sí, su divina gracia que es inmutable, sin variar en nada, la naturaleza ni la esencia de estos dos seres tan diversos entresí encontró el medio de unir ambos extremos, el Criador y lo criado, lo infinito y lo limitado. El hombre no podía remontarse hasta el ser Supremo, y Dios bajó hasta el ser de hombre, y uniendo por un modo inflexible nuestra humana naturaleza á la divina vinculó con ella por medio de un desposorio eterno la moribunda humanidad. Sí, el Unijénito del eterno Padre concebido por el espíritu Santo en el seno virjinal de una hija del hombre haciéndose nuestro hermano nos condecoró con la gloriosa adopción de hijos del Altísimo, nos regeneró en el mismo espíritu Santo por medio de un nuevo nacimiento, y de nacimiento todo divino, de consiguiente nosotros no solamente somos hombres, sino que somos Dioces.

Si, somos Dioces, porque por este exceso de la divina bondad, somos hermanos, esposos, é hijos de un Dios. El abatimiento de un Dios es un misterio impenetrable, y la exaltación del hombre es un insondable arcano. Para comprender cuanto se ha humillado Dios, sería preciso conocer perfectamente su excelsa sublimidad, y para penetrar á fondo hasta donde se ha elevado el hombre, sería igualmente necesario conocer quien es Dios. Dios, y el hombre! El hombre y Dios! El hombre unido por un desposorio eterno al ser Supremo!....Ah! Este es un insondable piélago de luzes, á cuyo aspecto se deslumbra mi vista, y mi entendimiento se confunde. Ah! No, no

vieron ojos mortales, ni oídos oyeron, ni penetró jamás corazón humano el glorioso tesoro, ni las infinitas recompensas, que tiene el Señor preparadas al que á quí en la tierra verdaderamente le ama. ¡Cuán amplificada no será nuestra presente pequeñez! ¡Cuán basta nuestra capacidad! ¡Hasta donde no se estenderán nuestras cortas facultades! De que precios tan inestimables no será el hombre enriquecido ¡Ab! No, nada es el hombre ahora en comparacion de lo que será despues.

El tiempo ni es mas que una pequeña gota de agua comparada con el gran oceano, ante la divina grandeza. En la eternidad es donde el Omnipotente despliega con ostentosa magnificencia todo el esplendor de su divina majestad. Todo lo criado no es mas que un tenuísimo ante la inmensidad de su divino criador. Cuando lleguemos á los espaciosos umbrales de la eternidad, y entremos en el magnífico templo de la gloria del Dios de Sabaot, veremos desaparecer los siglos como desaparece el humo, y confundirse con la nada la sorprendente mole de todo lo criado. Esta es mui grande, respecto de nuestra limitada posición, mas comparada con Dios es nada. Entónces depuestos estos carnales ojos, y adornados con la brillante y perspicaz vista del espíritu, serémos capaces de mirar sin estorbo la divina grandeza. Entónces veremos tal cual es en sí mismo al solo grande, al inmenso, al interminado, é infinito por excelencia.

Yo me persuado de que Dios empezó á formar n ser tan grande cual debe ser el hombre de n bajos y humildes principios para dis-

ponernos y prepararnos de este modo á una sorpresa mayor. Creo por el placer de verle poseido un dia de un mas alto estupor, quiere hacerle vagar por poco tiempo por el camino desigual de la fugáz vanidad, antes de introducirle en las dilatadas rejiones del infinito, y cuasi me convenzo de que para que sus grandes maravillas lo sorprendán mas y mas, antes de manifestarle el inmenso piélago de su infinita grandeza quiere ocuparle y entretenerle algun tiempo en admirar uua pequeña gota del mismo. Pero que estravagante locura! Que es lo que yo digo! Acaso la inefable luz de la divinidad será mas apta para herir al que recién sale de las tinieblas, que para el que mucho tiempo ha goza de la belleza de la luz. ¡Por ventura serán mas nuevas las divinas grandezas, ó serán mas admirables para él que por primera vez las mira, que para los que felizmente las gozan desde muchos siglos antes! Ah! No, el milagro, el abismo de la divinidad será siempre para la criatura igualmente infinito. Él que tenga la dichosa suerte de beber en este inmenso mar de maravillas, despues de mil y mil siglos no habrá sorbido ni una pequeña parte, pues que carece de ellas. Se extinguirá la resplandiente luz de las estrellas, suspenderá el tiempo su rápido curso, la rueda de los sucesos caerá hecha pedazos, y aquellos felices habitantes no habrán todavia pasado el primer trago. Y que será de los demas! Ah! Esos infelices permanecerán siempre sin poder retroceder en el primer paso de su eterna miseria. No hai remedio. Cuando Dios sacó al hombre de la nada, no le

sacò para volverle á sumerjir en ella. Èl le destinó irrevocablemente á la eternidad, es preciso que el hombre entre ó caiga una vez en la misma; y no tiene mas arbitrio que elejirla desde ahora dichosa ó desgraciada. Si, Dios le espera allá ò por unirle así para siempre, ó para arrojarle de sí por toda una eternidad. El tiempo es mudable, y todo lo que en él se encuentra está sujeto á inconstancias y mutaciones; mas la eternidad es inmutable y todas sus cosas participan de su inmutabilidad. Por esto mismo es el hombre sobre la tierra un ser inestable, é igualmente puede volverse al bien ó al mal, pero una vez admitido en la eternidad su bien ó su mal se hacen eternos con él. Si saliendo del tiempo la eternidad que lo escoje le encuentra unido á su Dios, el dulce nudo se perpetua, mas si en él encuentra la culpa que le separa de su Señor esta lastimosa separacion será igualmente interminable. Los terribles golpes de la divina justicia irritada se descargarán sin intermision sobre el malvado; mas ni este ni su malicia podrán ser jamás destruidos siendo por su maldad desgraciado para siempre, Dios será su irreconciliable enemigo, y su propia desesperacion, los tremendos castigos de la divina justicia, la venganza, y el inestinguible fuego de un Dios eternamente irritado contra la malicia y el pecado, jamás tendrán fin. Si, eterna será la miseria del impio, y eternos sus incomprensibles tormentos.

¡Oh Hombre! O Ser indefinible! Tú no eres Dios por naturaleza, y no obstante estás destinado para participar de la Divinidad. Tú no eres

infinito, y sin embargo has de estar unido para siempre á lo que no tiene fin. Solo Dios es eterno, y tú debes recibir de él la eternidad, si, tú verás á Dios en si mismo, que es infinito, le gozarás en premio de tus virtudes, ó sufrirás su indignacion en pena de tu culpa, que es tambien infinita, y sostendrás un castigo cuyo bien de que te priva, y cuya duracion es eterna. ¡O Hombre! ¡O Ser insondable! si tú no eres eterno llegas con todo á tocar los confines de lo infinito, y ya seas feliz ó desgraciado participa de lo eterno no menos tu felicidad que tú miseria.

¡Oh Amable virtud! ó culpa abominable! de vosotras pues recoje el hombre tan dulce ó amargo fruto? ¡O virtud! O Inocencia! ¡Preciosa semilla y jérmen divino de eterna felicidad! De que temés! Que és lo que te espanta! De que te aflijés si te ves despreciada, ajada, y conculcada en este mundo fugáz! Levanta tu vista y mira con confianza los siglos interminables, observa atenta el delicioso pais de la eternidad, y hecha de ver en él tu inalterable paz y tú inmarcesible premio. Quanto hai de mas grande sobre la tierra, para tí es mui pequeño. Una eternidad de gloria y de contento, el cielo, un Dios son en suma la recompensa que te se está preparada.

Y tú, ó infame vicio, ó detestable pecado fatal veneno: tú pues penetras é infestas audáz la mas noble parte del hombre, tus malignos efectos se estienden hasta mas allá de la vida presente, y como la mortífera bava de un rabioso mastin que aunque no mata luego, se introduce tácitamente en la sangre, y corrompiéndola

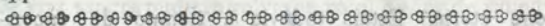
con lentitud la apesta. Y sin que nadie lo perciba, maquina sordamente la muerte del infeliz entajado; mientras vivimos en esta baja rejion te duermes escondida, y apenas te dejas sentir de las almas que infelizmente posees, para matarlas à tu salvo por toda una eternidad! ¡O Almas infelices, eternamente muertas por el fatal veneno de la culpa! O espirituales víctimas separadas para siempre de un Dios! De aquel mismo Dios, que debia animaros con una vida eterna! O espirituales cadáveres rechazados y alejados de Dios para siempre, y sepultados por el mismo en el profundo pozo del abismo!

Oh! Y quién podrá bastantemente llorar vuestra eterna desgracia! Ah! un Dios bajado del empireo, un Dios que sufre, padece, y que finalmente muere para preservar à los hombres de un tan horrible mal; al contemplar vuestro lamentable estado, su la viva sangre, se desmaya....cae... agoniza... Mas para que consumirme en tan estéril piedad! El mal de quien se halla yá en la eternidad, no tiene remedio; y por tanto yo os abandono, ó eternamente desgraciados, pues que de nada os aprovecha mi llanto, si, mis lágrimas son para vosotros enteramente inútiles. Pero vosotros compañeros inseparables en otro tiempo de mis infames desórdenes, vosotras, ó almas seducidas por mi mal ejemplo, en los deplorables dias de mis enormes pecados, vosotros en quienes yo misma introduje el mortífero veneno de la culpa: Ah! moristeis por ventura eternamente! Tendré yó que veros un dia separades de Dios para siempre! y esto por mi culpa! Oh! Y quién me diera, que á costa de lágrimas

de viva sangre pudiera volveros yó al Señor de quien cruel os aparté! Mas Ay! Qué mi acerbo dolor no admite consuelo alguno! Oh! Y quién pudiera á costa de mil vidas sacaros del abismo por cuya senda os conduje incauta. Son pues aquellos los que yó decia que tanto amaba, los que tan infelizmente he perdido! O Muger cruel! Yó no he hecho mas que envenar y matar sus almas, acumulando sobre ellas una eternidad de miserias. O amor funesto! O almas muertas por mi fraticida mano! O Eternidad! O Dios mio! Salvad, salvad piadoso las almas que yó insensata perdí. Por mi culpa son ellas reas, pero la mas culpable soi yó. Yo con mi mal ejemplo las estimulé á la culpa, yó con un amor peor que todo odio las seducí audáz, arrancándolas con violencia de vuestros amorosos brazos. Castigad Señor, mi temeridad, caygan pues sobre mí, ó justo Juez, vuestras divinas indignaciones y venganzas. Castigadme Señor, repito, heridme, multiplicad sobre mi las desgracias y azotes, hasta que á su violencia exale el último suspiro, pero salvad aquellas almas que por mi culpa se desviaron del recto camino de vuestra divina justicia. Oh! Y que horribles y funestas imájenes se agolpan de tropel á mi espíritu! Y qué recuerdos tan amargos despedazan mi corazon. Recuerdo todas las falsas ternuras....Ah! Todo era veneno...todo ofensas de un Dios de majestad, muerte eterna...infelices compañeros de mis desórdenes, víctimas desgraciadas de mi funesto amor, ¿habitais por ventura todavia el pais de los vivientes! O estais ya talvez sepultadas en las densas tinieblas de la no-

che eterna? Estais todavia á tiempo de encontrar misericordia ante los divinos ojos, ó rompió ya la cruel parca con irremediable golpe el tenuísimo hilo de vuestros dias; y mientras yo lloro aquí, ó sombras desgraciadas, sin descanso!.... O Dios eterno el horror me hiela, la angustia me oprime..... y el afan me mata. Salvad, ó Dios mio si todavia se puede, salvad, os suplico aquellas almas que yo tirana perdí. Si mi malicia las perjudicó entónces, Ah! sírvanles ahora mis fervorosos ruegos, y mi acerbo llanto. Por vuestra gloria, ó Dios eterno, por vuestro augusto nombre, por vuestras divinas llagas, por vuestra preciosa sangre, por la muerte de vuestro divino Unigénito, por el amor que le obligò á descender de vuestro eterno seno, y habitar entre los hombres, por vuestra divina Clemencia, por aquella soberana clemencia que me condujo á mi, la mas indigna entre todos los mortales, á la salud y á la vida!.... Ah! salvad, salvad, ó Dios mio, las infelices almas que yo inhumana perdí.





NOCHE CUARTA.

EL TIEMPO.

Ya la noche ha estinguido el gran luminar de la tierra, y con su negro y denso velo ha cubierto los objetos con todas sus bellezas. Este es el modo con que llama à los míseros mortales de la fatiga al descanso. Los hombres duermen, y las horas prosiguen tranquilas su tácito curso. No duerme el tiempo; este gran río que arrastra tras si todas las cosas, jamás se para, antes corre siempre rápido y sin rumor.

Los hombres duermen, sin que por esto dejen de hacer velozmente su camino; y mientras parece que la naturaleza cansada ha suspendido todas sus operaciones, ellos se avanzan con igual celeridad hácia su término. Estos incautos sumergidos en un estúpido letargo, pasan los mas bellos dias de su vida durmiendo con los ojos abiertos. Ellos no piensan en que están de viaje sobre esta tan rápida corriente, y delusos, cubren insensatos su barquichuela para no ver que caminan con precipitacion hácia su fin, y aparentemente divertidos hechan en un fatal olvido los inminentes peligros, que por todas partes les cercan. Ah! miserables, despertad de una vez de la infausta ilusion que vosotros mismos insensatos os procurais. Saldid y divisad si podéis, las deliciosas riberas que se alejan siempre mas de vuestra vista. Ah! Vosotros pasais descuidados por medio de ellas sin

deteneros un momento en contemplarlas, cada instante perdeis de vista una de sus partes, y descubriís otra que luego se os escapa con la misma velocidad, y se oculta á vuestros ojos para siempre. En medio de tantas vueltas y revueltas de este tortuoso río, que vosotros mal conocéis, al menos pensar os hallais en la gran embocadura, que conduce irremisiblemente al vasto oceano de la eternidad.

Ah! El hombre no hace aprecio del tiempo, siendo este el inestimable tesoro que el cielo generoso puso en sus manos, para que con él se procurase una felicidad eterna. Si, este es un tesoro que no tiene precio; y sin embargo la mayor parte de los mortales lo gasta todo en insulsezes y vanidades. Así se disipa por lo jeneral un bien de tanto valor, y que una vez perdido no vuelve á recuperarse.

Oh amarga memoria de los años de mi juventud, y de mis funestos desórdenes, dónde estais! En que venísteis aparar! Oh y quién pudiera volveros á mi poder, para que yo os emplease mas provechosamente! Oh y que feliz seria yo, si pudiera recorrerlos nuevamente, para borrar con mis lágrimas la negra infamia con que incauta os manché. Ah! vosotros ya no estais en mi mano, y sordos á mi débil voz, os alejais siempre mas de mi. En vano os sigo ya con el pensamiento, pues que el tiempo nunca vuelve atras. Vosotros continuais con igual rapidez en alejaros de mi tan culpables y manchados como yo os dejé. ¡O infeliz de mí! que podré yo hacer en este caso, mas que acompañaros vertiendo un mar de lágrimas, y al presentaros al majestuoso rey de los siglos

implorar por vosotros misericordia y perdon?

La vida es mui breve: apenas salimos de la cuna cuando ya nos hallamos al borde de la tumba. Ved aquí el cotidiano y universal lamento de todos los hombres, y sin embargo no saben que hacer del tiempo, sirviéndoles este de un peso insopor- table. Los dias les parecen otros tantos siglos; ellos suspirando se lamentan de fastidio, mientras esperan con ansia que se pasen las horas, como si estas desapareciesen con demasiada lentitud, las apresuran incautos con mil juegos y frívolos entretenimientos, procurándose estúpidos otros tantos vanos placeres para abreviarlas. Oh inconsi- derados! Nosotros mismos somos los que impios nos acortamos la vida. Ah! nuestro vivir no es vivir. La vida nos ha sido dada para que en este corto tiempo adornásemos solícitos nuestro espíritu con las preciosas joyas de la virtud. Si, ella es el tiempo precioso que se nos ha concedido, para que sembrando en este breve espacio de su dura- cion la rica semilla de las buenas obras en el dilatado campo de este mundo, recojamos abundantes y sa- zonados frutos en la eternidad. Solo así se vive. El que pasa sus mas bellos dias en la innaccion y en el ocio, el que los consume en deleites y vanidades, este infeliz no vive; pasea sí entre los vivientes, mas él en realidad es muerto. Este tal es un árbol seco, que todavia permanece en pie mas no produce ya fruto alguno.

Oh! miserables mortales! y cuán ingeniosos somos para dañarnos á nosotros mismos! Todo nos recuerda que estamos sobre la tierra solo de pasaje y para partir de ella en breve, y sin em- bargo con una funesta astucia cerramos los oidos

á tan saludables voces. Andamos aquí abajo pisando con planta impávida los sepulcros de nuestros antepasados, ciertos de que uno de estos dentro de mui poco se ha de abrir para nosotros. Cada momento es un paso que avanzamos hácia la tumba, y no obstante andamos sobre la tierra con tanta seguridad como si fuéramos inmortales. Continuamente vemos desaparecerse de por todas partes una multitud de vivientes. A las veces se estremece la tierra, y bamboleamos vacilantes sobre ella, y sin embargo seguimos sin temor nuestros devaneos y placeres durmiendo tranquilos y con apacibilidad nuestros sueños, entre tanto se abre la tierra, y asombrados, queremos también abrir los ojos. Ah! miserables que ya es demasiado tarde, ¡es ya tiempo de cerrarlos, es ya de noche para nosotros! es preciso durmamos ya el sueño eterno.

El tiempo destruye las jeneraciones de los hombres, como siegan estos las mieses de los campos con sola la diferencia de que a proporción que sucumben unos, se levantan otros á ocupar su lugar. Y por esto apenas se percibe el gran vacío de los que para siempre perecen. Esto mismo es lo que puntualmente sucede, al que atentamente observa la precipitada corriente de un caudaloso río. Cada instante ve desaparecer una ola, mas tras de aquella viene otra, y mientras esta pasa ya le sucede otra, y así es que ninguna permanece mas de un momento en el mismo sitio, y no obstante el río permanece siempre lleno. ¿Dónde están ahora los que poblaron en la tierra el siglo pasado? ¿Dónde los que vivieron en los siglos precedentes? Ah! cada jeneracion no es mas que una

ola pasajera. Cada vez que sale el sol conduce este luminoso planeta, una multitud de hombres á su ocaso. Cada noche sepulta á una porcion de vivientes en sus densas tinieblas, y sin embargo el hombre deluso, de tal manera pega su corazon á los objetos terrenos, como si ésta infeliz morada fuése su permanente domicilio.

La historia de todos los pueblos y naciones no se reduce á mas, que al continuo nacer y morir de los hombres. La tierra no nos presenta sino monumentos de la humana fragilidad, y ruinas de la misma, que no son mas que otros tantos gloriosos triunfos del tiempo. Dirijo mi vista por todo su dilatado horizonte, y por todas partes descubro campos amenos, que antes no eran mas que desiertos inhabitables, veo magnificas ciudades que en otro tiempo fueron soledades espantosas; mas tambien veo convertidos en horrorosos páramos, los que antes fuerón campos mui deliciosos, y en incultas soledades las que ya dejaron de ser ciudades mui opulentas. Busco con atencion solícita entre estos montones de piedras, cubiertos de zarzales y abrojos; y mi vista nada mas descubre que espantosas ruinas. El pensamiento mas perspicaz penetra por todas partes, y esforzándose en desenterrar las edades pasadas que abismadas en el tenebroso caos del olvido, yacen sepultadas bajo las ruinas presentes, me señala como con el dedo todas las cosas una por una, y he aquí me dice: aquí se elevaba un suntuoso palacio, allí existia una fuerte ciudadela, por allá pasaba la muralla, y sus colosales puertas venian á dar acá; allá se congregaban los majistrados, acullá los militares se ejercitaban en las armas, este finalmente era

el lugar destinado para celebrar los grandes festines, las alegres danzas, y todos los espectáculos públicos. Locamente engañada corro con alambrosa curiosidad tras mi atrevida guía, y ya me parece descubrir los magníficos templos, los soberbios palacios, las plazas mas espaciaosas; veo la innumerable multitud del pueblo, el pomposo aparato de la corte y los imponentes escuadrones de soldados fuertemente armados: los veo, los miro, escucho su lenguaje, contemplo sus brillantes vestidos, observo todos sus movimientos y curiosa me hago cargo hasta de sus costumbres. Mas la ilusion desaparece de repente, y el entendimiento se ve precisado por la vista, á limitarse únicamente á los objetos presentes. Pero ¿en qué me detengo!... A dios antiguos pueblos.... Ah! ¡Vosotros ya no existis, y vosotras las que en otro tiempo fuisteis casas y hogares de nuestros antepasados, y ahora desordenados montones de mudas piedras y confusas ruinas, lúgubre mancion donde solo reina un silencio profundo únicamente interrumpido por la monótona y triste voz del tétrico y melancólico buho. ¡Oh! y de cuántos cuidados y afanes así públicos como privados no fuisteis en otro tiempo el asilo! ¡De cuántas fatigas no fuisteis tambien vosotros testigos! ¡Cuántas veces fuisteis el alegre albergó de las risueñas y placenteras diversiones, cuantas el paño de lágrimas, y el abrigo de las penas de los míseros mortales! Y ahora! Ah! todo se acabó. Así finalizan los hombres con sus terrenas majinaciones y atrevidos designios. Mas alfin un poco de tierra basta para cubrirles, y con ellos quedan perpetuamente sepultadas todas sus obras sin escepcion de sus mas grandiosas espe-

ranzas, ni de sus vanas alegrías, y placeres mas lisonjeros.

Oh! Babilonia! ¡Oh Troya! Ciudades en otro tiempo no menos famosas que esclarecidas. Ah! en vosotras leo yo la infeliz suerte de las ciudades presentes y de los reinos ahora tan pujantes. Todo pasa en esta baja rejion; y cuanto en ella nace, pronto ó tarde infaliblemente muere. Nada hai de estable bajo el luminoso planeta, todo se rinde al enorme peso de los años. Todo cede al imperio del tiempo. Este es una rueda cuyas vueltas reproducen siempre los mismos sucesos. Ah! vosotras cumplisteis ya vuestro rápido curso. Las edades pasadas vieron con admiracion, enlazar vuestro poder y vuestra gloria, y otros con pavoroso asombro admiraron vuestra ruinosa caída. Ah! mientras vosotras dirijiais con precipitacion vuestros vacilantes pasos hácia el ocaso, se empezaban á descubrirse en su oriente otras monarquias y otros reinos, que caerán tambien como caisteis vosotras. En dejando de existir estos, desarrollándose el hilo de los siglos que aun está envuelto, sucederán otros nuevos imperios, que tambien perecerán del mismo modo.

Si, perecen las ciudades, y dejan de existir los imperios. En vano se esfuerzan en sostenerlos con sus hombros de fierro mil lejiones que se suceden unas a otras. La rápida corriente del tiempo todo lo arrastra consigo. Ah! el hombre incauto se fia de este, y como si fuera inespugnable á sus sacudimientos, pasa frecuentemente sus dias en hacer una cruda guerra al Omnipotente. Miserable! El infeliz se fia del tiempo, y despues de mui pocos momentos de delirio, ah!

le vemos tendido y sin movimiento alguno. Cárdeno está ya su semblante... Sus labios enmudecen... La vida le ha abandonado. Hace pocos momentos que existia sano y robusto, ¡desventurado! Ahora ya no es mas que yerto cadaver.

¡De qué sirven pues al impio su audacia, los desórdenes al mundano, y al voluptuoso sus placeres! ¡De qué le aprovechan las riquezas y la fama! Ah! Ayer estaba todavia á tiempo de obtener el perdon de sus enormes culpas; y hoy ¡ó metamórfosis espantosa! todo se acabó para él, su alma ocupa ya en el abismo una horrorosa y eterna mansion. Su cuerpo se restituye á la comun madre la tierra, para que se disuelva en pútridos y pestíferos vapores. El infeliz desapareció para siempre del mundo, y dentro de muy poco, desaparecerá tambien su memoria.

Asi acaba el que rebelde á su Dios abusa impávido del tiempo, y lleno de una estúpida arrogancia no hace caso de las divinas amenazas, solo porque cree lejos de sí el término de su escandalosa vida. El insensato recorre en una falsa paz la breve cadena de sus dias, y al menos pensar llega á su último eslabon del cual pende la eternidad; entónces advierte despavorido su inevitable peligro. Ah! En vano es ya lidiar ni contender. El tiempo inexorable á toda súplica prosigue inalterable su rápido curso; la eternidad ya lo tiene en su poder, y todos los hombres juntos no pueden ya librarle de su infeliz y desgraciada suerte.

Se parece el miserable á un incauto pasajero, que se duerme sin reparo alguno en un peligroso camino; el salteador que atento le observa sale apresurado y sin rumor de su azecho, y

con cuidado y se acerca á la inadvertida víctima. El fiel amigo que ve vibrar desde lejos el puñal homicida, levanta esforzadamente su voz para despertarle, pero todo es ya vano; el fatal golpe está ya dado, y el infeliz pasó ya del dulce sueño á los descarnados brazos de la espantosa muerte. El traidor le despoja con presteza, y vuelve presuroso á su emboscada.

Nada es el tiempo en si mismo, pero vale una eternidad. Él es la moneda de gran valor, que Dios nos puso en las manos para que con ella nos rescatásemos de una suma miseria, y nos proporcionásemos al mismo tiempo riquezas inestimables. Mas Ay! nosotros lo gastamos estúpidos en las vanas y caducas mercaderías de esta infeliz tierra. Nuestra es pues la culpa, si al salir de ella tenemos que ser eternamente pobres, desde que está en nuestra mano el inestimable precio con que podemos adquirirnos una patria feliz. Justo és tambien, que cuando llegue el tiempo de entrar en esta, seamos de ella excluidos. Jamas admitirá Dios en su compañía al que infiel, habrá disipado un tan precioso tesoro. Su eterna morada será en las tinieblas exteriores; y el fuego inextinguible, el gusano devorador, y la horrible desesperacion serán los vengadores eternos de la enorme injuria, que á sí mismo y á Dios hizo.

¡Oh Padre de las misericordias! Tal es el tenebroso abismo de que vos compasivo me librasteis! Con que podré yó compensaros un tan gran exceso de amor, sino es con mi mismo amor? Ah! Yó miro con asombro el tenebroso lago que habitan los infelices réprobos, observo

atónita las negras llamas, oigo asustada el horroso sonido de las ruidosas cadenas, el sacudimiento, y confusos alaridos de los infelices desesperados, que negligentes abusaron del tiempo, y ahora buscan en vano solícitos una hora... Ah! El horror me pasma... A tal espectáculo... Yó estoi fuera de mí! Me aparto temblando y corro velóz á echarme en vuestros amorosos brazos ó Dios de mi corazón, yó ví con espanto... ví... mi habitación eterna. Vos, Señor, me librateis de ella. Sino por vuestra infinita bondad, yó aun seria lo que fui. Una rebelde, una ingrata en los funestos lazos de mis escandalosos desórdenes. La muerte que no está lejos de mí, me hubiera al fin sorprendido, y decidiendo finalmente de mi destino me hallaría... O Dios mio! Lejos de vos, eternamente condenada y perdida para siempre. Oh! y como este inextinguible fuego instrumento de los eternos suplicios, enciende é inflama mi corazón, y lo transforma en un volcán de amor divino! Gran Dios! bien es verdad que yó os he ofendido rebelde, que mis ofensas han sido muy grandes, pero tambien es grande mi amor. Si, mis gravísimas culpas, y vuestra infinita misericordia forman la medida de mi reconocimiento, y me sirven de luz para conocer cuan digno sois vos de ser amado. Oh y cuan placentero es para mí el tener ahora que gastar el tiempo que sin vuestra divina misericordia hubiera infelizmente consumido en ofenderos; en amaros y servirlos. Rebose mi corazón de júbilo al considerar tendré que consumir en amaros, una eternidad, que sin vuestra divina clemencia, hubiera tenido que pasar en un

abismo de penas y tormentos.

Oh! y quién pudiera levantar la de tal manera, que su eco resonara de polo á polo, para que se dejase sentir de todos los habitantes de la tierra! O Hombres, mirad el cielo sobre vuestras cabezas, y no perdais de vista el abismo que se os está abriendo bajo vuestros pies, en uno y otro contemplad la eternidad. Hé aquí donde al fin debe conducirnos el buen ó mal uso que hagais del tiempo. Ah! Horrorizaos de usar mal de él por un solo instante, porque el primer momento en que os hagais culpables, puede ser el principio de vuestra eterna desgracia. Mas si por ventura abusasteis yá de él, Ah! reparad en el que os resta, el tiempo pasado. Este es el precio infinito que dá al tiempo la divina clemencia, por vuestro bien. Mientras permanezcamos sobre la tierra y vivamos en ella, podemos retractar y aun borrar nuestros desvios y engaños, pero si se tarda, desde el primer instante en que salgamos de ella, se cerrarán para siempre todos los caminos del perdon. Todo se acaba aquí en la tierra para el hombre con el tiempo, y la intermible eternidad solamente le queda el premio ó el castigo, del buen ó mal uso que de él hizo.



NOCHE QUINTA.

LA REDEMCIION.

*El género humano libertado de males eternos.
Su celestial regeneracion por un Padre divino.*

La noche quieta y profunda, me llama fuera de mi solitaria morada. El tiempo es muy á propósito para meditar en las divinas grandezas. El cielo está sereno. Oh! que bella vista! Mi espíritu se siente divinamente herido y absorto de maravilla, mi corazón rebosando en avenidas de júbilo, se halla completamente inebriado de las dulzuras de un Dios, y mis pensamientos todos, se dirijen hacia él. Gran Dios! La naturaleza es un elocuente y vasto libro para hablarnos de vuestra divina majestad. Todas vuestras obras nos predicán vuestras soberanas perfecciones. Pero en la soledad mas que en ninguna otra parte, es donde nos hallamos mas dispuestos para oír sus dulces y melodiosas voces. Los bosques, los desiertos y lugares todavía incultos, en que no ha puesto aun la mano la humana industria, son los mas á propósito para mantener viva en nuestros corazones, la deleitable memoria de su soberano autor. En cada una de ellas, parécenos veros presente. Cada uno de los árboles, flores, peñascos y riachuelos, parecen decirnos con su mudo pero elocuente lenguaje: "He aquí una labor del artífice divino,

Dios es el que así nos "ha formado." Solo el hombre y sus obras, parecen alejarnos mas de vos. Ah! Sí, el hombre es puntualmente la sola criatura, que en si misma estraga y hace deforme vuestra novilísima obra. Todas las demás os obedecen fielmente, y ciegamente se dirijen hácia el término que les habeis prescrito. Estas permanecen todas, tales cuales vos las quereis; no se mueven ni obran sinó segun las leyes que vuestro divino beneplácito, y soberanos designios les impusieron. El hombre solo sale ingrato del camino que señalasteis, y sigue trámites que no son vuestros, dirijiéndose siempre por senderos que le alejan mas de vos; y por esto su vista y sus obras, en vez de atraer nuestro corazon hácia el sumo bien, frecuentemente le apartan de él y nos conducen al olvido de nuestro tiernísimo Padre, que sois vos mismo.

Pero el cielo sobre todo. O Gran Dios! El cielo, cuando en una serena y apacible noche se ños manifiesta tan luminoso y variadamente adornado; el cielo tan vasto y sembrado de tantos soles, ó y como nos convida con su inimitable belleza á contemplar su soberano artífice! Heridos los ojos de tan vagos como grandes objetos conducen el espíritu hasta aquella inmensa altura, llegados á las primeras y mas refulgentes esferas, fatigados del largo camino se paran atónitos. El espíritu solo aun vigoroso, y ligero peneira los espacios ulteriores, y no se cansa de subir mas en alto para explorar atento las grandes maravillas que allí se esconden. De este modo gradualmente y paso á paso, de las cosas visibles se trasporta á las invisibles, y no

para hasta descansar en vos, ó soberana inteligencia, que habiéndolas producido y ordenado todas, continuamente las rejis y gobernais.

Oh! Y qué abismo tan impenetrable sois vos mismo, ó Dios mió! ¡Quién puede comprender vuestra inmensa grandeza! ¡Quién concebir vuestras infinitas perfecciones! Estas resplandecen por todo el vasto campo del universo. Bien podemos nosotros recojer débilmente algunos de sus rayos, mas la fuente es inaccesible, y su plenitud excede á todo entendimiento creado. Yo voi reuniendo solícita, estos preciosos rayos, mientras permanezco aun viadora, y con ellos enciendo mi corazon en vuestro amor divino. Los recojo de noche mirando atenta la gran magnificencia del firmamento. Oh! y cuán dilatado y hermoso es este! Oh! y con qué suavidad llama toda la atencion de mi pensamiento vuestra sublime, é infinita belleza! Oh! Y cómo vuestra soberana majestad me anuncia vuestra infinita sabiduria é inmenso poder! Si, yó leo en este grande y hermoso libro, todas esas bellezas; pero en medio de tantas voces con que el cielo me habla de vuestras admirables perfecciones, en medio de tantos y tan refulgentes rayos, que de él se desprenden para herir mi vista, oigo una dulce y suave voz que resuena aun mas fuertemente en mis oidos, descubro una luz, que brillando con mas viveza, deslumbra mi vista, é hiriendo mi entendimiento penetra hasta el fondo de mi corazon; tal es vuestra bondad infinita y vuestro divino amor.

Ah! Perdonadme, ó Dios mió, si con mover yó mi lengua para hablar y espresar con ella, mis bajos conceptos envilezco con estos,

vuestras inefables grandezas. Vos sabeis, ó Padre mio, y Dios de mi corazon, que yó no puedo espresarme de otro modo, ni hablar otro lenguaje fuera del que compite á mi pobre pequenez. Mas me parece, que aunque todas vuestras inapreciables dotes sean igualmente infinitas, vuestra inmensa bondad, y vuestro ardentísimo amor campean sobre todas, las dominan, presiden, sobrepujan, y son los conductores que las dirijen á sus benéficos fines.

En efecto, el cielo y la tierra son obras de vuestra infinita sabiduria, y de vuestro inmenso poder. Pero, y quién empeñó esta vuestra sabiduria Omnipotente á formar su hermoso diseño! Quién impulsó vuestro infinito poder para efectuarlo sacándolos de la nada! Ah! Nadie, nadie sino vuestro escesivo amor. Si, vuestro intenso amor para con el hombre, fué el móvil de todas estas grandezas.

El hombre mismo, obra tan admirable, anuncia todavia mejor que el cielo vuestra insondable sabiduria é ilimitado poder; si, el hombre en quien resplandece vuestra divina semejanza, de que no pueden gloriarse ni la tierra ni el cielo; el hombre capaz de conoceros y amaros, don inestimable no concedido tampoco á estos; Ah! ¡y quién impulsó vuestra sabiduria eterna á formar su dibujo; quien determinó vuestra Omnipotencia para darle el eminente ser que tiene, sino vuestro intenso y finísimo amor! Así como en el Iris se ostentan con toda su belleza todos los colores, y estos consisten en el esplendor de la luz diversamente reflejada; á si tambien en vuestras admirables obras veo brillar todas vuestras

infinitas perfecciones, mas sobre todas resplandece vuestro divino amor.

Ah! Este mismo amor, este amor infinito, para con el hombre, me arroba el corazon, y me pone fuera de mi misma al considerar ó Dios mio, lo que vos hicisteis para rescatar á esta miserable criatura vuestra, yá perdida enteramente. Ah! en esta sola obra reviso yò mil portentos, mas el principal entre todos y en quien todos los demas concurren, es el de vuestro infinito amor. Entre la humana y divina naturaleza media una distancia infinita; estas parecian incompatibles y que se escluian mùtuamente, mas vuestra sabiduria eterna encontró artificiosa el medio de unirlas con vínculos indisolubles. Si, vuestro soberano poder apretó el inefable nudo; y el que desde la eternidad era solamente Dios, empezó en la plenitud de los tiempos á ser Dios y hombre juntamente. Mas vuestro inmenso poder y sabiduria eterna no hacian mas que servir en esto complacidos, á vuestro divino amor, y así es que vuestra inflexible justicia, y vuestra soberana clemencia no parecian á nuestra vista mas, que dos perfecciones rivales. Despues de la fatal culpa del hombre, la una queria inesorable su perdicion y su pena, y la otra clamaba compasiva, por su perdon y salud eterna. Pero vuestra infinita sabiduria encontró el sublime medio de conservar intactas á la una y á la otra sus derechos imprescriptibles. Vuestro soberano poder satisfizo superabundantemente á entre ambas. Por ellas vuestra divina clemencia consiguió mucho mas, que el perdon del culpable, porque con el precio inestimable é infinito

de la satisfacción, compró al hombre con el perdón, bienes inmensos, que antes no poseía. Mas el amor fué el que impulsó vuestra eterna sabiduría, y soberano poder á la gran maravilla, porque el mismo con este gran prodigio de sabiduría y poder, intentaba obrar un prodigio aun mayor.

O amor ardentísimo de mi Dios y Señor! O insondable abismo de bondad divina para con el hombre! Y cuán placentero, cuán dulce es para mí el recordarte, y recorrer solitaria las saludables huellas de tan gran empresa!

Habiéndose rebelado el hombre contra vos, ó fuente inagotable de todo bien, habia el infeliz caído en el tenebroso abismo de tantos y tan enormes males, que le era totalmente imposible salir de él por si mismo. Vuestra adorable santidad que abomina toda mancha, inspiraba contra el hombre malvado un odio é indignacion implacables. Vuestra eterna justicia vengadora zelosa, de los agravios hechos contra vuestra santa é inviolable lei, ecsijia con firmeza la pena eterna; atónita la fé, ya no le hablaba mas que con los horribles acentos de la venganza y del suplicio. Muda la esperanza, carecia para con él de voces consolatorias y confortativas; y retirada la bella caridad é indignada contra el hombre, no esparcia ya sobre él una sola centella de su celestial fuego. Finalmente muerta el alma del hombre á vuestra divina gracia, se hallaba la infeliz encerrada en el estrecho ámbito de un cuerpo miserable, entregado á una turba inmensa de enfermedades y dolencias, hasta que la inexcusable parca haciendo un horrible destrozo de sus lánguidos miembros, la entregase en

presa de vuestros implacables enemigos, para que éstos la sepultasen para siempre en la horrorosa mansion del llanto. Tal era el lamentable estado del primer prevaricador, tronco y raíz de la humana familia, y tal la desdichada suerte de sus infelices predecesores.

Oh! en tan críticas circunstancias, quién será el hermoso Iris, quién el parainfo divino que anunciará y pondrá la paz entre la criatura y el criador? Quién el compasivo mediador, que aplacará la justa indignacion del Omnipotente? Quién finalmente se hará el impenetrable escudo para repararla de los terribles golpes de un Dios justiciero? Ah! Pasma la tierra, y atónito el cielo, admira con plácido asombro el inesperado suceso. El mismo que solo era capaz de esto; el único que podia hacerlo; aquel mismo, O juicios inescrutables de mi Dios y Señor! Aquel mismo de quien el hombre solamente podia esperar la pena merecida por su culpa, y el colmo de todos sus males. Si, vos mismo, ó dulcísimo amor mio, que habiais sido el ofendido, vos mismo á quien pertenecia tomar del hombre una justa venganza, fuisteis su compasivo reparador. Pero ¡y de qué modo cumplisteis, ó benignísimo Señor, este piadoso oficio de vuestra soberana bondad? Ah! bajando vos mismo en persona, ó soberano verbo, desde el seno del eterno Padre á la infeliz mansion del culpable; vistiéndoos sus miserables despojes, poniéndoos en su lugar, sufriendo la pena que él merecia, y satisfaciendo por fin superabundantemente por él. El hombre como criatura no podia por si solo reparar la ofensa hecha á

un Dios de majestad infinita, mas con vuestra venida, ó eterno Verbo, este obstáculo está quitado. La reconciliacion está concluida, el indulto de paz firmado, y últimamente absuelto el hombre, pues que un Dios muere por él.

Mas si para restablecer la paz entre Dios y el hombre, era preciso aplacar la indignacion divina, no era menos necesario conducir al hombre al exacto cumplimiento de su deber, esto es al amor, y obediencia para con su Dios y Señor. El hombre caido, no podia levantarse de su infeliz estado de muerte, y de pecado que le tenian esclavo, y sujeto á su despótico imperio, y menos podia romper por si solo las funestas cadenas con que estos le arrastraban á sus inicuas obras. Esto mas conseguisteis vos ó divino mediador. Si, vos del hombre rebelde formasteis otro hombre, esto es un hombre respetuoso, obediente, atento y sumiso en todo, á las órdenes de su Dios y Señor.

Mas no te canses, ó fé sacrosanta! ilumina mi entendimiento, continua en esponerme los inmensos prodijos, con que este hombre Dios renovó el mundo, convirtiendo una raza de hombres enemigos, en una noble familia de elejidos amigos suyos.

Nuestro terreno nacimiento haciéndonos hijos del hombre prevaricador, transfundia tambien en nosotros con su sangre infecta el pecado, la condenacion, la muerte y el fomes de la antigua culpa. Mas el gran reparador del género humano, abolió en nosotros este nacimiento terreno, reparando plenamente sus daños y sus malos efectos con un nuevo nacimiento. Él quiso

benigno que nosotros renaciésemos de él mismo, y que de él recibiésemos con la inocencia la libertad, y rompiendo así los funestos lazos de la culpa, recuperásemos los suaves efectos de la gracia, y los deliciosos afectos de la santidad: quiso en suma que renaciésemos y fuésemos en todo semejantes á él mismo. Ah! Tal vez me engaño, ó es verdad lo que yó imagino, Soberano Reparador del género humano? Ah! Me parece veros simbolizado desde las primitivas edades en aquel dichoso justo que destruida la especie humana por sus prevaricaciones, elegisteis vos mismo para renovarla, y presidirla como cabeza principal. Sí, yó retrocedo con mi entendimiento hasta á aquellos infelices tiempos, y recorro con estupor sus fatales acontecimientos, veo á todos los hombres envueltos en el cenagoso pantano de la culpa, y sumerjidos en las esterminadoras olas que cubren toda la faz de la tierra. Veo fluctuar á este justo al traves de la gran inundacion del diluvio universal, y le contemplo divinamente reservado, para ser un nuevo padre del cuasi esterminado género humano. Veo con placer, empezar un nuevo curso de generaciones, procedentes todas de este preservado tronco, y asomarse risueño en los cielos el hermoso Iris cuyos bellos y variados colores anuncian la deseada paz, y conteniendo vuestra soberana justicia, economiza esta, la sangre de algunos pocos hombres del terrible castigo justamente merecido. Ah! Sí, los mas remotos siglos en aquel gran suceso claramente nos hablan de vos, y en aquello mismo que entónces sucedia, anticipadamente nos presentaban ya la

viva imagen de lo que por obra vuestra debía cumplirse en la plenitud de los tiempos. Nos anunciaban al justo, en quien habia repuesto el Omnipotente toda su esperanza, y la salud del género humano. Nos pronosticaban al justo, feliz augurio de paz, con quien habia de empezar un nuevo orden de cosas para la humana familia. Nos vaticinaban al justo, de quien abolida la depravada generacion de los pecadores, debian descender todos los hombres destinados para vivir á la gracia. Y aquellas prodijosas aguas que purificaban la faz de la tierra de la humana iniquidad, aquel venturoso leño en que debia salvarse la aflijida especie humana, y fuera del cual todo sucumbia bajo la total guadaña de la cruel parca, no nos habian con menos claridad.

Vuestro divino espíritu, ó gran Dios de majestad, cuando al principio del mundo vagueaba aun sobre las aguas, preparaba ya el gran prodijio que debia renovarle con una nueva y espiritual creacion; pues que con vuestro mismo espíritu y con el agua, quisisteis obrar tan estupendo portentoso. Con el agua quisisteis destruir en nosotros la infeccion asquerosa contraída del terreno Adan, y renovarnos, dándonos un ser enteramente nuevo. El gran caudillo de nuestra peregrinacion; asombro de nuestros venerables padres, el gran libertador, que sacó de la esclavitud de Egipto á nuestros respetables ascendientes por en medio de un mar que á un solo acto de su voluntad le abrió paso franco, sumerjiendo al tirano perseguidor con todo su numeroso ejército en sus enfurecidas olas, y

amargas espumas, no era mas que una ligera sombra, una débil figura vuestra, ó gran redentor del género humano! Sí, entónces puede decirse reñació nuestro pueblo, escapando por vuestra misericordia de una muerte con que le amenazaba una espada enemiga, y del furor de las olas retenidas y suspensas sobre sus cabezas, por vuestro soberano poder. Sí, entónces recuperó sus perdidos derechos, sacudiendo el ominoso yugo del que impidiéndole su culto, sólo queria su perdicion y ruina, y se halló libre para tributaros los debidos homenajes, y adoraciones respectivas.

Esto mas hicisteis vos, ó Soberano Redentor del mundo, en beneficio de toda la descendencia de Adan, que jemia oprimida bajo la tiránica servidumbre de un enemigo mucho mas cruel que el fiero egipciaco, siendo al mismo tiempo presa de una muerte sin comparacion mas horrenda, que la que ejerce su poder sobre nuestros infelices cuerpos. Por el agua sumerjis en nosotros el poder de las tinieblas, y nos dais vida, libertad, y salvacion. Por el agua, à la invocacion augusta de la Santísima Trinidad nos comunicais una vida nueva, y nos haceis vuestros caros hijos. Con esta agua bendita ministra fiel de vuestro soberano poder, vuestro divino espíritu pasa à habitar en nuestros cuerpos, y animando nuestro mismo espíritu, le transforma en un espíritu semejante en todo al vuestro, y le llena de vuestros divinos dones. Ah! gracias à vuestra divina obra, ó gran pacificador de la tierra para con el cielo, nosotros ya no estamos escludos de aquellos celestiales asientos, pertenecemos à la gran casa del

Señor, somos sus comensales, y sus hijos predilectos. Si, nuestra sangre circula por las venas de un Dios, y su divino espíritu habita en nosotros, y por tanto justamente podemos gloriarnos de que tenemos, y vivimos una vida toda celestial y divina.

Si, vivimos divinamente, somos inmortales. Si por el agua prodijiosa renace nuestro espíritu, por vuestra soberana virtud renace también nuestro cuerpo. Si, vos le infundis el derecho de resucitar de los horrores de la tumba como renació ya en otro tiempo el vuestro, y le haceis capaz de una vida bienaventurada, gloriosa é inmortal. No, la disolucion de estos miembros terrenos no nos asunta, pues no hai muerte para nosotros. Un cuerpo de tierra, manchado con las inmundicias del pecado es indigno de nuestra alta dignidad, preciso es volverlo á la tierra de que fué formado. Este no es mas que una carga vil, un peso despreciable para ciudadanos del cielo, é hijos adoptivos del mismo Dios. Es necesario deponerle, y esperar que él mismo se caiga y se disuelva por si mismo. Mas el espíritu divino, que felizmente vive en nosotros, llamará este mismo cuerpo á una nueva vida, y hará renazca de una temperatura sin comparacion mas noble, y mas digna de nosotros. Si, nos lo devolverá como un presente celestial, libre ya de todo padecimiento, y hasta de la misma muerte, todo espiritual, y adornado de las preciosas dotes de la gloria, para que juntamente con el espíritu, entre también en el feliz reino de la luz y de la incorrupcion eterna.

Bien es verdad, que no tan pronto somos admitidos al feliz goze de títulos tan augustos,

ni á la posesion de todos los bienes que nuestra excelsa suerte nos ha deparado; mas estamos en posesion de su prenda, y de los derechos que á ellos tenemos, pero mientras permanezcamos en este miserable cuerpo del primer Adán, mientras estemos detenidos en este valle de lágrimas; nos hallaremos circuidos de pobreza, de peligros, y de enemigos implacables. Esta tierra, no es otra cosa mas para nosotros, que un campo de batalla en que nos vemos precisados á estar siempre sobre las armas, y á combatir á cada paso para conservar y defender con enerjia nuestros sublimes derechos, y excelsas prerogativas. Pero gracias á la clemencia divina ya no estamos aquí solos. Nuestro celestial libertador vela sobre nosotros, nos socorre, protege, y pelea por nuestra causa. Nosotros no tenemos mas, que permanecer firmes en el puesto que él nos ha señalado, atender á sus insignias, obedecer fieles á sus mandatos, y con esto solo hemos vencido.

Cumplida la gran obra de nuestra Redencion, y libertad nuestro benignísimo reparador se apartó de la tierra, y se volvió á los cielos, mas no por esto nos abandonó.

Dios nos lo habia enviado desde allí, para que él mismo fuese el precio de nuestro rescate; cumplida su mision volvió á su eterno Padre, y con él reside en el Empireo practicando siempre para con nosotros los piadosos officios de abogado, protector y reparador de los hombres.

Él se volvió á los cielos enriquecido con los preciosos despojos por medio de los cuales se habia hecho nuestro hermano, pero para tra-

tar allá nuestra causa, y dispensarnos desde allí sus celestiales tesoros, mas él permanece siempre con su divino ser entre nosotros, y su Soberana majestad llena el universo. No, ni aun en cuanto hombre quiso apartarse de nosotros, sino que glorioso morador de los cielos permanece siempre entre nosotros tal cual vivió y conversó en otro tiempo. Entónces ocultaba él la brillante luz de su divino ser bajo el humilde velo de la humanidad, y ahora cubre estos mismos despojos que le servían de velo, con otro mas humilde y despreciable, esto es bajo la aparente forma de pan y de vino; si, bajo estas humildes especies continua vivo é inmortal, y aunque invisible á nuestra vista, y solo visible á los ojos de la fé, ha colocado su pavellon en medio de su pueblo escogido, aun viajante á la verdadera tierra de promision para guiarle, sostenerle é introducirle en ella. Si, bajo este místico velo, ó prodijio de amor! quiera nutrir y mantener con su propia carne y sangre aquella misma vida que jeneroso nos dió ya en otro tiempo. He aquí finalmente, ó mortales, el gran portentoso de aquella agua que brotó en el desierto de la dura piedra herida por la prodijiosa vara; he aquí el portentoso maná llovido de los cielos, con que se sustenta el nuevo pueblo de Dios en su peregrinacion, esto es en el desierto de la tierra, mientras se dirige al mismo cielo.

Si, ven ó hombre acércate con confianza á este abismo de luz, que no pénétran los sentidos, que deslumbra la razon, y que sola le fé através de la hermosa nube que modera cortés sus relujentes rayos, puede mirar con seguridad,

y si ño te crees capaz de otra cosa, lee al menos en él lo que te dice el amor de un Dios que entrañablemente te ama. Ah! aquí se esconde nada menos que el cuerpo y sangre de aquel mismo Señor, que bajó desde el cielo sin mas objeto que redimirte y salvarte. Este mismo cuerpo, y sangre divinos fueron ya ofrecidos en saludable holocausto al divino Padre por aquel mismo que haciéndose víctima Omnipotente y voluntaria dió su preciosa vida por tu salvacion eterna. Él ahora te los entrega á ti, y con esto quiere decirte, que toda la gloria del gran sacrificio subió al conspecto del Señor tu Dios, y todo el fruto descendió sobre ti mismo. Ven pues sin tardanza, y toma parte en la gran oblation. Este cuerpo desangrentado, esta sangre derramada en obsequio de nuestro Dios y Señor, fueron el inestimable precio de los infinitos bienes que él compró para dotarte. Ofrece pues este mismo precio infinito al mismo Dios, y asegúrate con él aquellos inmensos tesoros. Este cuerpo y sangre divinos son para ti una verdadera comida, jermen y alimento de una vida inmortal y divina. Aplica á ellos tus lábios, abre tu corazon, y saca de esta fuente inagotable tu suerte feliz y dichosa. ¡Pero y en qué tiempo, ò Dios mio, nos disteis benigno esta gran prueba de amor! Cuando pusisteis en obra este admirable arte de amar, esto es, de quedaros, y uniros con nosotros y traer nos con vos la plenitud de todos vuestros tesoros! Ah! puntualmente cuando nuestra ingratitud habia llegado ya á su apogeo. Cuando los hombres colmados de vuestros inmensos beneficios estaban para espulsaros por medio de un bárbaro suplicio

de esta tierra ingrata. Ah! En este paso, queda asombrado mi pobre espíritu, se confunde mi razon, mi lengua enmudece, mis palabras no pueden ya espresar mis conceptos.....O gran Dios! Vos sois aquel mismo Dios, que por escelencia es quien es.



NOCHE SEXTA.

LA REDENCION.

Prodijios y excesos del amor de Dios para con el hombre. El cielo hecho patria del género humano.

Un Dios sobre la tierra! El criador conversando con sus criaturas! El Rey del universo habita entre los hombres en carne humana! Ah! Que este gran portentoso me arroba, y me llena toda de asombro!....Yo misma le ví con mis propios ojos!....y no solamente estos, si que tambien mi alma fueron testigos de su soberana divinidad! Ah! y me cupo la feliz suerte de hablar boca á boca con él! Oh Soberano Señor, y dulcísimo amor mio! Este amable pensamiento, este caro recuerdo, ocupa toda mi alma, absorbe todas mis potencias, y solo me deja capaz de pensar en vos! ¡No sois vos, oh amable Señor mio, que con solo quererlo creasteis el universo? Ah! Si, yo contemplo atónita vuestra soberana Omnipotencia mandando á la luz que salga de la nada, y al instante veo comparecer esta, adornada de sus bellísimos rayos. Llamais al Ser á los cielos, y al momento se desarrollan estos. Prescribis el lugar á las estrellas, y cada una de ellas corre presurosa á ocuparle, y en suma con un solo acto de vuestra divina voluntad, formais y dais leyes al universo entero. Ah! y despues de tantas y tan

grandes maravillas consumis mas de treinta años sobre esta miserable tierra, para rescatar al hombre! Ah! Esta vuestra conducta quiere decirme grandes cosas; si, ella encierra una multitud de misterios incomprensibles.

¡O mi mui amado maestro! Vos que desde el Empireo donde residis ya glorioso y adornado de aquellos preciosos despojos bajo los cuales os dignasteis enseñarme aun viadora sobre la tierra; Ah! iluminad mi entendimiento, abridme generoso los inmensos tesoros y celestiales arcanos, que en esto se encierran; vos sabéis, ò dueño de mi corazón, que yo los busco con tanto afan, no por un vano deseo, ni menos por un curioso instante, sino únicamente para adorarlos, y alimentar con ellos mi tiernísimo amor. Oh dulce amor mio! Si ya no me es dado teneros visiblemente en mi presencia, sentarme á vuestros sagrados pies, ni oír materialmente los dulces y suaves acentos de vuestra m lodiosa voz, ni vuestros saludables consejos, que me llenaban de gozo, y me hacian completamente feliz, continuad al menos, ò benignísimo Señor, hablándome al corazón, con aquella misma bondad, que me colmò en otro tiempo de tantos bienes, y de la que vos mismo no os desprendisteis, ni aun subiéndoos á los cielos. Dignaos, ò Soberano Señor, hacerme sentir al menos aquella interna voz, cuyos suaves acentos eran una sola mirada de vuestros divinos ojos, la que bastaba para hablarme al corazón, é inundarme toda de vuestra divinidad. Con aquella interna voz, que en un instante estrajo de mi alma, antes receptáculo inundo de infamia y asquerosidad, todos los malignos afectos, y lleno mi

corazon de suavidad y dulzura remplazando el lugar de aquellos, las mas puras intenciones y los deseos mas santos, dignos efectos de vuestro divino amor. Con aquella interna voz, sin cuyas delicadas al paso que penetrantes vibraciones jamás hubiera entrado en mi corazon ni el pensamiento, ni la voluntad, ni el valor ni la fuerza para romper la fatal cadena del vicio bajo cuyo enorme peso jemia oprimida, ni los fuertes lazos del pecado que me arrastraba cruel, al precipicio eterno. Vos sabeis, ó Dios mio, que yo ya no quiero mas tratos, ni relaciones con los mortales, que solo quiero vivir estrechada con vos. Sabeis tambien, que mis pensamientos, mi corazon, y mi alma no quieren otra habitacion fuera de aquella en que al presente residis vos, tal cual se me os manifestasteis aquí en la tierra viviendo entre nosotros. Oh Soberano Señor mio! No os desdeñeis desde los cielos entreteneros aun con esta miserable criatura, ni de ser para conmigo, lo que ya fuisteis en otro tiempo; esto es mi propicio bienhechor, mi mui amado maestro, mi tiernísimo Padre, mi dulcísimo amor, y en suma mi Señor y mi Dios.

¡Con qué vos que en otro tiempo con un solo acto de vuestra soberana voluntad creasteis el universo, vos que en un solo instante podeis hacer todo cuanto quereis, quisisteis emplear mas de seis lustros sobre la tierra en beneficio del hombre! Ah! De consiguiente la empresa que os detuvo tanto tiempo en este valle de lágrimas, debió ser mucho mas grande que la creacion de todo el universo. ¡Pero un Dios, el rey univelsal de los siglos, el Omnipotente, se afana tanto, y se toma tanto cui-

dado por una miserable criatura cual es el hombre! Ah! no debe ser pues este tan despreciable, no, el hombre debe ser un Ser mui vasto, puesto que un Dios lo aprecia tanto; de consiguiente grandes miras y mui elevados designios debe tener el Señor sobre el hombre. Ah! Aquí de repente se empequeñecen los cielos y la tierra á mi vista, y se estrecha el universo.... Ah! No, jamás hizo tanto caso el criador de todo el universo material, quanto hace del hombre solo. Si, ahora comprendo mui bien el porqué, todas las cosas visibles son hechas para utilidad del hombre. Esta noble criatura se eleva sobre todas las demas, y se distingue de ellas con prerogativas mucho mas sublimes que todas ellas juntas. Yo no descubro otra criatura visible fuera del hombre, capaz de conocer á su criador, de tributarle el honor, el respeto, ni el amor que le son debidos. Vosotros pues, ó cielos y tierra, y todo lo que en vosotros se contiene, sois de una clase mui inferior á la de esta admirable y privilegiada criatura. No, de ningun modo puede parangonarse su escelencia con la vuestra.

Y un Dios hace comun su naturaleza con la del hombre! Ah! un Dios, no desciende jamás á cosas indignas de si mismo. Gran cosa debe ser el hombre, puesto que Dios abajándose á él, lo escalta tanto.

Por ventura ¿seria el hombre con aquella luz divina que en él resplandece, con aquellos soberanos rasgos por los que es formado á imagen y semejanza del criador, con aquel perspicaz entendimiento por el cual es capaz de concebir amor y benevolencia, con aquel espiritu inmortal, seria tal vez el hombre repito un Dios creado, un Dios?

fito, un Ser en suma en su esfera de criatura, capaz de ser partícipe de la divinidad! ¡Oh sé sacrosanta! Intérprete fiel de la eterna sabiduría! Ah! Sostén, sostén aun por un momento mi justo estupor, al aspecto de tan grandiosas ideas! Si, esto mismo es lo que intentó hacer del hombre, el amor ardentísimo del criador, cuando le formó. En vano se opuso à este gran designio la envidia infernal. El mismo amor divino, con aquel inmenso poder con que supo sacar la luz de las tinieblas, supo tambien convertir la fatal caída del hombre en afrenta y oprobio del infame seductor. Si, el mismo amor divino volando á su socorro no solo le levantó, sino que levantándole le colocó en un lugar mucho mas eminente, que aquel desde donde el infernal enemigo con sus fraudulentos artificios le habia deribado.

El hombre gozaba en el primitivo estado de su inocencia, de preciosos dones de naturaleza y gracia; mas el Rey del universo no estaba vinculado con él por mas títulos, que por aquellos que empeñaban el amor del criador hácia una criatura que le era grata y acepta, solo por ser hecha á imagen y semejanza suya. Ah! El infeliz cayó, y cayendo deformó los brillantes y divinos rasgos que formaban toda su natural belleza, perdiendo al mismo tiempo las demas prerogativas, con que la soberana beneficencia del criador, gratuitamente y como en prenda y testimonio del amor que le profesaba, le habia dotado; el miserable contrajo en lugar de tan preciosos delineamientos, el deformé semblante de un hombre contrahecho por la asquerosa enfermedad de la culpa, haciéndose al mismo tiempo implacable ene-

migo de su Dios y Señor. El médico celestial compadecido de los males que afligian al objeto de su amor, descendió desde los cielos para curarle; y no contento con reparar en él todos los daños que por su culpa habia sufrido, difundió sobre el hombre, nuevos y mas escelentes dones, uniéndole con un nuevo é indisoluble vínculo á su soberano autor; y humillándose el verbo divino por su benignidad, hasta el extremo de hacerse miembro de la humana familia, elevò esta á la altísima dignidad de familia sagrada, esto es, de familia que cuenta entre sus individuos á su mismo criador.

Azechador maligno, que allá en el delicioso jardin de Edén violando nuestra inocencia; urdiste la negra trama para ruina del hombre; ¡qué ventajas reportaste de tu astuto fraude! tu dijiste faláz á la débil é incauta compañera de este, que el fruto que el Señor les habia vedado, de ningun modo la sujetaria á la muerte; que por el contrario, este precioso fruto abriéndoles á ella y á su compañero los ojos, les haria perfectamente semejantes á Dios, dándoles un pleno conocimiento del bien y del mal. Mas el Omnipotente restaurador de las pérdidas que tu infame habias acarreado al hombre, que envidioso quisiste robarle, te dió en cara para mas confusion tuya, con tu mismo embuste convirtiéndole con su soberana Omnipotencia, en una verdad que te sirviese de oprobio eterno. Murió el hombre en pena de su desobediencia, como se lo habia predicho el Señor; mas si el fruto gustado contra la divina prohibicion le acarreó la muerte, su misma desobediencia en los altos y profundos juicios del altísimo, se convirtió en motivo de suanto tu

para engañarle, falsamente le habias prometido. He aquí al hombre hecho á pesar tuyo semejante á su Dios. He aquí al hombre, dotado de un divino conocimiento del bien y del mal. He lo aquí verdaderamente inmortal. Mas él por su propio poder, no podia, de ninguna manera llegar á tan grande eminencia, como tu astuto le lisonjeabas. No, este no es un efecto de su desobediencia como tu le prometias, es un don gratuito y liberal del criador, que quiso remediar compasivo su hierro. Es un don, que únicamente se dará en premio á aquellos hombres, que detestando con energia tus malignos consejos, se mantendrán fieles y obedientes á sus divinos mandatos. Y así es, que mientras haciendo guerra al Omnipotente quisistes traidor, perder eternamente al hombre, te hicistes incauto, el instrumento de su exaltacion, y de tu propia afrenta.

Oh Celestiales inteligencias! Que asistis temblando al trono del Omnipotente. prontas siempre á ejecutar atentas la soberana voluntad del altísimo; yo os tributo profundamente humillada, el respetuoso homenaje debido al alto grado que ocupais en la corte celestial; pero permitidme el atrevimiento de comparar al hombre con vosotras mismas. Tu ó cielo santo, bien sabes que yo lo hago no por impulso de presuncion, sino para adorar humildemente con los mismos espíritus anjélicos la gran beneficencia del criador para con el hombre. Si vuestra espiritual naturaleza esenta del vil fango de que nosotros somos formados, os hace superiores al hombre en nobleza, este puede gloriarse de otro blazon mas ilustre, que no se os ha sido concedido á vosotras. Si, en el divino ver-

bo tenemos nosotros por consanguíneo y hermano á todo un un Dios. Por él, nuestra naturaleza está unida á la del mismo criador, y sentada sobre el trono de nuestro y de vuestro Dios. Por él, somos tambien nosotros hijos de su eterno Padre. Por su hermandad, somos con él sus herederos, y por tanto no se nos ha sido dada la tierra para nuestra permanente morada, para esto se nos ha señalado el cielo. La tierra presentemente está abitada por huéspedes celestiales, y el cielo será un dia poblado de habitantes terrenos.

¡Oh juicios inescrutables de un Dios de suma bondad! Ya no me maravillo de que la benignidad divina, ordenase en otro tiempo á los mismos espíritus celestiales velasen sobre el hombre, le custodiasen, y le sostuviesen donde hubiese peligro de caer. Ya no extraño, que al antiguo mandamiento, que Dios como autor de la naturaleza dió al hombre, de que recíprocamente amase á sus semejantes y hermanos, añadiese el divino reparador un nuevo mandato, imponiéndonos mas estrechamente este fraterno amor. Si, un nuevo título en el hombre para este amor, pide para obligarle, un nuevo mandamiento.

El hombre, en el otro hombre, ya no ama solamente á un hermano suyo por comunicacion de sangre contraída en nuestro primer Padre Adán; ama si á un hermano renacido con él, de un Padre divino. Ah! No, ya no me maravillo, ó Soberano Señor, y dulce amor mio, de que con tanto esmero protestaseis aquí en la tierra, que cuanto haria un hombre de bien, ó de mal para con otro, lo mirariais vos, como hecho á vuestra misma persona; ni de que dejaseis escrito, reputariais

por una gran culpa, y un enorme agravio hecho á vuestra misma divinidad, el que nosotros dejásemos de usar de beneficencia para con nuestro hermano. Ah! El hombre está demasíadamente unido á vos, para que vuestro divino amor omita su cuidado, y sufra pacíficamente los agravios hechos á él. O hombre! Si los mismos príncipes celestiales, por mandato divino velan socilitos sobre tu hermano, y miran en él un individuo que estrechamente está unido al criador, y un comensal de la casa de Dios; Ah! Aprende al menos de ellos á apreciarle, y á cumplir exactamente todos tus deberes para con él.

O Soberano Señor, y dulce amor mió! yo me confundo á vista de vuestra gran beneficencia para con una criatura tan ingrata! Ah! No, yo no se que mas debo admirar en los grandes prodijios que aquí obrasteis en beneficio del hombre. Si miro vuestro inmenso poder, vos habeis muy bien demostrado, que puede infinitamente mas, vuestra soberana diestra sanando los males, y reparando los daños de vuestra criatura, que el livor de todo el infierno junto, conjurado para dañarla, y despojarla de todos sus bienes. Si considero vuestra divina sabiduría, la veo Omnipotente para convertir en cumplimiento de vuestros decretos, los mismos designios del abismo, que siempre intentan destruirlos. Veo finalmente que aun la misma culpa, que es el mayor de los ultrajes que puede hacerse á vuestra divina majestad, sabeis convertirla en gloria vuestra. No, jamás hubiera parecido tan resplandeciente y luminosa, vuestra divina bondad, si difundiendo tanta copia de bienes sobre el hombre pecador, los hubieseis derramado con tan-

ta abundancia sobre el hombre inocente. Mas derramar toda la plenitud de vuestros inmensos tesoros sobre una descendencia enemiga, manchada con los ascos de la culpa, privada de vuestro divino amor, y digna de vuestro implacable odio; Ah! Este es un triunfo de vuestro piadoso corazón, que claramente manifiesta cuan inagotables son los preciosos depósitos de vuestra benignidad. Veo ..Ah! estoy por decir, que aun la misma culpa sabeis convertirla en beneficio del mismo culpable. Y sino, que otra cosa hicisteis, ó amabilísimo Señor mio, en esta grande obra vuestra, sino venir á las manos con la malicia humana, y vencer sus destructoras azañas con vuestra divina bondad! ¡Qué otra cosa hicisteis, O clementísimo Señor, sino hacer sobreabundar vuestra divina piedad, donde habia abundado su abominable malicia, oponiendo al mal que venisteis á curar, un insondable abismo de bienes! ¡Qué absorber en el mismo mal el remedio, dejando al enfermo nuevas é infinitas ventajas!

Y ¡qué podré yo decir, ó dulcísimo amor mio, si me vuelvo hácia vuestro divino amor! Ah! el amor es un afectuoso sentimiento del ánimo, que tiende á unir los sujetos, y hacer comun entre ellos, lo que es propio de cada uno. Pero uniéndoos vos al hombre, que tan tiernamente amasteis cuando os era ingrato; ¡qué sociedad, que conexión de cosas establecisteis! Vos nos dejasteis vuestras inmensas riquezas, y nos disteis un Dios; y de nosotros que recibisteis! Ah! Nada, nada mas que miseria; y ésta puntualmente la abrazasteis mui gustoso para librarnos á nosotros de élla. De nosotros tomasteis el ser de criatura, y con

él la imagen de pecador, á nosotros nos comunicasteis la santidad, y con ella el amor y la complacencia de vuestro Padre celestial. Para vos reservasteis la pena debida á nuestros pecados; para nosotros, el premio de vuestra inocencia. Para vos fué la abyeccion y envilecimiento, y para nosotros, la suprema exaltacion hasta podernos sentar en vuestro celestial reino, y participar eternamente de él. Para vos fueron los ultrajes, y la infamia, y para nosotros la gloria inmortal. Para vos las aflicciones, las angustias, los padecimientos; y los crueles azotes; y para nosotros la esencion de todo dolor, y la posesion de los gozes eternos. Para vos la afrentosa muerte de cruz sobre la tierra, y para nosotros una vida eterna en el cielo. Ah! Si el amor, y la beneficencia son las dulces cadenas que estrechamente compelen á amar, quién podrá dejar de amaros, ó divino bienhechor! ¡Quién podrá negaros ingrato su mas intenso amor, ó Dios de mi corazon, que sois el mas fiel y fino, de los amantes!

Si, vuestro divino amor, ó Dios mio, y vuestra soberana beneficencia para con el hombre llenan el universo entero. El cielo, y la tierra y aun el mismo infierno, me indican sus magnificas empresas, y me hablan con grandeza de sus admirables bellezas.

Entro con el pensamiento, en el interior del tenebroso reino de los espíritus rebeldes, y veo abatido el negro trono del príncipe de los abismos, y á este infame prosternado, y jimiendo oprimido bajo el gravísimo peso de enormes é indisolubles cadenas. El amor de mi Dios, me dice la Santa fé, habiéndose hecho el compasi-

vo libertador del envilecido género humano, fué el valiente conquistador del tartareo tirano, y rompiendo con brazo fuerte las fatales ligaduras, con que el maligno espíritu tenia aprisionada y esclava la infeliz progenie de Adán, encadenó al mismo príncipe de las tinieblas. Miro con asombro la tierra, y la veo teñida con la humeante sangre de un Dios hecho hombre. Ah! El amor de un Dios replica la fé, si, el amor de un Dios para con el hombre, generosamente la derramó toda. Líbrome con confianza en alas de mi pensamiento, y me dirijo veloz hacia los Cielos, entro segura en la bienaventurada Jerusalem, y apenas pongo el pie sobre sus magníficos umbrales, cuando reverente admiro atónita la interminable amplitud de aquel inmenso reino, que ni aun el pensamiento se atreve á medir. Le veo todo lleno de sorprendentes maravillas, y admirables bellezas. Lo contemplo absorta, todo iluminado de una luz divina, en cuya comparación nuestro oro, y piedras preciosas no son mas que inmundo barro, y nuestro día densa niebla y obscura noche. Veo aquel nuevo cielo, en cuyo interior se pierde de vista el que nosotros desde aquí admiramos. Ah! respiro aquel aire puro, y cada respiracion es un dulcísimo manantial de celestiales delicias. Vuelvo á contemplar. Mas, ésta es, me dice la Santa fé, esta es la bienaventurada patria, que se ha comprado para los hombres al caro precio de la sangre de todo un Dios.

O Soberano Señor, y Dios de mi corazón! Qué valia el Edén, en comparacion de esta nueva habitacion, que habeis deparado á la huma-

na familia! Qué crán todas las delicias que vuestro divino amor habia en él reunido, para el hombre inocente! Oh y cuanto habeis mejorado nuestra infeliz suerte, reparando compasivo nuestros gravísimos daños. Pero nada has visto aun me dice la santa fé. O luminar augusto! Ah! bien te comprendo, ó intérprete fiel de las divinas maravillas! Fáltame todavia ver á mi Dios. Si, este es el bien infinito, que mi amado libertador conquistó con tanto trabajo para mi felicidad. Este es el colmo de todos los dones de que yo soi deudora á su finísimo amor. Si, vivir para siempre en su amable compañía; admirar eternamente su divina belleza, y disfrutar perpetuamente de las dulzuras de su tiernísimo amor; esta es la feliz y dichosa suerte á que él me ha elevado benigno. He aquí por fin, el gran portento á que tendia la humillacion de un Dios sobre la tierra. He aquí el objeto de la hermandad que vino á contraer con nosotros en esta baja rejion. Con esta, nos comunicó el derecho de vivir juntamente con él en su eterno reino, y nos admitió á la participacion de sus inefables delicias, al honor, y á las riquezas de su eterna morada.

He aquí, ó mortales, nuestra verdadera alteza, pero atended bien cuyo es este precioso don. Ah! Nosotros somos mui grandes; tanto, que nuestra misma grandeza llega á unirnos á un Dios. Mas esta no es una prenda, ni un mérito propio nuestro, es un favor exclusivamente divino. Por nuestra parte, una multitud de bajas y viles inclinaciones nos hacen semejantes á los brutos. Mas estos no son defectos de la obra de un Dios,

ni de nuestra naturaleza, sino vicios de la culpa.

O miserable estulticia de la sabiduría humana! Ah! En vano te fatigaste por una multitud de siglos, en investigar atrevida los lazos que forman el obscuro nudo de que resulta en el hombre tanta altura, y tanta abyección al mismo tiempo. Tus pretendidos oráculos queriéndolo explicar sin la ayuda de aquella luz divina, de que nos dotó el criador para guía y apoyo de nuestra sublime razón, no hicieron mas que acumular delirios á delirios todos encontrados y totalmente discordes entre sí. Vieron nuestros miserables ascendientes en el hombre, aquel extraño compuesto de vileza y excelencia; aquel admirable contraste de deseos tan opuestos y afectos tan contrarios, y penetrados los unos de aquel rayo divino, que tan vivamente resplandece en nosotros, y que no es otra cosa que la semejanza que tenemos con el mismo Dios; exclamaron atómitos: O hombres! Vosotros sois unos verdaderos Dóses, la felicidad, y la sabiduría residen en vuestro seno, y en suma de nadie necesitais, os bastais á vosotros mismos. Por el contrario, penetrados los otros de nuestra propia debilidad, y de la bajeza de nuestras animales inclinaciones; O hombres! exclamaron, vuestra condición es la misma que la de los jumentos; vosotros no sois mas que brutos, aunque algo mas perfectos que los demas, el pábulo de los sentidos, que con estos teneis de comun, constituye vuestra verdadera felicidad. Así los unos por el camino del orgullo, y los otros por el de la abyección, nos conducen lejos del término prefijado por el Señor. La sola fé nos descubre el gran misterio, nos explica clara y distintamente lo que

verdaderamente somos. Venenosos zarzales, de deseos desarreglados y de desordenados apetitos, ocupan el inculto terreno del hombre. El pecado los sembrò maligno sobre las ruinas de nuestra primitiva inocencia; mas aun por entre el espesor de sus espinosas ramas, reverbera á pesar suyo nuestra verdadera gloria, esto es, un resto de nuestra antigua grandeza. Mas lo uno, y lo otro piden un Dios; nadie mas que un Dios puede reparar en el hombre sus ruinas, pues que la mejor grandeza que en nosotros se manifiesta, se reduce á una inmensa capacidad, y á un vacío interminable, que se halla en el hombre y que solo un Dios puede llenar.

Ah! este mismo Dios, que antes por nuestra culpa perdimos, ahora se nos manifiesta compasivo; Si, este Dios, que se habia hecho para nosotros extraño, vuelve á nosotros amoroso. Él es el que destruye cuanto hai en nosotros de malo, repara cuanto hai de dañado, y llena completamente ese inmenso vacío. Mas que digo? Esto no es todo, él dilata nuestro propio ser, colmándonos de inmensos y nuevos dones, se nos comunica, y finalmente se nos da todo así mismo, haciéndonos por su divina misericordia superiores á nosotros mismos, pues somos hombres por naturaleza, y Dioses por su divina gracia.



NOCHE SÉPTIMA.

LA REDEMCIÓN.

Educación celestial del hombre.

O Soberano Señor, y dulce amor mio!... Gracias á vuestra divina bondad, el sueño me abandona... Ah! Puedo ya por vuestra divina clemencia volverme á ocupar de vos! Oh! y cuán penosa es para mi alma la dura servidumbre de este cuerpo! Cada vez que fatigado me pide descanso, parece me obliga á separarme de vos. Felices mil veces vosotros, los que ya depusisteis este peso importuno, y veláis descansando y con sosiego en el amoroso seno del sumo bien! Ah! acabese de una vez este mi penoso y amargo destierro, para que yó pueda como vosotros... Pero no, O Dios mio! Ah! yo no quiero otra cosa fuera de lo que vos mismo quereis. No, prolongad si os place mi penosa peregrinacion. Todo lo que os gusta ó Dios de mi corazon, es mui dulce para mi alma. No quisisteis vos mismo, ó amabilísimo Señor mio, someteros humilde por mi amor á tan dura y penosa suerte! Ah! Si, por el espacio de mas de treinta años peregrinasteis amoroso sobre esta tierra de abyeccion y de penas, tolerando pacífico todas las molestias que circundan nuestra condicion miserable. Mas ¿qué es lo que queria, que intentaba vuestro divino amor, cuando con tanto afan se empeñaba en permanecer

por tanto tiempo, en esta infeliz morada! Ah! Publicánlo á voces, todas vuestras obras, y lo confirma el tenor admirable de vuestra misma vida. Despues de haber dotado, y regenerado al hombre con un origen celestial, despues de haberle elevado á un destino todo divino, era preciso despojarle de los afectos y costumbres terrenos, encaminarle por la recta senda de una vida celestial, y educarlo segun el alto grado á que se le habia elevado; y este fué el diligentísimo cuidado, que vuestro divino amor se tomó con tanto empeño para nuestra felicidad.

Ah! Sí, ven conmigo, ó hombre, observa atento, y mira en tu Dios bajado desde el cielo á la tierra, no solo tu generoso libertador, y tu Padre amoroso; mas reconoce tambien en él tu verdadero maestro. Ah! Aquí se me presentan los venturosos años que él empleó recurriendo las campañas y los bosques, los pueblos, y las Ciudades, anunciando, y fundando al mismo tiempo aquel divino reino que el mismo debia edificar sobre las escabrosas ruinas del tartareo imperio del pecado. ¡Y qué no hizo en estos felices años, para la salud del género humano! Qué no dijo, para obrar en nosotros esta gran mutacion! Los caminos y los templos, los muros domésticos, y las oficinas públicas, los montes y las soledades, las florestas y los prados, las arenosas playas del mar, y los espantosos é inermes desiertos oyeron igualmente el dulce eco de sumelodiosa voz, y la sublimidad de su divina doctrina. Si, por todas partes esparció solícito esta preciosa semilla. Ah! No, no merecian sus afanosos cuidados encontrar un tan maligno é ingrato terre-

no, que al fin le produjo una tan abundante como dolorosa mies de espinas y abrojos! Él la distribuía igualmente á los doctos è ignorantes, á los doctores de la lei, y al pueblo inculto. Este rústico, y generoso pueblo en tan divina escuela y bajo la tutela de tan gran maestro, mui pronto superaba en saber, á los mas famosos oráculos de la sabiduria humana, y adornándose ricamente de sus bellas y nobles virtudes hasta entonces desconocidas á las jentes, en medio de la orgullosa ostentacion que vanamente hacian éstas, de su onestidad y doctrina, resaltaba la hermosa brillantez, de la doctrina evangélica.

o Cuando la presurosa noche llega á los dorados bordes del dia, se esparce al traves de las tinieblas, una pálida y opaca luz, que al paso que descubre los objetos, confunde entre sus pliegues las formas, y dimensiones de aquellos. Entonces procura con afan el diligente pensamiento suplir el defecto de los ojos, formándose así mismo mil soñadas imágenes de aquello mismo que no puede distinguir la vista. Mas luego que el luminoso planeta asoma al horizonte, su radiante disco, cada cosa viste en un momento sus verdaderas semejanzas; y el atónito espectador volviendo en rededor sus ojos, vése precisado á corregir sin tardanza y á pesar suyo, sus pasados errores. Así andaba vacilante, y atientas la jentilica sabiduria desde los mas remotos siglos, guiada únicamente por la obscura luz de la razon eclipsada de los obstaculos que á esta oponian los estímulos de las depravadas pasiones; cada uno abrazaba como verdad, lo que al reflejo de esta opaca luz entreveia, y que entreviendo se pintaba así

mismo cada cual á su modo. El que blasonaba de sabio vendia sus propios sueños á título de ciencia, lisonjeándose de conducir con estos á los delusos hombres á su verdadera felicidad. Ah! Todo este gran aparato de especiosas mentiras se desvaneció, ó divina sabiduría, al primer rayo que brilló de vuestra luz celestial. Si, apenas abristeis la boca para hablar á los hombres, cuando quedaron demolidos, y sepultados en sus espantosas ruinas, los mas grandiosos edificios de la humana sabiduría. Vos dijisteis sobre el monte, la felicidad del hombre no alberga sobre la tierra; es preciso buscarla en el cielo; y para llegarla á encontrar, es necesario apartar del ánimo y del corazon todo afecto terreno.

Ah! A este solo anuncio salido de vuestra boca divina con tan compendiosas sentencias, se vieron confundidos, y reducidas al silencio las mas célebres escuelas de todas las naciones. Si, al dulce eco de vuestra Omnipotente voz, veo abrirse á la vista de los mortales un inmenso teatro de nuevos y variados objetos, que antes les estaban totalmente ocultos. Ah! Si, mui pronto se vió la diferencia infinita que media entre la enseñanza de un Dios, y la hinchada vanidad del hombre. Vuestros sublimes preceptos, se elevaban mucho mas sobre los altitonantes dictámenes de los sabios del mundo, que lo que se elevan las estrellas del cielo, sobre la faz de la tierra. [Estos para ensalzarse así mismos, despreciaban orgullosos al vulgo, y dispensaban su estéril doctrina en tono soberbio y altivo, á un número de secuaces mui reducido, selectos exclusivamente para ser sus estúpidos admiradores, y los alucinados pregoneros de

su pretendida fama. Pero vos por el contrario, siempre humilde y sin fausto, amoroso siempre y afa-
ble con todos, no buscabais en el hombre, más que
el hombre mismo, instruyendo con primoroso cuida-
do á todos, para hacerlos á todos buenos y eter-
namente felices. A todos repartiáis los lumino-
sos preceptos que purificando los corazones de
toda mancha, convertian su misma malicia en sabi-
duria, que era el gérmen y pábulo al mismo tiem-
po de vida eterna. Aquellos esponian sus vanos
conceptos, envueltos siempre en la ojarasca del
pomposo aparato de un lenguaje sublime al paso
que confuso, que los hacia parecer arcanos ante
el comun de los hombres; y vos, ó infinita sabi-
duria descendida desde los cielos, para adapta-
ros al hombre, imprimiais siempre á vuestros di-
chos, vuestro propio carácter. Si, vos llevabais so-
bre la tierra los mas altos misterios, y excelen-
cias de la divinidad, bajo las conocidas imàjenes
de objetos sensibles, disponiendo, y elevando de
esta manera gradualmente al hombre, hasta el pun-
to preciso para penetrarlas sin dificultad.

¡Oh amabilísimo maestro del género humano!
Qué no nos dijisteis vos, de la divina bondad
de vuestro piadosísimo corazon, bajo la bellísima
figura de aquel amoroso padre, que acogió tan
benigna como generosamente á su reconocido hi-
jo pródigo? Qué no nos significasteis, bajo la vi-
va imàjen de aquel rei que juntamente castiga-
ba su vasallo, que él mismo habia colmado de
beneficios por haber sido este ingrato, cruel para
con otro sierva suyo? de aquel hombre, que in-
diferentemente sembraba el trigo escogido en di-
versos terrenos? Este es el método que invaria-

blemente observaisteis, en vuestra divina enseñanza. Si, el dueño del campo, el Señor de la viña, el padre de familias, el pescador, el rei que pide cuentas á sus vasallos, el hombre que prepara un gran convite, el esposo que recibe los convidados á la boda, y otras mil figuras é imágenes semejantes, eran los sencillos y hermosos colores, con que el arte divino de vuestra infinita sabiduria, pintaba visiblemente al hombre vuestras eternas verdades, y los invisibles objetos de vuestro divino reino. Así nos enseñabais vos, mientras que los asombrosos prodijios al paso que atestiguaban la verdad que enseñabais, afirmaban al mismo tiempo que era un Dios el que enseñaba. Vuestras mismas voces eran prodijios, y estos mismos, no eran mas que vuestra misma doctrina.

Así como cuando dijisteis en la creacion del mundo; hágase la luz, y al momento fué esta creada; produzca la tierra yerbas y plantas con sus respectivos frutos, y al instante las produjo; sea hecho el hombre á imagen y semejanza de Dios y sin tardanza fué este así formado: del mismo modo cuando enseñabais á los hombres, si queriais instruirles en los celestiales arcanos; vuestra Omnipotente voz producía la luz en sus entendimientos para concebirlos; si intentabais conducirles á una vida recta y virtuosa, al dulce eco de vuestras melodiosas palabras, germinaban en sus corazones todas las excelencias y virtudes mas acendradas; si le proponiais por modelo la santidad de vuestra vida, luego concebía el hombre en si mismo la divina semejanza; en suma, Omnipotente vuestra soberana doctrina en vues-

ros divinos labios, penetraba todo el hombre, y dándole una nueva forma según vuestra divina voluntad y beneplácito, producía sus pensamientos, enjendraba sus afectos, creaba su misma voluntad, y le transformaba en una echura nueva, elaborada sobre el divino modelo de la santidad eterna. Aun los mismos portentos, que para confirmarla obrabais, hablaban á su modo para instruirle. Así como en medio de vuestro antiguo pueblo peregrinamente á la fértil y deseada tierra prometida, los ritos y ceremonias, los sucesos y advenimientos espresaban á lo lejos, lo que de ante mano se preparaba para vuestro nuevo pueblo; así también vuestros soberanos prodijios eran figuras visibles de lo que invisiblemente obrabais vos en el hombre.

Vos llamabais á la vida á los cuerpos ya exánimes, y con este acto de vuestra soberana beneficencia para con los cuerpos, esponíais á nuestra vista, lo que desde el cielo habíais venido á obrar en provecho de nuestras almas muertas todas á la gracia. Dabais vista á los ciegos, y con esto perfeccionabais la grande obra, que espiritualmente cumplíais como verdadera luz del mundo. Sanabais los parálitos; y el género humano antes inmóvil sobre el fatal lecho de su maligna enfermedad, se veía en ellos pintado al vivo. Ah! La inmunda lepra, la muger encorvada hácia la tierra, é impedida para mirar al cielo, el lunático, los obcesos, los sordos, los mudos, las diversas enfermedades, las fiebres contagiosas, y tantos vicios y males que al paso que affijian los cuerpos de los miserables, los hacían también deformes, curados todos prodijiosamente.

por vuestro soberano poder, eran otras tantas figuras de lo que este mismo obraba en los ánimos oprimidos por el comun enemigo, y de las malignas enfermedades de nuestras propias pasiones, asquerosas manchas de la culpa, del vicio, y de los malos hábitos. De modo que aun las mismas sombras de vuestros inmensos beneficios dispensados á los hombres, y las figuras de los prodijios obrados en su favor, eran tambien beneficios y prodijios reales y efectivos. ¡Oh amabilísimo Señor y Dios mio! Qué es pues la tartamuda y balbuciente espresion del hombre, en comparacion de vuestro divino lenguage!

Pero aunque consumisteis mas de tres años derramando profusamente sobre nosotros con los blandos y delicados acentos de vuestra divina voz, los celestiales tesoros de vuestra soberana doctrina; vuestro divino majisterio no se limitó á esto solo. No, vuestro divino amor os sujerió afectuoso, otro modo no menos prodijioso que edificante de ser nuestro amado maestro, este fué, el de enseñarnos con vuestras obras, lo que nosotros mismos debiamos practicar, y lo que vos mismo constantemente practicasteis desde que comparecisteis sobre la tierra, hasta que os apartasteis de ella. O Hombre! Ser privilegiado de tu Dios y Señor! Sigue diligente á este tu mismo Dios bajo la forma humana, pues que él por esto precisamente la tomó; siguelé por tanto presuroso por todo el curso de su mortal vida. Sus acciones son tu norma, y sus huellas te señalan la senda que tú debes exactamente seguir. Él es tu seguro conductor, tu invariable guia, y tu modelo fiel. Ah! Traspórtate con el pensa-

miento á los contornos de Belén de Judá, y acercáte devoto al humilde pesebre, ò al lugar de su divino nacimiento, contéplalo atento, y conteniendo el asombro que te inspira su bajo estado, fija todo tu entendimiento en lo que en este abyecto lugar te enseña.

Después de la infausta caída del primer hombre, apiadada la divina clemencia de su fatal desgracia, había ofrecido al mundo este divino reparador. La fé anunciaba en acentos proféticos sus admirables caracteres, y su divina grandeza y majestad. Estos sagrados cráculos se habían confiado á la estirpe de Jacob; este era el pueblo privilegiado que Dios había distinguido con el noble blason de depositario suyo, y custodia de ellos. Mas el hombre carnal, es inepto para concebir clara y distintamente los dulces acentos de las suaves voces de la santa fé. Cuanto esta anunciaba en su celestial lenguaje, otro tanto entendía aquel, pero de un modo meramente humano, y enteramente terreno; no pudiendo llegar con su vista mas allá de la baja esfera de esta miserable morada, limitaba todo lo que oía presajiar de su inmenso poder y de su majestuosa gloria, á solo aquello que parece grande al hombre, y por tanto le esperaba escarrecido por sus terrenos dominios, y temible por su bélico poder, y grandes conquistas terrenas. Desciende finalmente sobre la tierra este Dios prometido. Ah! Mirále tal cual descendió en aquella humilde cuna. Mirále, y aprende en él cuanto disparata, cuanto delira la ceguedad humana en el pesar las cosas. Mirále, y aprende de un Dios reducido á tan humilde estado, el alto destino

del hombre, y en él, el camino que debe conducirle al seno de tu Dios y Señor. Este gran Dios pequeñuelo en humanidad, aun antes de hablar ya le enseña. Si, habla por él la pobreza, que es toda su hacienda; habla tambien el invilecimiento y el incómodo de la mas cruda estacion, que ha elejido por compañeros. Ea pues, ó vana gloria, fugaces honores, percederos tesoros, prendas todas tan apreciadas del mundo, é idólos queridos, que el hombre hasta ahora habia buscado con tanto afán; qué es de vosotros! Donde estais ahora! Ah! El hombre terreno esperaba que vosotras compondriais todo el pomposo fausto de su divino libertador, y este desde que bajó sobre la tierra, no hace mas que pisaros.

Deja por tanto, ó hombre, los estraviados caminos que hasta el presente ciegamente has seguido, y abandona desengañado los tortuosos senderos por donde astuto te conduce el mundo faláz, y aprende de un Dios descendido desde el cielo á la tierra para enseñarte, que la verdadera grandeza del hombre, puntualmente empieza por despreciar todo lo que aquí tiene apariencia de grande, y que el primer paso hacia su verdadera felicidad consiste, en despojarse del afecto de cuanto le promete hacerle feliz sobre la tierra.

¡Oh mi divino Señor, y dulce amor mio! Y que plénitud de luz veo yo esparcirse entre nosotros al comparecer vos al mundo! La obscura noche que antes en él reinaba, Oh! y cuantos errores no encubria, y de cuantos objetos no alteraba las semejanzas! Ah! Ahora lo miro yo todo en su verdadero aspecto, y conozco con seguridad el intrínseco valor de todo. Si, ahora cor-

templo á los grandes y magnates de la tierra, en la mas elevada cumbre de su altura; y en medio de su tan envidiada felicidad, no puedo menos de compadecerlos.

Como á las veces sucede al espectador meditando, estar mirando con deleite en medio de una tenebrosa noche desde un elevado poyo, los fuegos esparcidos en una gran llanura y diseminados por los montes circunvecinos, embelezarse con la hermosa claridad de que hacen pomposa ostentacion en medio de las densas tinieblas; mas si despues de llegar el dia vuelve para recrear con su perspectiva la vista, ya no se encuentra mas vestijos de ella, que oscuros globos de denso humo bajo los cuales arde una negra llama; así tambien al esplendor de vuestra divina luz, al radiar esta sobre la tierra, veo desaparecer los fatuos clarores que deleitaban al hombre estulto, y en vez de su apacible luz, encuentro voraces llamas en que los incautos corazones, que al modo de mariposas buscaban en ellas su felicidad, y encontraban inevitablemente la muerte. Pero, Oh! Y ¡cómo á vuestra aparicion entre nosotros quedan confusos, y aniquilados la soberbia y orgullo del hombre! ¡Oh, y como á solo vuestro divino conspecto asombrados, y llenos de confusion se sumerjen en el abismo de su rubor y vergüenza! El primer hombre pretendió soberbio elevarse á pesar de su creador, hasta el sublime Ser de un Dios; y he aquí que un Dios se humilla hasta el bajo ser de hombre, para reparar compasivo la injuria hecha al eterno Padre por la presuncion humana. ¡O hombre! Aprende por el inestimable precio del remedio la

gravedad de tu mal! Detesta para siempre el error antiguo y tu inveterada estulticia, sigue con cuidado el verdadero camino que te enseña benigno tu amable libertador, y vuelve siguiendo sus huellas á tu antigua amistad con el criador, convén-ete de que nada eres, y que el mismo ser que ahora tienes, es un don gratuito suyo, persuáde-te de que solo gozas de él por su divina beneficencia, y porque él quiere conservarte generoso este mismo don, y de que si tu pretendes encontrar fuera de él tu verdadera felicidad y grandeza, ciegamente abandonas la inexhausta fuente del verdadero bien, y corres á pasos agigantados á sumirte en una eterna miseria. Si, alejándote de tu libertador, no por esto te quita él, el ser que te dió, pues te dotó con una alma que siempre será inmortal. Mas esta misma prenda inestimable que gratuitamente recibiste del Señor, hará el colmo de tu desgracia; Ah! esta no tendrá fin, porque tú durarás eternamente. Si, lejos de tu Señor, tú serás un inmortal para siempre infeliz.

Pero y de cuantos modos, ó Dios de suma bondad, no confundisteis vos esta torpe estulticia del hombre, en vuestro humilde nacimiento! O sabiduria infinita! en él vestis vos, no solamente los miserables despojos del hombre, sino tambien de un hombre en quien no resplandece ni aun la escasa luz de la razon; de un párvulo, de un débil niño, que no es capaz ni menos de desplegar sus propios sentidos. O mi amabilísimo Señor! Vos que con vuestro infinito poder disteis el Ser á todo lo criado, vos que con un solo dedo sustentais el universo, no so-

lo tomáis humilde la forma de hombre, sino de un hombre incapaz de gobernarse, de un débil parvulillo que nada puede por si mismo, y que para todo necesita de la ayuda y cuidado de otro! Vos, ó divina majestad, ante cuyo escelso! .. Ah! Mi espíritu desfallece, mi entendimiento se pierde, y mi alma se anonada al contemplar el abismo de la humillacion y sumo abatimiento de un Dios!

Pero vos, ó tierno infante, y dulcísimo amor, aun en medio de tanta abyeccion y pobreza, en medio del desprecio y total abandono de las criaturas; teniais sin embargo sobre esta infeliz morada todas vuestras delicias, y no os faltaba una nobilísima compañía. Si, la teniais aunque desconocida al mundo, en dos almas puras, y enriquecidas con la preciosa joya de la virtud mas acendrada, esto es, en vuestra purísima madre, y su castísimo esposo. Ah! Estos eran objetos mucho mas agradables á vuestros divinos ojos, y mucho mas caros á vuestro amantísimo corazón, que todo cuanto habia soñado la hebraica ceguedad relativamente al fausto y esplendor de vuestro divino nacimiento. El mundo no vió en ellos mas que unos pobrecillos humildes, y por esto los despreció. Ah! Ni menos se dignó estultamente posada entre los hijos de los hombres. Su estremada pobreza, y la suma dureza de aquellos les condujo á un vil establo. Mas vos, en este lugar de abyeccion, ó soberano rey de la gloria, colocasteis gustoso vuestra divina corte. Ah! Si, estas son las únicas grandezas y delicias, que un Dios viene á buscar sobre la tierra, y desde esta, se trasporta á los cielos.

Mi reconocido amor, percorre diligente, y con rapidez ò Dios de mi corazon, todo el curso de vuestra mortal vida, y constantemente os ve seguir el mismo camino que emprendisteis en vuestro humilde nacimiento. No, nada de cuanto resplandece sobre la tierra, nada de cuanto alaga esta miserable vida es digno de una sola mirada vuestra. Despreciais, y aun pisais las mas hermosas y delicadas flores, no os asustan las mas agudas y penetrantes espinas, que tejen la débil tela de esta vida mortal. Dos solos objetos ocupan vuestro pensamiento, y sirven de norma à todas vuestras divinas obras, el criador, y el hombre. Volver un Dios perdido al hombre, sin el cual se hallaba sumergido en la mas horrible desgracia; dar un hombre perdido à Dios, que sin él nada menguaba por esto su invariable felicidad, pero que sin embargo amaba tiernamente, y que su divina bondad queria hacer feliz y dichoso. He aquí la grande empresa, he aquí el benéfico é interesante trabajo en que ocupasteis los preciosos dias de vuestra vida mortal.

Conseguido finalmente el objeto de vuestra demora sobre la tierra, os salisteis de ella tal cual en ella habiais entrado, esto es anonadándoos à vos mismo. Compareciendo entre nosotros os habiais manifestado bajo la humilde forma de hombre, y de un hombre sumamente pobre de quanto suministra la tierra y sus habitantes; y al despediros de ella quisisteis despojaros ante los hombres mismos, de quanto forma el premio de la naturaleza humana en medio de su misma pobreza, y de su bajo y vil estado. Si, vos quisisteis vestir el ingrato y negro ropón de la in-

famia debida á solos los malhechores, y sufrir la afrenta que solo mereciera quien por sus enormes culpas llegase á ser el oprobio de los vivos.

O luminoso planeta, que con tus benéficos rayos constantemente iluminas esta baja rejion! O tierra, que aun mismo tiempo sostienes, y alimentas generosa á toda la humana familia! Vosotros le visteis, ó tal vez fué no verle? Pues que al obrarse el inaudito portentoso, entre ambos os cubristeis de un negro y denso velo! Ah! demasadamente vemos nosotros, hasta donde llegó el intensísimo amor de un Dios siempre solícito para curar el orgullo del hombre. Si, vemos al que en los insondables arcanos de su infinita sabiduría crió el mundo, que regula los sucesos y da leyes al universo entero, vestido de una vestidura blanca, escarnecido y burlado como un hombre falto de juicio, y enteramente privado de razon. Vemos al que es la fuente de la justicia sobre este mismo suelo y al que él habia bajado para desterrar el pecado, tratado como un rebelde y un malhechor. Vemos en él la eterna santidad siempre atenta á enseñar á los hombres el respeto y la obediencia debidos á Dios, ajada con la infame tacha de un inicuo, y de un blasfemo; vemos al Omnipotente vilipendiado, mofado como un hombre jactancioso y blasonador de prodijios soñados, débil é incapaz de libertarse de sus criaturas. Vemos á aquel ante cuyo trono humildemente ordenada la celestial milicia, sin cesar noche y dia canta con melodiosas voces sus inaccesibles glorias, y sus eternas alabanzas, hecho el juguete de las contumelias, y el ludibrio de un pueblo fasci-

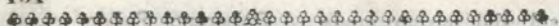
nado, que con descompasados gritos pide tumultuado su muerte. Vemos aun mas; enteramente despojado del decoro compañero fiel de la inocencia, Ah! Quedábale aun la vida en un cuerpo enteramente desfigurado de heridas, y esta se la quitan en el infame patíbulo, en que generosamente la dió como en débito de los supuestos delitos.

He aquí como quiso ser mirado un Dios, en este inconstante teatro de la ambicion humana. Ah! dónde están pues ahora los héroes del mundo, que teniendo por premio y objeto de su carrera la ambicionada gloria, consuman toda su vida en vestirse y adornarse de todo lo mas aparente y pomposo á los ojos de los necios mortales! Ah! confúndete, ó soberbia mundana, á vista de la humildad del Omnipotente, que quiso habitar en este mundo faláz vestido del hábito mas vil; Si, él quiso la infamia. Así se portó, este es el aprecio que hizo de los juicios humanos, aquel inflexible Juez a quien pertenece juzgar los hombres y sus juicios. Aprende pues, ó hombre, cual debe ser la norma de tus obras, y persuádate tambien de que todos los aplausos y alabanzas de los hombres, no son capaces de cambiar tu suerte, pero sí lo son, de hacerte vil é infame ante aquel Omnipotente Señor que es verdad por esencia, y esta mancha aunque oculta, hace asquerosa y abominable tu alma, y finalmente si en tu corazon alberga la inocencia unida á la virtud, todos los ultrajes é infamias del género humano, te servirán de gloria y de un eterno esplendor ante el divino tribunal.

O Soberano Señor! Ah! Así moristeis vos finalmente, pero vuestro morir no fué un acto de poder

que la furibunda muerte ejecutó sobre vos, sino un triunfo vuestro ganado sobre la misma. Si, vos entrasteis en el reino de la muerte adornado de vuestra divina majestad y Omnipotencia, así como habias entrado en los miserables despojos de la debilidad humana, y habiendo entrado libre en ella, la desarmasteis glorioso y le intimasteis con imperio que despues de un breve sueño, al sonido de la trompeta de vuestros divinos mensajeros os rindiera inmediatamente su presa. Si, la desarmasteis, y por nuncios de la reportada victoria sobre ella, mandasteis nuevamente al reino de los vivientes, esto es á la ciudad santa varios de sus prisioneros sueltos ya, y enteramente libres de sus fatales cadenas. La desarmasteis, y haciéndola vuestra prisionera y esclava, despues de tres dias volvisteis triunfante donde descansaba vuestro divino cuerpo. Aquí á su presencia destruyendo su misma obra, infundisteis á aquel mismo cuerpo no ya un soplo de vida miserable y mortal como la que tenemos nosotros en estos míseros despojos del primer hombre terreno, sino el álito de la Omnipotente virtud, una vida enteramente divina é inmortal, álito que reservasteis para todos los que sean hallados verdaderamente dignos de ser llamados hijos vuestros. Así volvisteis á reuniros con él, ó Soberano vencedor. Si, le unisteis á vuestra divina alma, ya no viadora, sino triunfante, y adornada de vuestra gloria infinita. Como cuando una tenue y cándida nubecilla entreponiéndose entre nosotros, y el astro luminoso no nos quita enteramente su luz, sino que resplandeciendo esta al través de aquella, resplandese tanto que nos deslumbra con el esplendor del

sol, del mismo modo, ó Soberano Señor, vuestro divino cuerpo hecho nuevamente abitacion de vuestra Soberana alma toda resplandeciente de gloria, depuso totalmente la antigua obscuridad. Consumida en él por esta divina luz, la opaca grada que lo hacia terreno, haciéndose lucido el mismo, y sin dejar de ser el cuerpo compañero de vuestra peregrinacion, pudo perfectamente ser tambien compañero de vuestro divino triunfo. Así destruido sobre la tierra el fatal reino del pecado, y hechado por tierra el tártareo imperio de la muerte y del infierno, y abierto por vuestro divino poder el cielo al hombre ya regenerado, os subisteis ya finalmente á los cielos, con el mismo cuerpo y alma en que vivisteis entre nosotros sobre esta miserable tierra. Si, allá os subisteis para sentaros revestido de nuestra débil naturaleza sobre el solio eterno de vuestra divina majestad, y tomar posesion para nosotros mismos, de aquel eterno reino que gloriosamente conquistasteis militando esforzadamente sobre la tierra. Éa pues O hombre, líbrate con confianza en alas de tu ajil pensamiento, y remontándote sobre las estrellas, entra tú tambien en el cielo, mira sentado en el magnífico trono á tu benéfico libertador, y á tu tiernísimo Padre todo revestido de una inmensa luz, y en la gloria que le circunda, contempla atónito tu escelso destino. Quieres aprender el camino que conduce á esta gloria! retrocede sobre la tierra, abraza la saludable doctrina que el mismo en ella te enseñó benigno, busca atento las huellas que en ella dejó impresas en sus admirables obras; estas son las rectas sendas, y la segura guía que indefectiblemente te conducirán allá.



NOCHE OCTAVA.

LA PASION DEL SALVADOR.

Ah! No.....Detente ingrato, detente....Mas aquíen me dirijo!....Ah! él péfido.. ya se salió.... O inefable dulzura de mi divino Señor! Ni menos se inmuta. Sabe el reo designio del discípulo avaro, y no solo no le impide, sino que le deja partir....Corazon mio....Ah! Donde te dejas llevar! Que horrible recuerdo te llama á sí! O Dios!....O mi amado Señor, para que acerbas escenas me reservasteis!....O cielos! Por que no arrojaria yo esta mi alma envuelta en mi amargo llanto, cuando postrada á sus adorables plantas le lavè sus sagrados pies con mis propias lágrimas, y obtuve en recompensa el perdon de mis enormisas culpas! Ah! Para esto le conosí! Para esto le amé tanto! Para ver ejecutado en él un tan bárbaro suplicio! O Noche! Noche infame, y horror de los siglos! O Noche por otra parte feliz! en que fué dada por un Dios la mas bella prueba de su intensísimo amor para con los hombres, y en que fué urdida por estos ingratos la traicion mas negra. O Noche!....Ah! Recuérdame....Tráeme á la memoria las memorables empresas, y los horribles excesos que con tus densas tinieblas encubristes.

Ah! Ya el sol corria veloz á su ocaso, cuando el divino Señor despues de mas de treinta años que llevaba de huesped sobre la tierra, se disponia á partir de ella. Sentado á la mesa en

medio de sus amados discípulos, palpitaba de amor su tiernísimo corazón; y viéndose ya muy próximo á dejarlos, Oh! y con que magníficas expresiones no les manifestó sus afectuosísimos sentimientos! Yo deseaba vivamente, les dijo, celebrar con vosotros este convite! y tomando entre tanto un pan en sus divinas manos, levanta sus ojos al cielo, y encendido su hermoso rostro con los vivos rayos de la divinidad; en el acto mismo de derramar sobre la humana familia todos los tesoros de su divino amor, lo bendice, lo rompe, y distribuyéndolo entre todos; *este es mi propio cuerpo* les dice, *tomad y comed.* Después tomando el caliz con vino... O Dios de mi corazón!... Que no hizo.... Que no dijo en aquella última cena el amabilísimo Señor! Oh! y que tiernos recuerdos!, qué dulces promesas!, qué exhortaciones tan afables! Qué bellas prendas! Con qué protestas ^{de} del mas fino amor, no fueron acompañadas estas últimas despedidas con que un Dios se licenciaba de los mismos hombres, que habia venido á salvar! Y vosotros, ó hombres, qué haciais entre tanto! Ah! Sus mas caros compañeros apenas le atienden; y el pérfido traidor habiendo rápidamente devorado el augusto manjar, parte en busca de los asesinos. Ah! Un beso es la infausta señal que debe entregarle á la muerte. Si, un solo beso acompaña la despedida del divino bienhechor, y un beso que es la señal inicua de la mas alevosa traicion! Oh! hombres! A qué viene este espantoso aparato de armas y de armados? A qué fin estos azotes, estas lanzas, y esta cruz! Ah! Para dar la muerte al que buscáis, no hai necesidad de tan crueles instrumen-

tos; basta y aun sobra vuestra negra ingratitude. Si, solo su aspecto es bastante para quitarle la vida. Miradle ya, ó crueles sayones, postrado en agonía, y luchando con los mas agudos dolores de la muerte; si, él muere... Mas no, me engaño, no muere; pero si no muere, no es por la debilidad, ó ineficacia de los dolores que le cercan, sino por la fortaleza del que sufre. La muerte ha acestado ya contra él su terrible arco, y lanzado su cruel flecha. Si, todos sus envenenados dardos han penetrado ya sus delicadas carnes, los penosos torrentes de la angustia han inundado su espíritu, conduciéndole con sus amargas olas en un mar inmenso de penas y de aflicciones. La Omnipotencia acostumbrada á grandes empresas, está atónita á su lado, y no se atreve á desampararle; mas ella está siempre á las órdenes del amor, este la dirige, y la obliga á sufrir: Ah! Todas las obras del altísimo son otros tantos prodigios. Él sufre ahora, pero sufre como un Dios.

Oh Soberano Señor, y dulce amor mio! En vano es el que yo me esfuerze en pintar la acerbidad de vuestros tormentos. El hombre tiene límites en el padecer, y luego que el dolor toca los extremos de la humana fragilidad, este débil cuerpo queda oprimido, el ánimo cede, rompese el lazo que los unia en estrecho vínculo, huye el espíritu, y se retira hasta nueva disposicion divina. Mas en vos la divinidad escondida removía, y apartaba todo extremo. La Omnipotencia era la sólida base sobre que se apoyaba vuestra adorable humanidad, el inmenso peso de todos los tormentos imaginables, era incapaz de destruirla. Cuanto puede sufrir un Dios, tanto podia en vos

sufrir el hombre. Mas ó Dios mio, una inteligencia creada no puede concebir de ningun modo cuanto sufristeis vos. Basta decir que vos sufristeis como un Dios. Vuestro infinito poder, de la nada dió el ser á todo, y vuestro divino amor para con el hombre no fué menos poderoso. Si, este incluyó, en la nada, el autor de todo lo criado; os hizo, ó Dios mio, semejante á nosotros. Ah! Que este es un cruel tormento para vuestro soberano amor; es en suma sufrir como un Dios, pero sin embargo vos le amais siempre. Si, el hombre aunque ingrato os es mui caro; vos le quereis feliz, vos le quereis salvo, y su ingratitud y desconocimiento no es capaz de extinguir el ardiente fuego de vuestro divino amor, vuestro abrasado corazon arde siempre en vivas llamas con los intensos deseos de estrecharle penitente y arrepentido en vuestro divino seno, y de hacerle participante de vuestros gozes eternos. Pero que este objeto de vuestro amor divino obstinado en sus mismos daños, desprecie siempre vuestros amorosos cuidados, y vuestros infinitos beneficios, y que finalmente por haceros rebelde la guerra, se envuelva él mismo en una eterna miseria; Ah! Este es para vuestro divino corazon un cruelisimo tormento; esto se llama finalmente sufrir como un Dios.

Vos os dais jeneroso al hombre ingrato, y por el sufris pacífico tormentos horribles; y á pesar de vuestro tiernísimo amor, os veis en la dura precision de condenarle á pena eterna. Pero y á que pena! Oh Dios mio! Vos solo lo sabeis... Ah! Aquí las azeradas puertas del infierno rechinan sobre sus gonzes de bronce y se abren

de par en par, todos sus desesperados habitantes salen de tropel para asaltaros, y todos sus mas crueles suplicios se abalanzan á vuestro corazon. Ah! La tenebrosa eternidad con su inmenso peso cae de golpe sobre vos....Quién corre á socorrer á mi amado Dios y Señor!....Oh Dios mio! Yo muero....Si, vuestro acerbo dolor....me mata....Oh Redentor de los hombres!....Oh hombres eternamente perdidos!....Vuestro amoroso corazon....Oh pena sin consuelo!....Vos los llamais amoroso á la gloria de vuestros caros hermanos.... de vuestros amados hijos.... y estos ingratos, por su culpa....En medio de aquellas negras y voraces llamas....Sin esperanza....Ay de mi! Vos sentis todos sus tormentos..Si, vuestro infinito amor los hace vuestros....Ah! Cada uno de aquellos miserables tiene su pena particular....Mas Ay! Tantos son vuestros crueles verdugos, cuantos son los infelices que sin consuelo jimen en aquel horrible abismo....Ah! Vos solo sufris por todos. ..Una sola mirada vuestra claramente divisa y penetra los siglos eternos de su penar; y todos de golpe, ó Dios mio, hieren vuestra alma, y os despedazan el corazon... Ah! vuestro dolor es inmenso....Es proporcionado á vuestro infinito poder....Piedad ó eterno Padre!....Compadecednos de vuestro divino hijo.

Mas que es lo que miró! Ah! ofuscado el cielo, tímidos y consternados los espíritus celestiales, pàlida y llorosa al pie del supremo trono la soberana clemencia; Ah! Sola la divina justicia permanece sentada al lado del Rei, eterno.... Brilla en su Omnipotente mano el terrible acero.... y en ademán de herir....El mismo supremo Rei de

la gloria... Con semblante severo.... Ay! La sangre se me hiella de horror y espanto... Oh Soberanas inteligencias! decidme, os suplico, humildemente y llena de confusion, cuál es la causa de la indignacion del Altísimo!... Ah! Todos se callan... Por todas partes reina un profundo silencio... ¿Que será esto?... Pero ó Dios mio! Contra vuestro mismo hijo divino dirijis tan terribles miradas.... Oh! y que golpes tan terribles.... Ay! Jesus de mi corazon! El cielo y el infierno, la tierra y todos los elementos son vuestros conjurados enemigos... De que despojos tan odiosos os vestisteis, ó dulcísimo amor mio! Oh inocente corderillo! Vos cargasteis con todas nuestras culpas; las hicisteis vuestras, y he aquí que el cielo viendoo cubierto de tan viles é infames andrajos, si, el cielo se ha declarado vuestro mas cruel enemigo, y vuestro mismo Padre divino es vuestro severo Juez.... Mas ó dulcísimo amor mio! vos desfalleceis... No podeis ya resistir á tan crueles tormentos, y á tan penosas angustias... Ah! un frio sudor de sangre os baña todo.... Oh mi buen Jesus.... Mi amado Jesus.... Oh! triste recuerdo!

La noche siempre mas oscura adensaba con rapidez sus tinieblas en aquel ingrato sitio, y los discípulos sumergidos en un profundísimo sueño, permanecian apartados de su divino maestro como un tiro de piedra, habiendo dejado solo al aflijido Señor en lo mas penoso de su dolorosa lucha. Mas entre tanto el alevoso traidor no dormia. Habiéndose hecho el infame, guía y cabecilla al mismo tiempo de un arrial escuadrón, dirije péfido sus atrevidos pasos hácia aquel

silencioso lugar. Ah! La hora fatal del poder de las tinieblas se acerca; y el hijo del Altísimo entregado en manos de aquellos crueles verdugos, será el blanco de su furor y de su rabia. Ah! Si, de las murallas de Jerusalem sale ya la numerosa turba de los Decidas, la santa ciudad se atreve y decide ingrata á manchar al fin su antiguo esplendor con la sangre de su mismo Dios. Si, toda se comueve para tan horrendo suplicio; delusa, hace entrar en la infame conjuracion al Sacerdocio, á los Escribas, al Prefecto Romano, y á su abando Rei. Pocos dias ha, que queria proclamarle por su monarca, que fué para el efecto á encontrarle con festiva pompa, y que le recibió llena de júbilo en medio de los mayores aplausos, y de las alabanzas mas lisonjeras. Mas ahora ha cambiado enteramente sus sentimientos. Un extraño furor la ajita, y pone en un confuso desorden; por todas sus calles, y plazas resuenan los fanáticos gritos con que pide amotinada su muerte. Le ultraja desconocida, y le pisa sacrilega como á un malhechor; le conduce en triunfo por sus calles, y plazas cargado de cadenas; añade las heridas á los escarnios, y á las llagas los insultos; carga sobre sus delicados hombros el infame patíbulo, y lacerado, semimuerto, y cayendo á cada paso le arrastra cruel al horrendo suplicio. Oh! Jerusalem! pérfida ciudad, ciudad ingrata, y siempre predilecta de tu Dios y Señor; homicida infame de los Justos y de los Profetas; ¿á qué esceso de furor te indujo el abismo! Ah! No, no por esto faltarán á tu Dios ni siervos fieles ni adoradores rendidos. Las jentes son todas tuyas, y aun de las mismas piedras sabrá hacer hijos dignos de

Abrahán. Pero tú al fin serás el mas horrible ejemplar de sus divinas venganzas... Oh infeliz patria mia! A qué escesos llegaste! Ah! Yo tiemblo al contemplarlo. Las fatales amenazas de aquel Dios, que impia crucificaste, resuenan siempre en mis oídos, penetran vivamente mi alma, y me llenan de terror y de espanto. Ah! los luctuosos sucesos están todavía recientes, y ya tus fértiles, y amenos campos se ven inmundados de armadas hóstiles, y tus inespugnables murallas sitiadas. Ah! Si, oigo los atronantes gritos de los guerreros enemigos; veo brillar sus armas victoriosas; el cielo mismo pugna por ellos. Tu eres inevitablemente perdida. Ah! En vano invocas el Dios de tus Padres; este ya no es tu Dios. Abandonado por ti, él tambien te abandona. Huérfana y sin auxilio alguno, eres la presa de las naciones. La maligna hambre, y la horrible discordia consumen tus caros hijos. Tus anchurosas calles rebasan de sangre doméstica, tus elevadas atalayas, y soberbios torreones están ya igualadas al nivel de tu terreno, tu magnífico templo ya no es mas que un informe monton de escombros, y tus suntuosos Palacios, y magnificas casas yacen sepultados entre sus propias ruinas. Oh Jerusalem! tu existias en otro tiempo, y ahora ya no existes. Oh Jerusalem, tus males me afligen sumamente; mas tu culpa, tu delito... Oh Dios mió!... Sobre el Gólgota, tu Rei, el Justo, el Fuerte, el deseado de las jentes, la felicidad de los santos, tu Dios!... Ah! en vano quisiera yo no haber visto el espectáculo atroz... mas lo ví... Si, ví sobre el monte infame al Señor de la gloria tendido como un facineroso sobre un vergonzoso patíbulo. Ví so-

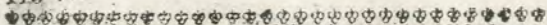
bre aquel monte á los hijos de Israel, que sacudiendo en tono burlesco sus cabezas, se reían de él, escarneciéndole, mofándole, y llenándole de blasfemias, é improperios. Le ví, Ay de mí! y por todas partes sus lacerados miembros manaban viva sangre. Ah! No, nada quedaba en él de su primitiva belleza! O y cuántas veces dirigió sus lánguidas miradas desde el duro tronco á la ciudad predilecta! y parecia decirle en tono lúgubre: qué te he hecho yo! En qué te he ofendido! Cuántas veces fijó sus moribundos ojos sobre la multitud de su amado pueblo que le rodeaba, y parecia buscar siquiera uno, que se compadeciese de verle en tan miserable estado! Mas al fin dirige su vista al cielo, y traspasado nuevamente su espíritu del dolor; ó Dios mio! le oigo esclamar: *por qué me habeis abandonado?* finalmente con la voz sofocada entre los penosos extremos de la agonía, abrasado de una mortal sed, pide un poco de alivio, y se le socorre con una esponja de amarga hiel. Ah! Apenas prueba el ingrato licor, cuando viendo ya llegados los últimos momentos; se encomienda en alta voz á su eterno Padre, y deja caer sobre su desollado pecho su divina cabeza desmayada. A tal aspecto yo sentí arrancárase el alma de mi seno. O y cuántas veces morí yo en aquel día! Yo permanecí inmóvil al pie de la cruz, y cuasi enteramente perdido el uso de mis sentidos; mas á pesar de esto, yo oía un confuso susurro, y entendí que decían ya está muerto; yo no lo creí, porque el que ama facilmente se alucina. Yo estaba al lado de su santísima madre, nuevo motivo para mí de insufrible dolor. O y quién pudiera adecuadamente descri-

bir la impresion que en aquel corazon amante hacian tan dolorosos afectos! Ella lloró poco. Su dolor era demasidamente grande para poder desahogarle con el llanto. Apenas sobre sus mejillas aparecian algunas lágrimas, que luego se secaban. Cárdena é inmóvil tiene siempre fija su vista en su amantísimo hijo. La hubieran tenido sin duda por muerta, si manteniéndose en pie algunos tardos, pero profundos suspiros reclusos en su adolorido pecho, como de quien palpita oprimido de las angustias de muerte, no interrumpiesen de cuando en cuando, su continuo y penoso silencio; tal vez al oir las sacrilegas blasfemias del pueblo Deicida, como quien se horroriza al aspecto de un horrible objeto, se sacudia temblando. Entré tanto recobro yo el uso de los sentidos, y empiezo á divisar y distinguir los objetos, y descubrí una acerada lanza que se aproxima á la cruz. Era la de un soldado, que rompiendo por medio de la multitud, habia apestado ya el fatal golpe; emito un profundo suspiro, me cubro la cara con mi velo... me horrorizo... tiemblo, y prorumpo nuevamente en un amarguísimo llanto. El más tenue rumor, el mas ligero sonido que heria mis oídos, me parecia un cruel golpe de aquel desapiadado hierro, que fuertemente heria el cuerpo divino de mi amado, y despedazaba mi alma. Así me estuve algun tanto; cuando al abrir los ojos veo su divino costado abierto con una profunda herida, y que de ella manaba con abundancia sangre mezclada con agua, por lo que ya no puede dudar un punto de que hubiese espirado. Abro desesperada mis brazos, corro despavorida acia la cruz, y la abrazo estrechamente. Mil veces

llamo la muerte en mi ayuda, pero en vano. Ah! y quien me vuelve compasivo á mi dulce amor!... Quien me dará piadoso la muerte, para que le acompañe!...Hacia ya tiempo que el cielo se hallaba cubierto de densas tinieblas. Sacudiáse fuertemente la tierra, temblaba, y heríanse quebrándose las piedras. La turba despavorida bajaba vacilando del monte, y yo apenas percibí aquella horrible revolucion de la confusa naturaleza; mi alma se hallaba en una confusion todavia mayor; yo estaba con el cuerpo muy cerca de los despojos de mi amado, y mi imaginacion errante le tenia siempre vivo ante sí tal cual lo habia visto tantas veces. Ah! El amor, el recuerdo se me lo representaban de mil maneras diversas, mas el dolor repetia á cada instante, atiende cual fué, y cual está ahora. Mil imágenes semejantes á esta se aglomeraban en mi alma, y todas bajo el mas funesto aspecto. Cada palabra, cada mirada, toda acción, y todo movimiento que me recordaba á mi amado Señor, era un tirano verdugo, que cruelmente me despedazaba. O Dios mío! Haced, que jamás se aparte de mi un tan cruel, al paso que dulce recuerdo. Desde entónces permaneci siempre en pie ante la cruz de mi querido. Ante ella me detengo continuamente con mi pensamiento; allí permanezco inmóvil con mis afectos, y allí paso mis tristes dias, y las solitarias noches. Constantemente me acuerdo agradecida de lo que por mi hizo el dulce amor de mi Dios. Si, siempre tengo presentes mis antiguas culpas, mis ingraticudes, y la soberana clemencia de mi amado Redentor. Allá aprendo á amarle siempre mas. Mi comida y mi bebida son las amargas lágri-

mas, el dolor ácerbo, y el mas intenso amor: comida y bebida, que me acibáran y amargan todo otro alimento. Oh mi buen Dios y dulce amor miol Apacentadme siempre con tan grato alimento, sostened con él mis últimos dias; y si es preciso morir, ah! Haced que yo muera de amor y de pena.





NOCHE NONA.

CARACTER DEL REDENTOR.

O mi amada Jerusalen! Es posible que no pueda yó ya jamas pensar en tí, sin sentir mis mejillas bañadas de lágrimas! O misera Jerusalen! tú desgracia es horrible! Si, tu diste infame la muerte á tu Dios y Señor, su inocente sangre clama venganza contra tí; el cielo atento, y conmovido á sus clamorosas voces reúne ya sobre tí sus procelosos turbiones. O Dios mio! Estallan ya los espantosos rayos, se conturba el aire, y se enciende en vivas llamas. Infelice! qué es lo que haces! porqué te obstinas aun ingrata en tu propia culpa! qué tardas en reconocerte! Ah! cede, cede de tu loca obstinacion, y cae prosternada á los pies de tu Dios. Al fin él es el Dios de la clemencia. Tu misma perfidia, ni tu horrendo delito no pudieron inmutarle. Murió pidiendo á su eterno Padre usase para contigo de piedad, y pidiéndole perdon por tí. Ah! Espera con confianza, arrepíentete con compuncion, implora su soberana clemencia, y vive.

Pecadora infeliz, ò y cuánto crece mi miseria! la piedad de mi Dios me abre los ojos, veo mis males, y me horrorizo....Ah! Conozco á mi amabilísimo Señor ultrajado por mis enormes pecados, y me hallo falta de lágrimas para lavar mis detestables y feas culpas. Mas al claro conocimiento de estas, descubro otros ingratos, y otros culpables contra mi divino amor: Si, veo

otros males, y otros delitos que escitan mi llanto, y provocan mi acerbo dolor. Ah! No, no es sola la Magdalena la ingrata, para con su Dios y Señor! Son muchos los que le ofenden; si, el mundo está lleno de pecadores. Ah! yó ya no hallo consuelo en ninguna parte! Las gentes, y las naciones han prevaricado todas del Dios de sus Padres; los corrompidos deseos de sus depravados corazones, han formado su lei; se han adherido ingratas á los falsos númenes, adoran sus ídolos, y con ellos á los demonios. Sus ritos son inmundos; su culto está lleno de blasfemias, y sus costumbres son infames; la abominacion, y el escándalo poseen completamente el mundo; y la misma ciudad santa, la elejida del Señor para custodiar su divina lei, ó Dios mio! Si, Jerusalem, la predilecta del Señor, al fin se rebeló iniqua contra él mismo; le repudiò, y le trucidó infame sobre sus mismas puertas. Ah! ¡Será preciso pues confesar, que sobre la tierra, los soberanos beneficios de un Dios ya no fructifican mas que ingratitudes, y traiciones horrendas? Qué este ingrato terreno no produce ya mas que monstruos! Pecadores! ...O y quién pudiera hacer que los lùgubres acentos de mi voz resonan desde el Oriente al Occidente, y desde el Norte al Mediodia, para que todos los mortales la pudiesen oir, y oyendola se estremeciesen. Pecadores! Qué es lo que haceis! El Dios ofendido por vosotros, es un Dios que tiernamente os ama. Ah! Postraos pues á sus sagrados pies, y volved arrepentidos á su sagrado seno. ¡Qué infundado temor ocupa vuestros corazones, é impide el acercaros á él!

Oh miseros mortales! permitidme la espresion;

vosotros desplegais incautos las velas á todo viento, y por esto sois tambien el juguete de las encrespadas olas, y el ludibrio de este proceloso mar que surcamos mientras vivimos. Si, nuestras pasiones son mui ingeniosas, y los enemigos que de continuo nos cercan mui astutos para arrastrarnos á sus lazos. El pecar nos deleita. Tal vez un Juez severo, y Omnipotente que armado su brazo de una radiante espada, nos observa, nos amenaza y espera en los confines de la eternidad, contiene y refrena nuestro protervo atrevimiento, mas de repente se desplega y estiende un denso velo sobre nuestros ojos que totalmente los ofusca. El Dios que la fé nos señala desaparece de nuestra vista, y nos presenta en su lugar la imájen de un Dios lleno de débil condescendencia, y que insensible á los ultrajes, jamás sabe castigar. Bajo este supuesto se peca sin temor, y sin reparo, se multiplican los excesos; mas al menos pensar, la primera fantasma seductora desaparece; la incorrupta conciencia venga sus agravios, y ultrajada, redobla sus justos clamores, hecha en cara al pecador sus delitos, ya no le permite la paz ni el descanso, y quiere reducirle y obligarle á abandonar la culpa. Pero he aquí, que mientras este se vuelve para correr al Dios de las misericordias, un nuevo baluarte igualmente espantoso que infiel, le impide el camino; y ya no vé en él mas que un Dios incesorable, que se alimenta de estragos, y de quien está mui lejos la clemencia y el perdon, un Dios que arrastra consigo los rayos, y la venganza, y la muerte caminan sumisos á su lado. Las pasiones y la culpa con su mismo autor, unién-

dose entónces para aterrarle, levantan sus espantosas voces, y aumentan con ellas los horribles gritos de la conciencia. Sobrecojido á tal aspecto el miserable de un vano asombro, vuelve atrás, las depravadas pasiones le reciben nuevamente entre sus inicuos brazos, y con nuevas lisonjas, le prometen seductoramente dulcificar su terror. Vuelve á tomar el incauto el sueño de la iniquidad, y no despierta el infeliz hasta sentir penetrados todos sus huesos del fatal dardo de la muerte. Entónces, ésta le despierta con su esterminadora guadaña de su profundo letargo; y á su inevitable golpe se acuerda el miserable de que un momento antes era todavía tiempo de salud; y como quien al improviso siente faltarle el terreno bajo sus pies y cae en un precipicio, mas para librarse de él estiende cayendo apresuradamente los brazos para agarrarse de una rama ó de un tronco vecino: quisiera él tambien afianzarse y sostenerse; mas ya no es tiempo. Su mismo peso le arrastra, y desciende con precipitacion al profundo abismo de la eternidad.

Ah! Si, tal es el arte maligno de nuestros desordenados apetitos, y la sagáz astucia de la tortuosa serpiente de las tinieblas. Inducirnos infame á la culpa, cebarnos en ella hasta adquirir confianza, y cerrarnos despues el camino para el remedio con un envilecimiento funesto. Mas desengañemonos, ó mortales, aquel Dios siempre viviente, no es el que nos pintan nuestros implacables enemigos, y nuestras depravadas pasiones. El es sí un Dios justo que detesta el pecado, y no le deja impune, mas al mismo tiempo es tambien un Dios clemente que acoje compasivo

al culpable, y le concede benigno el perdón. Si, sus divinas misericordias, superan siempre todas sus demás obras. Él se complace afectuoso en un corazón contrito y humillado, y no desprecia desdeñoso á quien recurre á él arrepentida é implora humildé su divina piedad.

La mas grande, ó mortales, de todas nuestras desgracias, es la culpa. Ah! No nos dejemos pues, arrastrar de ella. Mas si por desgracia pecamos, recordemos que la divina bondad es mucho mayor que nuestros errores. No, no exasperemos nuestros males, no los hagamos incurables, esparciendo sobre nuestras canceradas llagas el mortífero veneno de la desesperacion. Si, aunque muertos por la culpa, podemos volver á la vida, sino muere en nosotros la esperanza. Tenemos para con Dios un justo y Omnipotente intercesor, que con sus infinitos méritos puede cancelar y reparar todas las déudas y reatos del mundo. Si, Dios nos quiere felices, y por la felicidad que nos tiene preparada, no ecsije de nosotros otro precio, que el del amor. Este es el sagrado depósito, que de su benéfica mano recibimos para devolvérselo intacto en su bienaventurado reino. Mientras caminemos sobre esta escabrosa tierra sembrada de peligros, y circundada de enemigos, nos dió para custodios del amor, el temor y la esperanza. Solo al amor le es concedido el entrar con nosotros á la bienaventurada patria, mas el temor, y la esperanza fielmente nos acompañan hasta sus umbrales, y dejándonos seguros se despiden corteses de nosotros. El amor mismo tiene la primera parte en la alta empresa de con-

dor del amor, aquel amor infinito que es en sí el mismo don, y que eternamente será vuestro.

O eterno amante de la humilde criatura, que aquí en la tierra lleva impresa la viva imájen de vuestro divino rostro, O y quién pudiera romper los lazos, que á este miserable cuerpo me tienen todavía unida! Y quién pudiera desprenderse de este vil barro para que libremente corriera, y aun volara hácia donde vuestro tiernísimo amor me llama! Ah! Vos de nadie necesitais; y si me mandais amaros, es solo por vuestro mismo divino amor. Si, quereis que yo os ame, porque quereis mi verdadera felicidad; quereis que os ame, porque solo vuestro divino amor puede hacerme digna de vos; quereis que os ame finalmente porque siendo de mi amado, podeis hacerme completamente feliz. O Dios mio, yo os amo de todas veras. Ah! Quién podria negar el amor á un Dios tan sumamente amoroso! Si, yo os amo, ó Dios mio, yó ya no existo; yo no vivo sino por vos. A vuestro aspecto, desaparece de mi vista todo lo eriado. No, nada, ni aun á mi misma me encuentro sobre la tierra. Yo no veo, ni hallo otra cosa mas sobre esta infeliz morada, que á vos que sois mi mismo autor, la fuente de toda felicidad, el centro de todo mi bien, y el fin de todo mi ser. Ah! Vos me pedis amoroso mi corazon? Él es ya todo vuestro, y no conoce otro aliciente mas que la ardiente y dulce llama de vuestro divino amor. Quereis todos mis afectos? Vuestros son, ó Dios de mi corazon, á vos solo están consagrados, y solo á vos sirven de buena voluntad. Si yo anhelo, si deseo con afan, vos solo sois el objeto de mis ardientes deseos. Si

yo temo, si me espanto; el temor de desagradaros es el único que hace palpitar mi corazón. Si me alegro, y experimento aquí algún gozo, vos solo sois mi verdadera alegría, y mi único contento. Si me contristo y me angustio, solo peno por vos, ó Dios de mi corazón. Si, vos solo sois mi única esperanza, mi verdadera paz, mi suave dulzura, y en suma en vos solo está mi verdadera tranquilidad. Todos los bienes de la tierra para mí no son mas que niebla pasajera, y humo muy transeunte. Los males de esta miserable vida no son para mí mas que fantásticos sueños. Los afanes y cuidados que no se dirijen á vos, son para Magdalena locuras y delirios. En la plata y en el oro tiranos ídolos del miserable avaro, yo no descubro mas que tierra y vil fango que ensucia y mancha una alma inmortal, que miserablemente se abaja á amarles. Me causa fastidio, y provoca mi corazón á nauseas, cuanto ofrece de dulce esta mortal vida fuera de vos. Los cetros, y las coronas cuyo vano esplendor deslumbra á los infelices mundanos, no dispiertan en mi corazón mas que la compasion y el desprecio. Los honores y la fama de que blasonan los hombres para mí no son mas que vanas fantasmas de aparente grandeza, que encubren bajo de su efímero esplendor la vileza y la abyeccion. Vos solo sois mi verdadera riqueza, mi única grandeza, y mi precioso tesoro. Vos solo sois mi feliz vida, mi vida inmortal, mi bienaventuranza, mi Dios, y mi todo. Quereis mi entendimiento? Este solo se ocupa de vos, y no hai objeto alguno sobre la tierra que no le llame y conduzca á vos. Quereis mi propia voluntad? Esta no sabe querer otra cosa

fuera de lo que vos mismo quereis. — Quereis mi alma? Vos solo vivis en ella, y le dais vida y movimiento. No, yo ya no vivo en mi, yo solo vivo en vos, y vos solo en mi vivis.

Ah! Y enmudecerán todavía mis labios cuando todo mi ser exalta agradecido á su divino hacedor? Y en medio de tanto fuego solo mi lengua dejará de servir á mi dulce amor? O justa alabanza! Hija predilecta y augusta del respeto, tú que con nunca interrumpida y siempre nueva melodía, haces resonar la celestial Jerusalem, las grandezas del sòlio eterno, y homenaje que los celestiales habitantes tributan rendidos á su Dios y Señor; Ah! Baja presurosa desde esa feliz mansion para animar mi débil voz. Préstame benigna desde allí tus suaves y melodiosos acentos para cantar dignamente las glorias del unigénito, que amándome me ha criado, y criándome me ha hecho su verdadera aunque indigna amante. Haz tú, que yo me consuma en su celestial fuego solo para exaltar la gloria de su santísimo nombre. Haz, que todo mi ser ardiendo en su amor se disipe y se disuelva en dulce, y suaves cánticos de amor para que se eleve hasta su majestuoso trono, cual se eleva hácia él mismo] el odorífero humo del precioso incienso. Ah! Si, yo siento toda mi alma penetrada de su celestial fuego. O penetrante y suave espíritu de amor divino, que bajando impetuoso desde el amoroso seno del reinante inmortal, al corazon del hombre produces en él los gemidos y las afectuosas plegarias que llegan hasta su majestuoso trono; Ah!, yo siento tu divina presencia y te adoro reverente en mi pobre corazon. Enmudezca la tierra, y calle ya la vil adu-

lacion que arrastrándonos por el suelo unida á la infame mentira, vende sus homenajes al vicio y á la inchada soberbia de los mundanos. Ah! No, no permita el cielo que perturbe esta astuta con su profana voz los suaves acentos de la mia. Yo exalto y glorifico al criador, sus divinos ojos están fijos sobre mi, y él me presta benigno sus oídos. Si, él me escucha, y no desdeña el humilde tributo de mi pequeñez. Ay! Por donde empezaré yo vuestras divinas alabanzas, ó inefable Señor mio! Ah! El cielo y la tierra cantan melodiosamente vuestras glorias. El dia y la noche con eco duplicado las exaltan á porfia, y todas las criaturas las hacen resonar por todas partes, y mientras el universo entero con mil y mil voces diversas, con el mas sublime lenguaje os aplaude agradecido, y os adora reverente, carece de voces capaces de igualar vuestra divina majestad. Ah! Y el hombre átomo ténue y vil polvo, se atreberá á alabaros! Ah! Vos sois tanto mayor de toda alabanza cuanto dista el cielo de la tierra! Si, la mayor alabanza, que puede tributaros el hombre consiste en confesarse oprimido de vuestra divina luz, y alabándoos quedar siempre mas convencido de no haber avanzado jamás un solo paso en la inmensa carrera de vuestras divinas alabanzas. O Dios eterno, vos solo plenamente conoceis la inmensa altura de vuestras divinas perfecciones, y las nobilísimas lecciones de los espíritus bienaventurados no son capaces de admiraros bastantemente.

Ah! Asombrada, y atónita del inmenso abismo de vuestra soberana grandeza, enmudezco tambien yo ante vuestro divino conspecto, y humil-

demente confieso que no sé hacer otra cosa mas que amaros, y adoraros abismada en la vileza de mi propia nada. Mas, no por esto dejaré yo de amaros, ó Dios de mi corazon. Antes cuanto mas grande sois vos, tanto mayor será mi amor. Ah! Vuestra grandeza á un mismo tiempo me humilla y me exalta; me asusta, y me llena de una confianza portentosa. Infinito en grandeza, en nobleza, en poder, y en todos vuestros divinos atributos, sois tambien igualmente infinito, ó Dios mio, en la clemencia, en la benignidad y en amor. Mi suma pequenez en medio del eterno esplendor de vuestra inmensa majestad encuentra siempre en vos un Dios benéfico, que por amor desciende humilde hasta mi suma bajeza, me conduce y presenta á vos mismo, y él mismo es garante y fiador de vuestra infinita bondad. Yo sigo, ó Dios de amor, los dulces y caros impulsos de vuestro mismo amor divino. Si, yo os admiro, y os adoro, y juntamente os amo. Os amo sin medida, sin límites, y sin reserva. El amor y el respeto me hacen caer postrada ante vuestro divino conspecto. Mas, el amor me hace dulcemente valerosa, y me impele hácia vos. Tras de tan segura guia yo corro y vuelo hácia vos, ó Dios de amor, y con vos me estrecho, á vos me entrego toda, en vos me abismo, y no me desprenderé por toda una eternidad de vuestro dulce y amable seno.



NOCHE UNDÉCIMA.

EL AMOROSO VERBO, JUEZ SEVERO DEL GÉNERO HUMANO.

El luminoso planeta parece haber hoy acelerado estudiosamente su rápido curso hácia el ocaso cediendo con anticipacion el vasto campo de la tierra al imperio de las tinieblas. Densas y obscuras nubes cubren el apacible azul de los cielos, y acrecientan con su negro aspecto el horror de la noche ya muy obscura. Aquilon airado pugna esforzadamente contra los demas vientos, y parece va á salir victorioso, aunque despues de una horrible contienda. Estalla el rayo, y haciendo el horrisono fragor del trueno retumbar todos los ecos del monte, se estremece la gruta de mi solitaria morada. En fin todo anuncia una desastrosa borrasca y una formidable tempestad, mientras que yo yerta de pavor y asombro, anegada en un mar de lágrimas, cubierta de ceniza, y apoyada mi frente sobre la descarnada calavera, triste residuo de uno de tantos mortales, que dejaron ya esta infeliz mansion, me postro ante el sagrado madero de la cruz, y me entrego toda á la funesta contemplacion del gran dia del Señor. Ah! Triste memoria! Dia terrible y muy amargo en que se patentizarán los mas recónditos senos del corazon humano, y se pondrán de manifiesto ante el supremo tribunal todas las abominaciones, y exelencias que ajitan ó tranquilizan las conciencias respectivas. Oh! Y qué conflicto

se nos espera en aquel tremendo día! Tenebrosas ideas, negras y horrendas imágenes, descripciones espantosas, Ah! Acudid todas de tropel á mi imaginacion sin confundirla, y prestad benignas á mi vacilante pincel los negros colores con que debe pintarse este horroroso cuadro; y vosotros amenazantes profetas, á quienes fueron revelados los impenetrables secretos, de la justicia divina, vos mismo, ó Juez supremo de los vivos y de los muertos, divino verbo.... Ah! Robusteced mi sofocada y débil voz, y dadle aquel tono de majestad y firmeza que lo espantoso del asunto exige, á fin de que resonando esta en el corazón de los pecadores, que vivos al mundo, y muertos á la gracia duermen infatuados en el vil ciénago de sus desordenadas pasiones, dispierten de su fatal letargo, y vuelvan á nueva vida, al modo que las fúnebres sombras de la tumba despertarán despavoridos al eco penetrante de la anjélica trompeta.

Ah! Ya la lúgubre rejion de la muerte es la tétrica mansion de mi pobre alma. Si, mientras estos mortales despojos permanecen aun por un momento en medio de este animado mundo, mi espíritu librándose en alas del mas intenso amor, busca sin cesar su anhelada felicidad, y no pudiéndola encontrar en medio de la ostentosa y falaz perspectiva de esta perecedera morada, va á colocarse en los confines de su extrema disolucion.

Ah! Aquí solitaria y cojitabunda contemplo aflijida la sorprendente belleza de un mundo que ahora es, y que mui pronto no será. Si, ya el dulce y armonioso eco de la trompeta evanjélica

ha resonado en los oídos de todos los mortales, ya los melifluos acentos de los unjidos del Señor se han dejado oír por todos los ángulos del universo, ya se ha predicado á todas las gentes su sublime doctrina y fé sacrosanta, los dispersos y errantes hijos de Jacob se hallan ya reunidos y congregados en un solo redil, y dependen exclusivamente de la voluntad de un solo pastor, ya finalmente se ha manifestado al mundo aquel horrible monstruo llamado por antonomasia el hombre del pecado, y gloriosamente combatido por los dos mas venerables ancianos de los mortales, se ha visto á su pesar obligado á doblar ante ellos su altanera y dura cerviz. Ah! Pasaron ya aquellos dias aciagos, y los mas amargos para la predilecta esposa del mas fino de los amantes, dias de desolacion y de llanto para la Iglesia santa. Mas ay, que mi corazon desfallece... Se me herizan los cabellos.... Me falta el aliento... Toda yo me pierdo en un tenebroso abismo.... Ah! La gran máquina del mundo cansada ya de tantas rotaciones se siente repentinamente desconcertada y por la falta de los ejes principales y ruedas maestras que ordenaban sus regulares movimientos. Un trastorno nunca visto en el mundo, una confusion de jentes inimaginable, un displicente barullo de voces descompasadas de hombres y de mujeres, de bramidos de animales domésticos, de ruidos de fieras del bosque, de silvidos de serpientes y aullidos de panteras, en suma un tempestuoso estruendo de todos los elementos, que con horrible fracaso chocan entre sí, vuelve á traer sobre la tierra la horrorosa imájen del caos antiguo. O tierra! Cara morada de los míseros mor-

tales! Tu ya no existes sino para ser testigo del oprobio y vergüenza de tus mas nobles habitantes! Un insondable abismo de horror y confusion ocupa ya tu lugar! Qué horrible uracán, que desolante torbellino ha podido impeler las encrespadas olas del furibundo mar, para desquiciar los sólidos cimientos sobre que tú te apoyabas! O alcásimas montañas, que aun veo floar por el diafano elemento de los aires; ¡qué irresistible fuerza ha podido arrebatáros vuestras soberbias coronas, y socavar las enormes bases sobre que sentándoos con majestad erais la admiracion del universo! Y tú, ó rei de los planetas, padre de la vejetacion, fuente y orijen de la luz, ojo penetrante de la naturaleza, dorada lámpara del dia; Ah! Tú tambien caerás cubierto de luto en el tenebroso abismo de la nada; ya no habrá necesidad de que las apacibes nubes mitiguen cortesces tus resplandecientes rayos, ni de que la bella aurora te abra sonriéndose graciosa, las doradas puertas de Oriente, porque ya no te distinguirás de las demas densas tinieblas! O miserable humanidad! ¿Dónde encontrarás un esujio, donde un miserable asilo, si ni aun el templo mismo del Dios vivo podrá librarse de la catástrofe universal! Ah! No, ya no se descubrirá sobre la tierra vestijio alguno ni de hombre ni de bestia, ya no se oirán los dulces gorjeos de las canoras aves que durante el dia cruzaban alegres los aires, ya no se verá bullir ni en el mar ni en los rios la multitud variada de peces, que á todas horas surcaban las aguas; Ah! Por todas partes reinará una soledad espantosa, y la naturaleza entera guardará el mas profundo silencio.

O dulcísimo amor mio!...Eterno verbo...Ah! sostened por un momento mi debilitado espíritu, por que sino...Désfallezco. Yo imagino desde el fondo de mi solitaria caverna, que sentada sobre el umbral de la misma, como Jeremias sobre las ruinas de Sion, haciendo de mi mano columna para sostener mi lívido rostro, contemplo atónita los horrorosos estragos de la destruida naturaleza, y que lanzando desde aquí una mirada sobre el mundo que fué y que ya no es, oprimida de dolor, y llena de un pavoroso asombro me digo á mi misma: esta es aquella tierra que nutrió en su seno tantos negocios é intrigas! ¿Este el campo que tantas veces han inundado de sangre los caprichos y pasiones ambiciosas de los hombres! ¿Este el gran teatro en que los mortales han representado á su vez tan diversas y variadas escenas de alegría, y de tristeza, de angustia y de placer, de edificantes virtudes, y de abominaciones escandalosas! Ah! Cómo ha podido variar tan pronto de aspecto! ¿Cómo se me presenta ahora como una desconsolada viuda, cubierta de luto, pálida, taciturna, desierta de habitantes, y despojada de las ricas y vistosas galas con que la habia esmeradamente adornado naturaleza! O pueblos! O naciones! ¿Dónde están vuestras soberbias ciudades! ¿Dónde al menos los vestigios de los grandes imperios y vastísimos reinos del universo! Ricos avaros, soberbios magnates, voluptuosos insaciables....Ah! ¿Dónde están los lisonjeros objetos de vuestras indómitas é infames pasiones! Ah! Ellos perecieron para siempre, y con ellos su memoria. Si, de un momento para otro ha desaparecido la univer-

salidad de las cosas, y son campos de ceniza los que antes sirvieron de asiento á la soberbia Babilonia, y á la voluptuosa Ninive. Ah!....Montañas enormes de arena ocupan ya el trillado cause por dōnde en otro tiempo majestuosamente corrian el Tamesis, y el Sena. A la vez han desaparecido armas y armados, los grandes Capitanes y sus numerosos ejércitos, conquistadores y conquistas, letras y literatos, la indignacion y la soberbia, el lujo y los placeres, los elevados torreones y los sobervios castillos, los mas deliciosos prados, y las campiñas mas pintorescas, los mas grandes edificios y los palacios mas suntuosos, y en suma todo lo que alhazando los sentidos alegraba el corazon, y hacia apetecible la vida. Solo existen ya Dios, los Angeles, el hombre, el Paraiso, y el Infierno....

O, y cuanta verdad es, que el corazon del espatriado palpita siempre en el seno de su amada patria, aunque esta haya sido la mas ingrata para con él! O mi amada Jerusalem! Patria mia aunque por tus atrocidades indigna de mi memoria; pues te ví locamente fascinada contra tu Dios y Señor; y sin embargo al contemplar la universal catástrofe, no puedo menos de temer por tu infeliz suerte. Ah! Qué será de tí? Qué de aquella raza impia, que osó sacrílega manchar sus inmundas manos, con la sangre del inocente!... Del objeto de mi amor....Con la sangre del Dios vivo!...O eterno Verbo! Dulce amor mio! Ah! Yo fuí testigo ocular de los oprobios y escarnios que tan injustamente os prodigaron mis ingratos compatriotas. Si, yo os ví ante sus tribunales tratado como el mas infame reo, y ahora (ó ines-

crutables juicios de un Dios Omnipotente!) os veo á la diestra de vuestro eterno Padre Juez severo de todos los hombres. Ah! Temblad... Temblad pecadores... O miserable estirpe de Adán! ¡Cómo te ciega el vano y faláz esplendor de las cosas perecederas! He aquí el paradero que han de tener todas las cosas visibles, cuyos seductores atractivos lisonjean ahora tus sentidos, y alucinan tu entendimiento.... Pero qué es lo que digo! Ah! Este no es mas que el preludio, un pequeño ensayo de la justa indignacion del Señor, el crepúsculo solo de aquel dia grande y horrendo, que colocado en medio de lo finito, y de lo que jamas ha de tener fin, carecerá de tiempo sin ser eterno. Y ¡cual será el proceso, cuales los acontecimientos consiguientes á tan estraños anuncios!

Ah! Pasmaos, ò cielos, enmudece sumisa ò tierra! Atended con pavoroso asombro, ó gentes que ocupais la vasta redondez del universo, pues que el Dios de la majestad se dispone ya á juzgaros. Si, aquel Omnipotente Señor que colocó su majestuoso trono sobre el luminoso planeta, que anda sobre las alas de los vientos, y cuyos firmes pasos hacen estremecer las sólidas bases del firmamento, que rodeado de la niebla y del humo lleva tras si el trueno y el rayo, los desolantes torbellinos, y la horrorosa tempestad... O tremendo lance! O lance fatal! Pueblos y naciones, vertas cenizas y fétida podre, descarnados esqueletos, y osamentas informes! Ah! Oid, oid la tremenda y sonora voz de Jeová! Aquella Omnipotente voz, que estendió en otro tiempo como un inmenso espejo la sorprendente y

dilatada bóveda de los cielos, y afirmó los fornidos ejes sobre que debía jirar la enorme máquina del universo; aquella voz de magnificencia cuya irresistible fuerza abate los mas robustos y corpulentos cedros del Líbano; aquella voz que resonando en las mas profundas cavidades del desierto, hace caer despedazadas las sumidades de sus mas elevados montes; aquella voz altitotante que se deja oír así de las cosas ecistentes como de las que fueron y ya no ecisten, y que hablando ahora desde el cóncavo seno de la sonora trompeta, esparce por todos los ángulos de la tierra estos imperiosos acentos: fuera de vuestros taciturnos y fúnebres túmulos, salid ya de esas obscuras y lóbregas cavernas; dejad la corrupcion y el polvo del sepulcro, levántaos muertos y venid á juicio.

O divino Verbo! Nazareno divino...Dulce amor mio....Juez Supremo de vivos y muertos. Qué es lo que por mí pasa! Ah! Yo me confundo...Retumba en mis oídos el ronco eco de la fúnebre trompeta, y mi corazón lacerado y oprimido de horror se siente venir á menos...El espíritu me abandona....Ah! Yo desfallezco...Yo muero....Recobro por un momento mis perdidos sentidos....Mas que oigo! ¡Qué es lo que veo! Rómpanse con fragoroso estrépito las lápidas sepulcrales; miro abiertas las tenebrosas cavernas de la ceñuda muerte; veo bullir con pavoroso asombro las frias y yertas cenizas de los habitantes de las mudas sombras; advierto que esforzándose éstas en apartar de sus disecados párpados la densa niebla que circuyéndolos forma el horror de la tumba, despiertan de su pesado sueño y vuelven

á reanimarse. Abrónse sobre los sonoros gonges de diamante las radiantes y espaciosas puertas del Empíreo, rechinan sobre sus ejes de bronce las subterráneas rejas de fierro, y quedan abiertas de par en par las horrosas habitaciones del llanto!....Ah! Por todas partes desde lo mas alto del Empíreo hasta lo mas profundo del abismo se ven bullir millares de espíritus que asomando al borde de las respectivas tumbas pretenden reasumir, y vestir nuevamente sus luego inmortales despojos....Se vén....Ah! Donde un momento antes reinaba una soledad espantosa, yerve ahora un enjambre de gentes de todas clases, sexos, y condiciones. Todos los Pueblos y Naciones, desde los últimos y mas remotos confines del mundo se hallan reunidas en un solo lugar y punto proporcionadamente muy reducido.

Josafat, aquel valle sito entre la ciudad santa, entre Jerusalem y el monte Olivete; aquel valle regado por el Cedrón cuyo recinto contiene el famoso huerto de la agonía del Verbo humano, y el sitio para siempre memorable en que se perpetró la infame traicion del pérfido discípulo, ofrece ahora en su limitada estension, campo suficiente para contener todas las jeneraciones que el sol alumbró benigno desde el principio hasta el fin de su dilatada carrera, á fin de que el hijo del hombre aparezca con toda la plenitud de su majestad y gloria á juzgar al género humano en el lugar mismo de su mayor abatimiento. Cada uno de los Imperios ha congregado allí diligente sus subyugados pueblos; cada siglo ha derramado sumiso sus numerosas generaciones; allí los habitantes del antiguo y nuevo hemis-

ferio han reunido á porfia todas las edades respectivas, concurriendo presurosos á formar la mas grande y respetable asamblea que jamas se ha visto.

Pero... Qué espectáculo! Allí se vén confundidos Reyes y Emperadores, Principes y grandes, Pontífices y Sacerdotes, levitas y Legos, Magistrados y Militares, grandes Capitanes y conquistadores insignes, chicos y grandes, nobles y plebeyos, sabios é ignorantes, sin mas orden ni gerarquía que el de las buenas ó malas obras del individuo particular. O Aristócratas del mundo! Vosotros que vanamente hinchados de un insensito orgullo, blasonabais presuntuosos de vuestra alta prosapia, y locamente entumecidos de una insufrible soberbia, apenas os dignabais contestar al cortés saludo del que aunque pobre y andrajoso era siempre vuestro hermano. Ah! Disputad ahora si podeis el elevado asiento que en ésta universal Asamblea tan dignamente ocupa Lázaro, aquel infeliz mendigo! O tú el mas respetable de los Congresos! aunque te contemplo atónita desde mi solitaria gruta, seáme lícito tomar por un momento la palabra, y preguntar desde aquí: qué se han hecho los Cetros y las Coronas! En qué han venido á parar las Mitras y las Tiaras! Dónde están las rosagantes togas de la magistratura, y las brillantes insignias de la milicia! Ah! Pasó ya el tiempo de los vanos títulos, precedencias, y distinciones sociales. Toda la humana grandeza desapareció para siempre; todos somos iguales. Solo Dios aparecerá grande y poderoso en aquel terrible dia; no habrá mas rey que él en aquella universal reunion; no resplan-

decerá mas corona que la suya, y al pie de su trono, temblarán de horror y espanto los mas poderosos reyes, y los emperadores mas temidos.

En el vasto campo cuyo recinto ocupan todas las jeneraciones del mundo, reina ya un silencio sepulcral, y toda la estirpe de Adán reunida y congregada espera atônita la venida del Juez Supremo. Resuena por segunda vez en todos los ángulos del universo la tremenda y sonora voz del Omnipotente, y el mundo se estremece nuevamente. Rásgase al fuerte impulso del retumbante eco la azulada bóveda de los cielos. Desarrolla un arcángel con reverente acatamiento la misteriosa bandera de Jesus ya triunfante, que tremolando por los aires al arbitrio de los ondulantes céfiros, tan pronto cubre la mitad del cielo cuando le descubre todo. La roja cruz que en medio está esculpida, y que es la misteriosa señal del gran triunfo del Verbo humanado, vibra de sí rayos de luz tan encendida, que tiñe todos los objetos de un color purpúreo y resplandeciente. Aparece en todo su esplendor el majestuoso trono de Jeováh. Ah! Caed postrados á tierra, ó gentes y naciones, á tierra ó príncipes y emperadores; humíllate, ó carne; abismaos, ó espíritus; anonádate, ó naturaleza toda; pues que ya el Verbo humanado, el hijo coeterno del Padre, el que desde los siglos eternos fué constiuído Juez Supremo de vivos y muertos, se deja ver por el diafano elemento de los aires cercado de cándidas y respljentes nubes y con todo el aparato de un Dios justiciero. Milares de Anjeles le sirven sumisos, una multitud de innumerable espíritus celestiales ro-

dean temblando su s6lio. Aun lado del refulgente trono yace postrado por tierra y oprimido de cadenas el comun enemigo del g6nero humano, y en el otro est6 sollosando la fiera parca tras-pasada de su terrible azero. La virtud, el dominio, el poder, y la alabanza le sostienen profundamente humillados. El rayo y el trueno le preceden, y arrastra tras s6 los desolantes torbellinos, y la horrorosa tempestad. En una mano brilla el misterioso volumen de la verdadera ciencia, y en la otra reverbera la tremenda espada de su inflexible justicia. Un rutilante cinto ci6ne graciosamente su glorioso cuerpo que lanzando vivo fuego deja deslumbrados 6 los mismos Querubines, oprime sus divinos hombros un manto real de p6rpura esmaltado de radiantes estrellas. En sus arqueadas cejas mora la obscura noche, brilla en sus mejillas la radiante aurora, su vista centellante infunde terror y respeto, y en su majestuoso y airado semblante est6 esculpida la venganza.

O Dios eterno! Qu6 sorprendente metamorfosis hiere y deslumbra mi vacilante vista? Ah! ¡No sois vos, por ventura aquel tierno y delicado ni6o que mendigando por medio de vuestros padres una humilde posada en Bel6n, os visteis precisado por la sa6a y perfidia de los hombres 6 ver por primera vez la luz del mundo reclinado en un humilde pesebre, y albergado en un vil establo? ¡Acaso no sois vos, aquel benignisimo Se6or que llegado 6 edad mas proveya os postrasteis con una humildad toda divina 6 los pies de unos hombres viles y groseros para lav6rseles con ternura, y hacer de la escoria del

vulgo, las robustas columnas que debian sostener inflexibles la Iglesia santa, y las luminosas antorchas que cebadas con el finísimo aceite de la caridad debian difundir por todo el orbe la radiante luz del santo Evangelio! ¡No sois vos, aquel Nazareno amoroso que cual manso corde-ro caminasteis al patíbulo, y sin desplegar vuestros labios sufristeis los insultos mas groseros, y los mas denigrantes baldones de un ingrato y fascinado pueblo! No sois vos!... Ah! Si, vos mismo sois, ó eterno Verbo! En vuestro refulgente y majestuoso semblante descubro todavia los delineamientos del rostro divino de aquel benig-nísimo Jesus, que aceptando compasivo en casa del Fariseo mis humildes y fervorosas súplicas, enjugó benigno las amargas lágrimas de mi doloroso arre-pentimiento. Resuenan todavia en mis oidos los melifluos y suaves acentos de aquella voz divina, que difundiéndonse en mi seno cual bálsamo desleido, cerró para siempre las canceradas llagas de mi obstinado corazon, dejándole al mismo tiempo anegado en un mar de dulzuras, y de deleites ines-PLICABLES.

Hijos de la Sinagoga raza proscrita y vipe-rina; he aquí al que con tanto desprecio llama-bais el hijo del artesano prodigándole con desca-ro los infamantes dicterios de violador de los sábados, rebelde, Samaritano y endemoniado. Ved ahí ó sacrílegos deicidas al que crueles hicisteis morir tan ignominiosamente en medio de dos insignes malhechores... He aquí... Ah!... Levanta ya, ó Herodes, tu turbada vista y reconoce la mis-ma sabiduria increada en aquel infeliz Nazareno, que tú un dia reputaste como un insensato y

trataste como loco haciéndole objeto de irrisión y de burla para toda tu licenciosa corte! Y tú, ó Pilatos, Ah! Aguarda temblando la irrevocable y justísima sentencia de aquel á quien cobarde tan injustamente condenaste en otro tiempo, Príncipes de Edòm, fuertes de Moáb....Atended... Contemplad... Oh! Y qué mirar tan espantoso exclama la multitud! Qué irritado semblante! Qué aspecto tan severo! Y este es aquél humilde galileo tan célebre por su suavidad, dulzura y mansedumbre! Oh! Y quién pudiera evadir su formidable presencia! Caed ya sobre nosotros sin tardanza, ó empinados montes y duros peñascos, y sepultadnos para siempre en vuestras espantosas ruinas. Abre ya tu anchuroso seno, ó tierra, que apesar nuestro nos sostienes todavía, y préstanos benigna un perpetuo asilo en tus dilatadas entrañas. Rompe de una vez, ó furivundo mar, las fuertes cadenas con que te sujetò el Omnipotente, derriba los indestructibles diques, que puso á tus embravecidas ondas, y sepultános para siempre en tus profundos abismos.

Votos impotentes! Inùtiles sùplicas! A qué fin invocar montes y collados! A qué entregarse á una desesperacion total!.. Es absolutamente preciso sostener el terrible aspecto de Jesus. Es necesario fijar en él la vista, y sufrir el fulminante y acerbo encuentro de la de este Dios irritado. Justamente condenados á la inmortalidad, tendreis que vivir eternamente para vuestro mayor oprobio é ignominia. Sí, para su mayor vergüenza y oprobio tendrá que vivir aquel juez injusto, que lejos de administrar justicia vendió

infame las causas á él cometidas á precio de oro ó por respetos humanos. Para su mayor vergüenza y oprobio tendrá que vivir aquella muger corrompida, para espiar sus torpes amores y sus escandalosas obscenidades; aquel padre incauto, por los malos ejemplos dados á sus inocentes hijos; aquel hijo indòcil, por las amarguras con que acibaró el tiernísimo corazón de su amoroso padre. Aquel.... Pero en qué me detengo! Dónde me trasporta mi agitado espíritu! Ah! Mi turbación me distrae.... Mi ardiente zelo me desvia del objeto principal....

Ah! Veo ya colocados al rededor del resplendente trono del Omnipotente otros doce tronos, que aunque inferiores en brillo y esplendor al del Juez Supremo deslumbran sin embargo la vista de los espectadores, y le dan un nuevo realze. Ocupan los ya doce venerables ancianos, que constituidos príncipes sobre la tierra por el Verbo humanado, a costa de inauditos trabajos y de fatigas inmensas, al caro precio de su sangre y aun de su misma vida hicieron resonar por todos los ángulos del universo el dulce eco de la trompeta evanjélica, y merecieron del Rey de los siglos y Príncipe de las eternidades en premio de su ardiente zelo, el relevante título de Jueces del género humano. Mil ardientes Serafines sostienen temblando el misterioso libro de la vida y lo presentan reverentes al Juez divino, el que poniendo finalmente sus divinas manos sobre el sagrado volumen rompe los siete sellos con que está guardado; resuena el estampido del trueno en todo el inmenso valle, el mundo se estremee con horribles sacudones, y á su apertura la natura-

leza entera emite un profundo suspiro. Patentándose al mismo tiempo los mas recónditos senos del corazon humano, y rasgándose el denso velo que pròvidamente hasta ahora los ocultaba, se ponen de manifiesto los mas menudos pliegues de las conciencias respectivas; y á favor de los luminosos rayos que de sí despiden en este tremendo dia de sus venganzas el verdadero sol de justicia, cada uno de los hombres en particular vé como en clarísimo espejo sus propios méritos y deméritos, y todos en jeneral los de todos, á fin de que bien penetrados todos los espíritus anjélicos, y todos los individuos de la especie humana de la causa que en aquel divino tribunal se substancia, reconozcan unánimes la rectitud con que el Omnipotente obra en su extremo juicio. O manifestacion terrible! Ah! Este pensamiento solo hace estremecer de espanto al hombre mas justo y recatado! Ay de mi!... Horrorizada... A tal aspecto.... Ah! La sangre se me hiela.... Mi corazon... Desfallece.... Intimo escrutador de los corazones; Ah! Renovad en mi el mandato que en otro tiempo hicisteis a vuestro antiguo Profeta; (*) si permitidme revelar y hacer públicas desde la horrosa cavidad de este espantoso peñasco, las torpes abominaciones de vuestro ingrato pueblo, para que así contribuya yo de algun modo á la salud eterna de mis cohermanos los hombres, que arrastrados por sus infames pasiones y apetitos desordenados permanecen todavia en este infeliz destierro batiendo alucinados las tortuosas sendas de la iniquidad y del crimen. Ordenadme, Se-

ñor... Pero... La hora tremenda ha llegado ya..... Ea pues, exclama el Omnipotente, con voz terrible y sonora; Ea pues rápidas inteligencias, sagrados heraldos, espíritus celestiales, desplegad ya vuestras doradas alas y librándoos sin tardanza sobre el vasto valle, daos prisa en separar á mis escojidos, de la corrompida é inmunda masa de los réprobos. Dice; y los celestiales mensajeros atentos siempre á las órdenes de su soberano Rei ejecutan puntualmente los supremos mandatos, ordenando la multitud en dos casi infinitas divisiones. O separacion cruel! ¡O amarga division!

Ocupa ya la izquierda la numerosa turba de los infelices réprobos que sumerjidos en el mayor abatimiento y consternacion esperan la fulminante y decisiva sentencia del Juez Severo, mientras que la porcion escojida de la grei del Señor colocada á su mano derecha, escucha rebosando en avenidas de júbilo las suavisimas palabras con que el amoroso Verbo les invita á la posesion de las eternas delicias.

O y que aspecto tan apacible! El Juez Supremo volviéndose con afabilidad hácia los escojidos, caros hijos de mi corazon les dice: habiendoo yo pesado en la balanza de mi recta é inflexible justicia, os encuentro dignos de entrar en la posesion de mi eterna bienaventuranza. Cesen ya vuestros temores, sosiégúense vuestras inquietudes, no os turbe ya la memoria de los extravios, pues que si alguna vez arrastrados por la humana fragilidad delinquisteis y aun caisteis miserablemente en alguna culpa, por vuestra pe-

nitencia robustecida con mis infinitos méritos, y vuestra perseverancia final, no solamente os levantasteis, sino que llegasteis á tocar los ápices de una perfecta santidad. Borrados por tanto y sepultados en un perpetuo olvido vuestros extravíos, nada mas recuerdo de ellos que las lágrimas, mortificaciones, ayunos, y sacrificios con que arrepentidos felizmente los espíasteis. Tengo muy presentes los padecimientos, vituperios, trabajos y cruces que pacíficamente tolerasteis por mi amor de parte de un mundo indigno de poseeros. Tengo tambien á la vista los muchos, y grandes servicios que de vuestra generosa piedad recibí en la persona de mis caros pobrecillos, siempre que se presentaron á vosotros desnudos, famélicos, y desamparados. Ha llegado ya el tiempo de la retribucion: sí, ha llegado ya el feliz momento de la recompensa. Venid por tanto, ó para siempre benditos de mi eterno Padre, percibid el reino que se os está preparado desde el origen del mundo. En él yo mismo seré vuestra recompensa. Si, todo cuanto yo poseo, cuanto yo mismo soy, todo es vuestro. Identificados conmigo, felices de mi misma felicidad, vosotros ya no sereis mas hombres, ya no mas mortales; sino que sereis otros tantos Dioses, conmigo. O suavísimas palabras de un Dios no menos justo que amoroso, que al paso que llenan de un consolante júbilo los corazones de los felices predestinados, cubren de un aterrante estupor á los para siempre infelices réprobos!

Si, el Señor dá una mirada de indignacion hácia la izquierda, y semejante á un león furio-

so que mortalmente herido vuelve sus centellantes ojos contra el sagáz matador para despedazarle entre sus garras; á una venenosa serpiente pisada de incauta planta....Mas, ó débiles imágenes! Vosotras no sois mas que sombras mui lijeras para representar el justo enojo de un Dios justiciero. Ah! No, yo no encuentro palabras para descubrir el espantoso ceño con que el Señor se dirige á las desgraciadas víctimas de su divina justicia. Hijos ingratos les dice, con un tono de voz semejante á los bramidos del tempestuoso mar; raza impia y eternamente proscrita, acallad ya vuestros desesperados clamores con que intentais escitar mi piedad, pues que con ellos no haceis mas que fomentar mi justa cólera. No me habléis ya mas del pacto eterno, ni de la antigua alianza. Pasó ya el tiempo de las piedades y de las misericordias, y ha llegado el de la justicia y el de sus rigurosos castigos. En vano ha sido el haberos redimido de la esclavitud de Satanás comprándoos al caro precio de mi sangre, y el haber provehido el campo evangélico de tantos y tan zelosos operarios que señalándoos con su ejemplo el recto camino de la virtud, os apartasen con su doctrina de las tortuosidades y principios á que conduce el vicio. En vano se escribieron con tanto esmero en las diamantinas tablas de vuestros depravados corazones los saludables y divinos preceptos de mi suave y sacrosanta lei. En vano resonaron las bóvedas de mis sagrados templos con los dulces y melodiosos cánticos del Sacerdocio, que llorando entre el vestíbulo y el altar os llamaban á penitencia. En vano una multitud sin guarismo de relijiosos ejemplares, y de

Virgenes santas emitian¹ sus profundos suspiros, y postrados al pie de mis altares regaban con sus copiosas lágrimas el pavimento de mi santo templo dirijiendo al mismo tiempo el odorifero incienso de sus fervorosas oraciones mezclado con la mirra de su amargo llanto al conspecto de mi magnífico trono; y en suma, en vano procuraba yo mismo insinuarme en el interior de vuestros corazones, para apartaros del vicio y persuadiros el séquito de la virtud, poniendo para el efecto en ejecucion todos los arbitrios de mi soberana providencia. Corrompidos aquellos, y embebidos en el crimen convertiais rebeldes todos sus afectos contra mi, y contra mi lei sacrosanta. Bastaba que uno se declarase mi enemigo, esto es libertino, disoluto, y de obscenas costumbres, para que uniéndoos depravadamente con él, siguieseis incautos sus estraviados pasos, é imitaceis estúpidos sus inicuos procedimientos. Dejo á un lado todas las obras de caridad culpablemente omitidas, mis caros pobrecillos, y vuestros hermanos por naturaleza y por gracia, menospreciados, rechazados, y vilmente conculcados por vuestras sacrílegas plantas. Paso por alto las clandestinas reuniones, las murmuraciones mordaces, las calumnias atroces é infames alevosias; dejo tambien las piedras de ofension, y obstáculo puestas por vuestros escàndalos, y finalmente los lazos sagazmente tendidos por vuestra insana malicia á la inocencia oprimida. Si, todas estas torpezas é iniquidades, y otras muchas que yo callo y de que no puede menos de argüiros vuestra incorrupta conciencia hicisteis y yo me callé prudente, hasta el estremo de escandalizar tal vez con mi esce-

siva bondad á mis hijos predilectos, y de que vosotros mismos llegaseis á pensar que mi silencio era un silencio proveniente de una torpe ignorancia y de una culpable condescendencia, y que quizá este mismo era una tácita aprobacion de vuestras enormes iniquidades. O miserables! Si jamás lo llegasteis á creer, sabed para mas confusion vuestra que os engañasteis altamente. Sabed que ha llegado ya mi vez; esta es la fatal hora de vuestro final desengaño, y el tiempo de purgar mi divina providencia. La preciosa ara del comun rescate, mi patíbulo, la señal de vuestra redencion, mi sacrosanta cruz está allí, allí están tambien los azotes y espinas, los clavos y la lanza. O hijos ingratos! Mirad mis profundas llagas que manando todavia viva sangre condenan vuestra insana rebeldia. Veis... Pero á qué fin dar satisfacciones á delinquentes infames! Éa hijos para siempre infelices de la maldicion eterna, no permanezcáis ya por mas tiempo ante mi divino conspecto, apartaos para siempre de mi presencia. Id ó para siempre malditos de mi eterno Padre al fuego eterno. O Sentencia cruel, exclama la multitud! Con qué esto es hecho! Ya no hai remedio!... Ah! indignos, replica el Juez Supremo, patentes están al universo entero vuestras sacrílegas abominaciones, el cielo y la tierra están satisfechos de la rectitud de mi juicio é inflexibilidad de mi eterna justicia.

Caed ya ó montes con fragoroso estrépito, abre ó tierra tus dilatadas entrañas, ajitaos, ó abismos, apresuraos, ó espíritus malignos, y tú ó infierno dilata tu boca inmensurable, y engulle para siempre en tus horrorosas fauces á esta

maldita canalla. Dice; y elevándose con suma ligereza los unos por el diáfano elemento de los aires hacen resonar los espaciosos campos de los cielos con sus melodiosas voces dirigiéndose á la feliz mansion de los bienaventurados como cándidas palomas hácia su querido nido; y precipitándose los otros como piedras hácia su centro, con gritos horribles y haultidos espantosos hacen estremecer la infernal vorajine, y todos los actores del teatro del juicio desaparecen para siempre. Dios vuelve á entrar en su perpetuo descanso. Por dó quiera reina la eternidad. Ah!...Magdalena!...Ay...Asustada.... Á tal aspecto...Sobrecojida de un pavoroso asombro....Sin mas alientos.... Pecadores, reformad ya vuestras costumbres...Severo Juez, detened vuestro Omnipotente brazo..... Amoroso verbo....Ah! Piedad....Piedad....



NOCHE DUODÉCIMA.

LA MUERTE DEL PECADOR ARREPENTIDO.

O Dios mio!....Ah! Y que pequeño, y que angosto es el espacio de mi corazón!....¡Qué será de él allá en el cielo, si aquí en la tierra ya no puede sostenerse, y sucumbe desfallecido por vuestro divino amor! O Dios mio...Ah! Ya recobro mis perdidos sentidos....Mas ya no descubro el paraiso divino. Él ha desaparecido. ¡Con qué antes que la bella aurora encienda el farol del primer día partiré de esta miserable morada, y veré el feliz reino de los bienaventurados! Ah! Si, ya siento despedirse y desatarse mi alma del corporeo albergó....Ah! Jamás me sentí tan fatigada....No puedo ya sostenerme sobre estos lánguidos miembros. O piedra querida....Ah! Sostén compasiva por la última vez la desvanecida cabeza de tu antigua huesped. Yo ya me voy, pero parto muy agradecida á tus piadosos oficios. O cara muerte! Ah! Ven sin tardanza, acércate á mi....Oh, y cuán tiernamente te amo! Cuán dulce eres para mí! Pues qué no eres mas que un transporte de amor de mi Dios y Señor para conmigo, él mismo que te ha apresurado.... Gruta querida! Y vosotros apreciados cilicios, y tú amabilísimo tronco, ó cruz sacrosanta viva imagen de aquella sobre que espiró mi Dios....Pero qué es lo que por mí pasa! Ah! Yo parto para el cielo, y sin embargo al decirlo á dios, no puedo menos que llorar amargamente. O dulces com-

pañeros de los años de mi penitencia y soledad, vosotros me ayudasteis à conservarme para para con mi Dios. O, y cuán dulces memorias, y felices recuerdos me traéis en este punto à la memoria!...O Años felices de mi reconocimiento que aquí he pasado! O y cuantos beneficios, Dios mio, me habeis dispensado en esta soledad...Permitidme, ó Dios de mi corazon detenerme todavia un momento en este mismo lugar para daros por ellos las debidas gracias. Ay de mi! Mi pobre corazon, queda nuevamente oprimido!.... Cuántos y cuan diversos afectos le asaltan à porfia!... El contento, el afán, la gratitud, el deseo, el arrepentimiento...O Dios mio! Yo ya no puedo resistir à tan copiosas avenidas...

O mi ofendido amor! Yo pues en el cielo!... Y aun para vuestra infeliz pecadora habeis allá destinado!....Ah! Y mis antiguas culpas... Mis pasados ultrajes...Los olvidasteis, Dios mio!...Ah! No, dejadme, dejadme todavia en este destierro... Yo no soi digna de comparecer ante vuestra divina presencia...No, la feliz morada de los santos no es para mi...Yo no deseo mas felicidad, que vuestra soberana clemencia...No deseo mas que amaros aquí en la tierra, llorar, y padecer en ella. Mas no, perdonadme, ó dulce amor mio. Tal vez inadvertidamente os ofendo hablandoos de este modo. Cúmplase en todo vuestra santísima voluntad. Mi verdadera felicidad consiste en adorar vuestras divinas disposiciones. Sé por otra parte que vuestra divina majestad se complace en ahoanadar] à la criatura con vuestros gratuitos é infinitos dones. Exaltad, ó Señor Omnipotente, y Dios de las misericordias en mi ingratitud, vues-

tra soberana clemencia. Gozaos, ó Señor mio, de verme en el cielo oprimida bajo el inmenso peso de vuestros favores. Gozaos de verme obligada á pagar á vuestra liberalidad el eterno homenaje de un perenne estupor. Ah! Este tributo es mui digno de vos. Haga para siempre vuestra gloria mi eterna confusion, ó dulcísimo amor mio. Ah! Esta mi misma confusion me es mui cara. Si, mi amabilísimo Señor, yo os confieso, y os adoro y eternamente os confesaré por grande, infinito, y en suma por Dios en todas las cosas. Dios en la clemencia, Dios en el poder, y Dios en la liberalidad. Mas ay!.. Si pudiese al menos, ó Dios de mi corazon, ofreceros un amor digno de vos.... Pudiese al menos.... Quisiera.... Mas no puedo, yo bien lo veo, ò mi divino amor!.... Ay infeliz de mí.... A tan gran exceso de amor, ó Dios mio, á tanto amor repito, yo pobrecilla.... Pecadora.... Con tan débiles afectos.... Pero qué locura es la mía!.... Dònde me abismo! En qué me pierdo! Pretendo yo tal vez, pagar debidamente á mi Señor! Intento yo quizá corresponder proporcionadamente á sus beneficios! Ah! Y quién soi yo? Infeliz de mí! Y quién es mi Dios y señor? Ah! La criatura, el criador.... La nada.... El todo.... Un poco de polvo.... Un Dios!.. O mi amabilísimo Señor, y Dios mio, que de nada necesitais, por quien es cuanto existe, y ante quien todo cuanto tiene ser es nada; qué puedo yo ofreceros fuera de vuestros mismos dones? Si yo existo es por ser hechura vuestra; si poseo algun bien, lo he obtenido de vos. Si, este mi mismo amor en que ardo por vos, no es mas que un rayo de vuestro mismo amor divino que me enciende y me

consume, es una divina llama, que partiendo de vuestro ardiente seno vuelve reflejada á vos. Gran Dios! Ah! Vos solo sois y mereceis el amor, si, solo vos podeis amaros como mereceis, y solo vuestro mismo amor puede bastaros. Si, este solo forma el colmo de vuestra eterna felicidad. Si compasivo permitisteis á vuestras criaturas que os amasen, esto no fué por haceros vos, sino para hacer felices á otros. Ah! Esta sola consideracion me arroba y me pone fuera de mi misma; si, salgo de mi nada, me abismo toda en vos. Ah! Yo os amo, ó Dios mio, con vuestro mismo amor. Mi propia voluntad no es mas que la vuestra. Estoy contenta porque vos sois eternamente feliz. Vuestra misma felicidad es idénticamente la mia. Si, yo soi eternamente feliz porque vos sois mi Dios. No, no quiero existir ya mas en la criatura, quiero existir solo en Dios. Yo os vuelvo á mi misma, ó Dios mió, y solo á vos os quiero. Ah! Yo me pierdo, pero encuentro á un Dios.

O Mortales! Estirpe augusta nacida para la divinidad! ¡Qué infausto muro, os excluye impio de tan alta suerte, y os aparta cruel de tanta felicidad! Ah! Vosotros quereis ser exclusivamente vuestros, y por esto la felicidad os abandona. Una sola es la saludable fuente de la bienaventuranza, como tambien es una sola su existencia. Si toda otra criatura está perfectamente acabada. Vosotros no teneis mas que el ser, y quereis perfeccionaros por vosotros mismos. En vano os abrogais el derecho exclusivo de Dios. Con esto no haceis mas que levantar entre él y vosotros un muro divisorio, y quedais solos, seres imper-

fectos á quienes falta un Dios. Si, con esto os haceis reos de una perpetua infelicidad, y de una miseria eterna.

O tierra infeliz! O morada miserable de infelices desterrados! Ah! No de balde la primera vez que sobre tí comparecí aun antes de conocerte, te saludé ya con el llanto, y ahora que ya te conocia, no puedo reusarte al partir, el costoso tributo de mis amargas lágrimas. Hija tambien yo de Adán, he vivido sobre tí los dias de mi penoso destierro, y he visto en ellos las desgracias de tus infelices habitantes. Sin embargo yo ya me parto, mas ó y cuantos pobres infelices dejo todavia sobre esta infeliz morada! O hombres! O mis carísimos hermanos! Ah! Porqué no podré yo haceros á todos eternamente felices! Cuanto aquí padecéis, me contrista y me llena de amargura; pero el pecado, ó Dios mio! Ah! Este es el que me despedaza... Me devora, y me mata. Ah! Yo tambien fui pecadora; y la divina bondad quiere ahora salvarme. Pero vosotros quedareis eternamente escluidos de mí feliz suerte! No nos veremos jamás en la suspirada patria! No nos hallaremos jamás reunidos todos juntos! Caeréis vosotros miserablemente en el horrible lago de la eterna miseria! O Dios mio, mi vida, y mi ultrajado Señor!... O mis carísimos hermanos! Ah! ¿Qué puedo yo hacer en vuestro provecho! A vos recurro, ó Dios de clemencia, si, á vos, que tan piadosamente acojisteis hasta ahora todas mis humildes súplicas, Ah! No rechaceis, os suplico el último voto que espirando es dirijo. Es verdad, ó Dios mio, que los hombres os ultrajan, más tambien lo es que estos no os conocen ni

menos saben lo que hacen. Son culpables y de consiguiente dignos de vuestros eternos castigos; pero vos no ignorais que tambien ellos son mui débiles y enfermos. Ah! No, no hagais ostentacion, ó dulcísimo amor mio, de vuestro infinito poder contra un poco de polvo que un ténue viente-cillo dispersa en un solo soplo. Haced que resplandezca sobre ellos vuestra divina misericordia, y que salvos os canten eternamente en el cielo vuestras divinas alabanzas. Si, perdonad, ó Dios eterno, por vuestro nombre augusto, y por vuestra soberana gloria á los pobres pecadores. Y si vuestra divina majestad ofendida pide una reparacion, ya la teneis Señor mio, y la teneis proporcionada á los ultrajes de ellos recibidos. Si, ella es eternamente digna de vuestra inmensa grandeza. He aquí, Señor, la preciosísima sangre de vuestro divino hijo. Calme de una vez una tal víctima vuestra justa indignacion, satisfágase vuestra divina justicia, y haga eternamente las paces con los infelices pecadores. O Señor! Perdidos para siempre! Qué es lo que harán! Ah! No, apartadlos, ó clementísimo Señor, de los tortuosos caminos que miserablemente los conducen á una muerte eterna, y acojedles piadoso en vuestro sagrado seno. Esparcid ya ó Dios de suma bondad, sobre esta tenebrosa morada, vuestra benéfica luz, y conozca el mundo entero que vos solo sois el Dios vivo. Haced que asi como en el cielo os sirvan atentos, y os adoren reverentes sobre la tierra. Y vosotros, ó infelices, que con vuestras enormes culpas ofendisteis pérfidos á vuestro Dios y Señor, no huyais despavoridos de su divina presencia. Ah! ¡Qué inconsiderado temor os aparta

de quien solo puede salvaros! Corred presurosos á sus sagrados pies, implorad humildes su soberana clemencia, y confiad eteramente en él. Yo conozco aquel corazon amoroso, él no desprecia cruel á quien á él se vuelve humillado. Si agravados y oprimidos por el enorme peso de las formidables cadenas del pecado, os impiden estas; Ah! No desesperéis por esto, clamad con confianza, é implorad seguros su auxilio y ayuda, él os promete benigno saliros al encuentro con sus divinos brazos abiertos, romped los fatales lazos, poneros en libertad, y amaros nuevamente. Si, clamad con confianza é implorad seguros su auxilio y ayuda. En sus divinas manos está igualmente vuestro arrepentimiento y su perdon. Él promete acordároslo á entreambos con tal que imploréis su divina gracia. Con su poderosa ayuda lo imposible se os hará facil, mui llano lo difícil, y dulce lo mas amargo. La amable paz de los hijos predilectos del Señor volverá sobre vosotros, y con ella la fuerza, el vigor, y el sosiego. Vuestros dias pasarán en una apacible serenidad; y el mismo llanto, las mismas lágrimas que derramaréis sobre vuestros culpables extravios, serán alegres y mui suaves, y en los últimos extremos de vuestra miserable vida encontrareis á un Dios que enjugará benigno vuestras lágrimas, os acogerá clemente en su divino seno, y os conducirá misericordioso á la posesion de sus eternos gozes. Pecadores, Ah! Vosotros teneis por garante y fiador á un Dios bajado desde el cielo á la tierra. Pedid en su nombre confiados de que al dulce eco de tan gran nombre nada sabe negar su divino y eterno Padre. O pecadores! Escuchad atentos,

os suplico el último aviso, de quien tiernamente os ama, y de quien absolutamente quiere vuestra eterna salvacion, si, oid la voz de la que en otro tiempo fué lo, que al presente sois vosotros, y que finalmente ahora, gracias á aquella divina bondad que os recuerda, se levanta para el cielo. Ah! Corred presurosos, á vuestro Dios y Señor, y si todavia los fuertes lazos de la culpa os lo impiden, implorad sus auxilios, y clamad al Señor con confianza. Este es el último consejo que os da, la Magdalena ya espirante. Mas aquíén hablo!... Quién me escucha?... Ah! En vano azotan mis palabras el aire, mis voces se las lleva el viento... O Jesus de mi corazon, mi Señor, Redentor mio, ó dulce nombre de salud y de paz! Ah! A vos me dirijo, y os encomiendo sobre todo los infelices pecadores. Vos espresamente bajasteis desde el cielo á la tierra para buscarle solícito. Ah! No permitais que se pierdan; haced Señor que se salven. No, no permitais que se haya derramado en vano tanto sudor, y tanta sangre vuestra, ó mi adorado Señor. Mas ay.... Al nombrar vuestro augusto nombre siento arrancármese el alma.... Ella huye de mí, y corre presurosa á vos.... Jesus.... Dios mio.... Me falta la respiracion.... Yo desfallezco. .. Con qué esta es la muerte!... Está el cruel castigado de los miserables hijos de Adán?... Ah! No, ella ya no es un castigo.... Ella no es para mí mas que un apacible sueño.... Jesus.... Vos sois quien la habeis hecho tan dulce.... Ah! Aquel infeliz dia en que yo corrí á vuestros sagrados pies!... Dulce amor mio.... Mi Dios.... Ah! Yo cantaré.... Eternamente.... Vuestras... Divinas... Misericordias. FIN.

INDICE.

PAJINAS

Noche primera	1.
Noche segunda	12.
Noche tercera	30.
Noche cuarta	44.
Noche quinta	55.
Noche sexta	71.
Noche séptima	86.
Noche octava	104.
Noche novena	110.
Noche décima	130.
Noche undécima	142.
Noche duodécima	164.

ERRATAS NOTABLES.

Pág.	lin.	dice	léase.
3.	29.	partipante	participante
7.	5.	destinado	destinados
35.	25.	hombre es un	hombre no es un
38.	2.	creo por	creo que por
52.	4.	ya vano	ya en vano
54.	2.	levantad la	levantad la voz
92.	9.	peregrinamente	peregrinante
111.	19.	rebasan	rebalsan
117.	25.	resonan	resonasen
120.	19.	cancelar	chancelar
149.	8.	altitotante	alitonante
152.	29.	constiuuido	constituido